





El secreto siempre es el amor



***El secreto  
siempre  
es el amor***

*En los suburbios de Chile*

Karoline Mayer



Plataforma Editorial  
Barcelona

Título original: *Das Geheimnis ist immer die Liebe. In den slums von Chile*

Primera edición en esta colección: abril de 2008

© Karoline Mayer/Angela Krumpfen, 2006

© de la edición original: Verlag Herder Freiburg im Breisgau, 2006

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2008

Plataforma Editorial

Plaça Francesc Macià 8-9 - 08029 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 - Fax: (+34) 93 419 23 14

[www.plataformaeditorial.com](http://www.plataformaeditorial.com)

[info@plataformaeditorial.com](mailto:info@plataformaeditorial.com)

Depósito legal: B. xxxxxxx-2008

ISBN: 978-84-935962-14-0

*Printed in Spain* - Impreso en España

Diseño de cubierta y composición:

Rubén Verdú y **peepingmonster**

[www.peepingmonster.com](http://www.peepingmonster.com)

Impresión:

Romanyà-Valls; Verdaguer, 1 - Capellades (Barcelona)

[www.romanyavalls.com](http://www.romanyavalls.com)

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Mucha gente busca el amor, busca ser querida. Eso no hace feliz. La felicidad se presenta muy fácilmente cuando nosotros amamos.

Sor Karoline, la Madre Teresa de Latinoamérica

ANNETE SCHAVAN

Tu vida es un ejemplo de amor, de compromiso social y de perseverancia. Su voz siempre conmueve nuestra conciencia, cuando se trata de la justicia social y del entusiasmo por la hermosa y noble tarea de lograr un país más justo.

Karoline, no aflojes: tú eres un ejemplo para todos nosotros.

Recibe un abrazo, amiga.

MICHELLE BACHELET, *presidenta de Chile*





# Índice

A Chile de ida y vuelta .....	13
El sueño ha terminado .....	13
En Altmühltal .....	15
Steyl .....	26
<i>Intermezzo</i> : bailar .....	31
En la meta y con todas las preguntas abiertas .....	33
Prometo obediencia .....	39
Desilusión .....	43
«Áreas verdes» .....	47
Mi fachada se derrumba .....	55
Maruja y los niños .....	61
La esperanza se propaga .....	64
Ya no más cosas a medias .....	68
La primavera política de Chile .....	72
El amor más grande .....	78
Crisis explosiva .....	81
Mi lugar .....	88
Dios no me abandonará jamás .....	90
Navidad .....	92

La noche oscura de Chile .....	95
Desconfianza, miedo y horror: la siembra de la dictadura brota rápidamente .....	95
Ricardo .....	99
Al amanecer en el canal El Carmen .....	104
Contraespionaje .....	108
La señora Pinochet en nuestro comedor .....	114
El «Cardenal Rojo»: Raúl Silva Henríquez .....	119
Liberada por el arresto .....	120
Se llevan a los otros por mí .....	130
Los colores del sol. Vivir con los pobres .....	137
En el campamento Angela Davis .....	137
Adiós a los estudios de Medicina .....	144
El gran apuro .....	146
Prisma de los Andes: trabajar con las mujeres .....	149
Necesitamos la protección de la Iglesia: La Fundación Missio .....	152
Cuando el amor casi llegó a su límite .....	158
Buscábamos la vida misma .....	167
Persecución, represión y hambre: ningún final a la vista ..	167
Resistencia en la clandestinidad: el movimiento Sebastián Acevedo .....	172
Cantar .....	178
Mi buen pastor: el obispo Jorge Hourton .....	180
Juan Pablo II: «Los pobres no pueden esperar» .....	182
El cardenal y el emperador: Joseph Ratzinger y Heinrich II .....	185
Fracaso y retroceso .....	191
Peor que en la dictadura: el poder de los medios de comunicación .....	197

Nuevamente democracia:	
la gente tiene ansias de vida .....	205
Desgastados por la dictadura .....	205
No nos gusta cuando nos reprendes .....	208
Drogas, suciedad de palomas y delincuencia .....	210
Poder viejo en recipientes nuevos .....	215
Nuestros niños .....	216
Nuestro camino libera .....	221
Al nuevo obispo no le gusta la teología de la liberación ...	221
No soy asistente social .....	224
Por fin en India: con la Madre Teresa en Calcuta .....	228
Hasta donde alcance mi pequeño ser .....	233
La amistad llega a todas las capas sociales	
y a través del océano .....	237
Una nueva fundación: la Fundación Cristo Vive .....	237
Amistades: redes que sostienen .....	238
Compartir y enriquecerse .....	243
Chile todavía olvida a sus pobres .....	245
Necesito 400 marcos .....	247
Los hermanos pobres de Chile en Latinoamérica:	
Cristo vive en Bolivia y Perú .....	251
Una semilla del Reino de Dios: Cristo vive en Europa ....	258
Soy chilena .....	260
El sentido de mi vida es vivir el amor .....	263
Epílogo .....	267



# ***A Chile de ida y vuelta***

## EL SUEÑO HA TERMINADO

Marzo de 1973. Estoy sentada en el avión y Chile ya forma parte de mi pasado. Es un momento terrible. En el cielo chileno se han formado espesas nubes. Todo el país está agitado. Los disturbios políticos ya han penetrado hasta en los barrios pobres. Se siente en el aire que algo muy malo va a suceder.

Ya en el aeropuerto no podía dominar mi llanto. Seguía llorando con las hermanas, al entregar el equipaje, continuamente. Maruja me decía:

—Ahora ya no llores más. Puedes seguir llorando en el avión.

Lo que ella no sabía, lo que nadie debía saber, porque yo estaba obedeciendo una orden, era que yo no viajaba de vacaciones a mi país, que es lo que tuve que decirles a las hermanas que trabajaban conmigo, a mis amistades y a toda la gente de los barrios pobres. Nadie debía saber que yo abandonaba el país para siempre. En aquel entonces era así en esa orden religiosa.

Ya en noviembre había recibido noticias de que algo no andaba bien. Yo vivía con dos hermanas en un barrio pobre en Santiago. El resto de las hermanas vivía en un convento en un barrio de clase alta. Varias veces yo no había participado en determinadas reuniones o en algunas actividades de la vida de la comunidad religiosa. En algunas ocasiones yo me había pasado por la cerca del convento, cuando no podía abrir la puerta, porque alguien había puesto el cerrojo. Siempre que había ocurrido algo así, yo había dado mis disculpas y creído que mis razones eran aceptadas. Hasta que recibí la decepcionante notificación de la superiora provincial, de que yo ya no era compatible con la orden en Chile.

Mil veces les había prometido a los pobres de mi barrio que no los abandonaría. Pero sus dudas siempre habían permanecido: si nosotras, que veníamos de la clase alta, que éramos extranjeras, soportaríamos estar con ellos. Reiteradamente me habían manifestado cuán improbable era eso. Personas de nuestra clase social jamás habían intervenido a favor de los pobres. Durante tres años y medio había tratado de aclararles que nosotras como Iglesia permaneceríamos con ellos y por encargo de Jesús compartiríamos nuestra vida con ellos.

Pero ahora estoy definitivamente sentada en el avión y grito de dolor tan fuerte como las turbinas. Una de las azafatas piensa que me he trastornado. Pero no puedo dejar de gritar: de impotencia, de rabia, de miedo. Y me pregunto una y otra vez, si en realidad no me he equivocado por completo en Chile. Es incomprensible para mí haber sido simplemente deportada por mi orden. He abandonado a la gente de los barrios pobres. Todo ha terminado.

EN ALTMÜHLTAL

Pietenfeld. Un pequeño pueblo con 600 habitantes en aquel entonces. Cuando se viene de Altmühltal a través del cerro, el pueblo está en una pequeña hondonada, rodeado de bosques y campos. En el centro del pueblo está la iglesia. De estilo neobarroco, no elegante sino de edificación sólida. Alrededor de la plaza del pueblo están las granjas. Y justamente frente a la iglesia, al otro extremo de la plaza, está la casa de mis abuelos: una antigua casa de piedra del siglo XVII o XVIII. Sobre la gran entrada, una puerta verde de doble, está escrito «*Mane nobiscum Domine*». Cuando era chica siempre la miraba: «Quédate con nosotros, Señor». En ese tiempo todo estaba bajo un techo, delante la residencia grande e inmediatamente a continuación la caballeriza y el establo para el ganado vacuno. Sobre éstos últimos había incluso viviendas.

Ahí vivía yo, junto con los abuelos —el padre de mi madre había sido alcalde de Pietenfeld—, con mi abuela, un tío, dos tías, un sirviente, una sirvienta y mi familia, hasta que tuve diez años de edad.

Mi abuelo era para mí un patriarca. Una gran personalidad que yo respetaba mucho. Él reflexionaba mucho. En su cuarto había un escritorio grande que siempre me fascinaba: en él había muchos documentos acerca del pueblo.

A menudo escuchaba conversaciones sobre política en voz muy baja. Todos tenían todavía muy presente la época del nazismo. Exactamente como mi bisabuelo antes que él, mi abuelo fue muy apreciado como alcalde: se preocupaba por la gente.

A veces también había avalado a personas con apuros económicos y había perdido dinero. En la casa había algunas discusiones al respecto. Él había sido alcalde hasta el año 1933: también había ganado las elecciones municipales de 1933, pero los nazis le asignaron un administrador y después fue apartado del cargo. Mi abuelo era abiertamente enemigo del nazismo. Sólo unas pocas familias en el pueblo eran nazis. Como esas familias estaban en minoría, después fueron enormemente estigmatizadas, como es natural. Una vez Hitler marchó por el pueblo. La mayoría no había puesto banderas, tampoco mis abuelos. Mis tías, mi madre, mi tío, no estaban en la HJ (Juventud Hitleriana) o en la BDM (Unión de Muchachas Alemanas). Ésa era su forma de resistencia, la forma que podían realizar. Yo misma vi después, cuando tenía diez u once años, un libro sobre Dachau. Un ejemplar con grandes fotos. Con todos esos horrores. Con personas famélicas, con los hornos de gas y los montones de muertos. El libro lo publicaron sin duda norteamericanos; esas imágenes me marcaron para siempre. Entonces pregunté:

—¿Por qué no hicieron más? Ustedes sabían que existía Dachau.

Un padrino de mi abuelo había estado en el campo de concentración de Dachau. Cuando regresó, fue directamente donde mi abuelo y le relató los horrores. Mi madre me dijo en aquel entonces:

—Niña, tú no comprendes eso. Nosotros éramos ocho hermanos. No podíamos hacer más.

Él abuelo replicó:

—Sí, ése fue un tiempo duro. Nosotros estábamos bajo sospecha. No se podía hacer más.



Mi abuelo me quería porque yo era muy divertida y me interesaba por lo que él relataba. Por eso me invitaba de vez en cuando a pasear por los campos en un pequeño carruaje tirado por caballos. Lo que me fascinaba sobre todo eran los bosques que él había plantado. Ahí estaban los propios, como también el bosque comunal, que él tenía que cuidar. Me explicó por qué a veces se plantaba bosque mixto y a veces, bosque de pinos. Él me tomaba en serio como niña pequeña. Falleció el mismo año en el que nos trasladamos. Yo tenía diez años. La tarde anterior había estado todavía con él y le había contado cuántos sacos de trigo se habían trillado ese día. Yo siempre quería informarle con exactitud acerca de todo.

Mi padre, Josef Mayer, provenía de Grösdorf y se había establecido en Pietenfeld por su matrimonio. Además, como trabajador, no tenía la misma posición social de mi madre. Eso yo lo percibía muy claramente cuando era niña. Pero también percibía su seguridad en sí mismo. Cada mañana iba a la cantera, donde trabajaba como maestro dinamitero.

Karoline Hofbeck, mi madre, era la mujer de su corazón. Pero a mi padre le había costado mucho conquistarla. La conoció cuando ella tenía diecinueve años y estaba en la granja de su hermana. A eso se le llamaba en aquel tiempo «esperar con perseverancia». La hermana de mi madre tuvo un bebé y por eso mi madre ayudaba en su granja. Mi padre trabajaba también como peón en la misma granja y se enamoró de inmediato de ella. Pero también tenía en claro que, como peón, le cabían pocas posibilidades de casarse con esa hija de granjero. Él temía que nunca obtendría el permiso para casarse con ella. Por eso decidió «seducirla» y forzar así un matrimonio. Ese plan funcionó sólo en par-

te: mi madre quedó embarazada, pero ni aun así se pudo pensar en matrimonio.

Después de eso, mi padre escapó con mi madre a Würzburg. La hospedó allí con unos familiares mientras él trabajaba cerca. Pero mi abuelo logró, a través de sus relaciones, encontrar a Karoline, que todavía era menor de edad, y llevarla de vuelta a casa. Ella tuvo entonces que pasar su embarazo y traer el niño al mundo lejos, con una tía. Pero mi padre se ganó el corazón de esa tía: ella le permitía visitar a su amada cada fin de semana durante algunas horas. Para eso, él viajaba 100 kilómetros en bicicleta. Por esto siempre llamamos a nuestro hermano primogénito Josef, «el niño del amor».

Los dos tuvieron que esperar mucho tiempo para casarse. Finalmente lo hicieron en diciembre de 1941, cuando mi padre había sido alistado como enfermero en el frente oriental. Yo supongo que solamente por esa razón obtuvieron el permiso para casarse. Hasta el día del matrimonio, nuestro hermano no pudo vivir con su madre. Un «hijo fuera del matrimonio» perjudicaba mucho el prestigio de la familia y traía mucho sufrimiento sobre ella. Para nuestra familia fue muy difícil en aquel entonces aceptar todo eso. Por la sensación de tener que reparar ese sufrimiento que le había provocado a la familia, mi madre tuvo después que pagar nuevamente un precio muy alto: cuando nos mudamos de la casa de los abuelos, mi madre dejó a mi hermano con los abuelos, como ayudante de la granja. Nuestro hermano venía naturalmente a menudo donde nosotros, pero todos lo extrañábamos mucho.

Dentro del matrimonio yo era entonces la primera descendencia. Mi padre estaba tan enamorado de su esposa Karoline, que su primera hija también tenía que

llamarse Karoline. Mi mamá decidió el segundo nombre: María.

Mi padre supo de mi nacimiento en la guerra en Rusia, a 70 kilómetros de Moscú.

Yo ya había crecido, cuando él me relató ese día, en una carta para mi cumpleaños:

*¡Mi querida hijita!*

*[...] Yo celebré la noticia de que tú habías venido al mundo junto con un amigo. Cada uno de nosotros que había sido padre recibía en ese entonces un día libre, además, una botella de aguardiente y una provisión extra. El sol brillaba, nosotros nos habíamos quitado el uniforme y estábamos sentados en una trinchera. Aunque a tu mamá le escribía casi a diario por el correo militar, esa vez quise enviarle por escrito felicitaciones especialmente hermosas. De pronto escuché muy claramente su voz. ¿O era la tuya? Hasta ahora no lo sé. Solamente sé que escuchaba esa voz interior que me gritaba llena de miedo e insistencia: «¡Tienes que salir de ahí de inmediato! ¡Sal!» Mi amigo se reía de mí. Pero yo había escuchado esa voz muy claramente. Yo solamente grité: «¡Sal!» ¡Afortunadamente me hizo caso! En el momento en que estábamos fuera de la trinchera, una granada explotó detrás de nosotros. Todo lo que teníamos, todo nuestro equipo de enfermería, se quemó.*

*¡Pero estábamos vivos! Ustedes nos salvaron. Jamás he olvidado ese momento. Para mí fue como si a nosotros tres juntos se nos hubiera otorgado nuevamente la vida en ese momento [...].*

Mi hermana Hilde nació en 1944, un año después que yo; en 1950 recibimos la tercera hermanita, María. En 1953 mi madre quedó otra vez embarazada. Ese embarazo fue muy

complicado. Mi madre tenía en ese tiempo una grave enfermedad del corazón. Tuvo que estar acostada durante meses, luego falleció el bebé al nacer. Mi madre misma casi murió en el trance y estuvo gravemente enferma durante muchos meses más. Ese tiempo me marcó mucho. Yo tenía diez años. Mientras mi madre yacía en el hospital, nosotros, además, nos trasladamos de la casa de los abuelos a una casa propia. Mi padre había querido construirla sin falta para mi madre, para que ella, ya que se había casado con él, que tenía una posición inferior, por lo menos pudiera vivir de acuerdo con su nivel social. Para eso él se había esforzado de manera increíble después de su regreso del cautiverio de guerra. Todos nosotros, los niños, tuvimos que cooperar, eso se consideraba obvio. La construcción de la casa, y después también el traslado, continuaron mientras mi madre estaba en el hospital. Todas las mañanas, a las seis, mi padre acudía allí para estar por lo menos una hora con ella. Después, iba al trabajo y volvía otra hora por la tarde. Los médicos siempre decían que mi madre solamente había seguido viva por causa de este amoroso apoyo de mi padre. Ella tenía realmente pocas posibilidades de sobrevivir.

El tiempo del temor por la vida de mi madre me marcó enormemente: yo era muy consciente de mi responsabilidad como mayor de las tres hermanas. Para mí la vida de mamá era más importante que la mía en aquel tiempo. Aprendí cuánto hay que luchar, pedir y orar por la vida. Esa aflicción, ese miedo a perder a mamá, significaba para mí hacer cualquier cosa para que eso no ocurriera. Comprendí hasta qué punto teníamos que permanecer todos unidos. Solamente mediante esa cohesión teníamos fuerza. Y solamente si teníamos fuerza, mamá podía tener fuerza para poder luchar por su vida. Y lo logró. Era importante para mí ver a mi

padre, que solamente vivía para ella. Cuando mi madre llegó del hospital, todos la atendíamos, la protegíamos, nos preocupábamos de la nueva casa para que se sintiera bien en ella. Queríamos evitarle cualquier sufrimiento. Nos portábamos muy bien.

Pero el miedo terrible por mamá permaneció durante mucho tiempo. Cada día yo corría a casa en las pausas de la escuela. De puro miedo oraba sin cesar durante todo el camino: «Por favor, querido Dios, haz que mi mamá todavía esté viva». Tan sólo cuando la veía en la cama, a través de la ventana, me podía tranquilizar un poco.

Ese temor y esa lucha duraron todo el otoño, hasta el invierno. Entonces experimentamos la felicidad de su mejoría. Pero en nuestros corazones infantiles el miedo se hizo sentir todavía durante mucho tiempo.

Mi padre permaneció toda su vida enamorado de mi madre. Los viernes por la tarde siempre llegaba del trabajo con una sorpresa. Si había las primeras cerezas, él le traía una bolsita con cerezas rojas y se las colocaba delante, en el escote: cerezas dulces, grandes y rojas. Nosotras sabíamos que esas cerezas eran solamente para ella, la mujer de su corazón. (Pero sabíamos que nosotras también éramos importantes y recibíamos una cereza cada una.)

Cerca de mi padre siempre me sentía extraordinariamente tomada en serio. Podíamos hablar de todo entre los dos. Todavía siendo niña hablaba con él sobre su trabajo, sobre política, sobre el pueblo, sobre libros que yo había leído o sobre cualquier otra cosa que me conmovía.

En algunos momentos yo percibía que tenía absolutamente toda su confianza. Como en aquella Nochebuena. Mis padres habían viajado a Eichstätt para hacer las últimas compras. Yo había terminado de limpiar la casa. Todo

estaba lustrado y limpio. De pronto un mendigo llamó a la puerta, como era frecuente en aquel entonces. Yo estaba sola en la casa, no tenía dinero y tampoco sabía qué debía darle. Entonces vi el canasto grande con manzanas sobre la mesa. ¿Le gustarán? Tomé el canasto y le pregunté. Él estaba tan contento que eché la mitad del canasto en su saco. Como él se alegró tanto, me habría gustado darle todo el canasto, pero no lo hice. Luego llegaron mis padres a la casa:

—Papá, yo no sabía si podía hacerlo, pero le di la mitad del canasto de manzanas a un mendigo. Él estaba tan contento, que en realidad yo quería regalarle todas las manzanas.

—¿Y por qué no lo hiciste? —me dijo mi padre sonriendo.

Desde ese momento yo sé que siempre puedo obedecer a mi corazón, cuando un impulso interior me empuja a hacer o regalar algo.

Mi padre ejerció en el pueblo como enfermero todo el tiempo de posguerra. Frecuentemente visitaba a los enfermos, colocaba inyecciones, suministraba morfina a los enfermos de cáncer. Era una época en que muchas familias no tenían lo suficiente. Mi madre, como hija de granjero, tenía siempre muchas conservas en la casa. En el subterráneo había cientos de frascos con frutas, verduras y carne en conserva. Con mi abuela había sido siempre así, y mi madre también lo hacía. Una vez mi padre comenzó a llevar frascos de conservas a gente que visitaba, para regalarlos. Mi madre jamás se hubiera dado cuenta si la gente no hubiera sido tan amable de devolverle los frascos bien lavados. En alguna ocasión hubo entonces alguna discusión considerable.

Mi madre jugaba mucho con nosotras. Entonces era como una niña. Y tenía aptitudes increíbles para hacer cálculos. A mi padre le gustaba cantar y escribir. Escribía artículos para el diario y posteriormente también para el sindicato.

Mi padre fue el primero y el único a quien yo le dije, cuando tenía once años, que quería ser misionera. Él conocía el gran mundo, había viajado mucho cuando joven. Y yo sentía que también quería salir al gran mundo. Yo siempre había repartido por el pueblo los folletos *Misión Mundial* y los había leído mucho. Mi padre se alegró mucho y pronto recibí de él la dirección de la Orden Misionera de Steyl, en Holanda.

Con el corazón palpitando escribí mi solicitud de ingreso para el internado de esa orden. Todavía veo la carta ante mí, decorada completamente con dibujos de flores (¡para que comprendieran cuán importante era para mí!). Rápidamente llegó la respuesta: decía que yo era demasiado joven. Tenía que tener por lo menos catorce años. ¡Oh! ¡Cuán desilusionada y enojada estaba! En mi percepción infantil, los tres años estaban a una distancia infinita. Pero no obstante, alguna vez se acercaría ese cumpleaños. Con trece años escribí nuevamente. Y otra vez la respuesta era: «Tienes que tener catorce años para ser aceptada». Esa vez le conté también a mi madre que me iría a la misión. Se asustó mucho:

—¿Tan lejos de casa, en otro país? Imposible para una niña tan pequeña. Ahí estás perdida.

Agitadamente buscaba mi mamá cualquier excusa para que yo no tuviera que irme tan lejos. Finalmente se acordó de una tía que vivía en un convento en Mallersdorf, cerca de Regensburg.

—Ese convento tiene una escuela, ésa es la solución.

Viajamos en vísperas de Pascua donde esa tía abuela y fuimos recibidas cariñosamente. Mi tía se alegró mucho de que yo quisiera seguir ese camino.

Pude mirarlo todo. Yo quería ante todo averiguar dónde tenía sus misiones la orden. La orden de Mellersdorf era principalmente una orden de formación eclesiástica, que también tenía actividades en África. Pero no las tenía en todo en el mundo, y tampoco en China, adonde yo quería ir sin falta. Yo tenía en claro que *este* no era el lugar para mí, aunque mi tía se hubiera alegrado tanto y ahora se fuera a poner triste.

El Lunes de Pascua se lo comuniqué a mi madre:

—La de aquí no es una verdadera orden misionera. Yo tengo que ir a Steyl, ellas van a todas las partes del mundo.

Mi madre empacó las cosas molesta y el mismo día partimos.

Yo quería ir a una verdadera orden misionera, y nada me lo podía impedir. Tampoco la desavenencia con mi madre que comenzaba ahora.

Ella estaba en contra. Para ella era muy terrible perder una hija. El conflicto duró hasta junio. Yo seguía escribiendo a Steyl, pero mi madre no firmaba el permiso necesario para que yo pudiera ir allí. Mi padre firmaba, ciertamente, pero al mismo tiempo aclaraba:

—Yo no voy a firmar por mamá. Si tú quieres ir allí, tienes que convencerla. Ésa es labor tuya.

Mi madre estaba terriblemente enojada con mi padre:

—Tú quieres deshacerte de Lina.

Ella se sentía tan unida, tan existencialmente unida a mí. Para ella era un dolor inmenso perderme, entregarme. Yo me sentía presionada por la situación. Yo no quería que mi mamá sufriera, pero tampoco sabía cómo hubiera



podido quitarle su sufrimiento. Tuve que obedecer a mi vocación.

Comenzaron los preparativos. Mi padre compró una maleta grande de cuero, para guardar todas las cosas que había que comprar para el internado: desde una colcha de plumas hasta las fundas de seda. Vino la modista, yo necesitaba un vestido negro, había que coser en toda la ropa interior y en todas las prendas de ropa el número 1211.

La gran confrontación ocurrió en la mesa el domingo antes de que se llevara a cabo el viaje. Mi madre le reprochaba a mi padre que él tenía la culpa de que yo me fuera.

—No, eso no es cierto. Papá no tiene la culpa —lo defendía yo.

Pero mi padre abandonó llorando primero la mesa y luego la casa. Entonces mi madre también comenzó a llorar. Mis hermanas ya se habían escondido en algún sitio.

Yo estaba completamente sola con mi madre. Ella había perdido varios kilos, yo veía y experimentaba en cada fibra de mi cuerpo lo mal que ella se sentía. El momento se transformó en una prueba de fuego para mí. Finalmente tomé una decisión:

—Si realmente es tan terrible para ti, entonces no me voy y ya está.

Ella me miró durante un largo rato:

—Anda, anda, aunque yo no esté de acuerdo. Pero te digo una cosa: no te escribiré.

En los primeros años efectivamente no me escribió y no contestó ninguna de mis cartas.

Viajamos de madrugada. Mi padre me acompañó en el tren a Colonia. Allí tuvimos que pasar la noche. Al día siguiente continuamos hacia Venlo. Dejamos nuestras maletas en la consigna y caminamos toda la noche por Colonia:

yo a su lado, la muchacha grande que se atreve a salir al gran mundo.

## STEYL

Pocos kilómetros detrás de la frontera holandesa, cerca de Venlo, está el pequeño pueblo conventual de Steyl como un mundo propio. En las praderas del Maas, cerca del transbordador hacia Barlos, están los edificios de los conventos, en medio de grandes parques. Desde el convento se ven y se escuchan las pesadas barcazas en el ancho río.

Desde hace más de 50 años están los edificios aquí: primero estaba el monasterio para los Padres de Steyl, luego fue construido, un poco alejado, el convento para las *Blue Sisters*, las Hermanas Misioneras con uniforme azul. A la roja construcción neogótica de ladrillos con muchos cientos de torrecitas en el techo, el arquitecto le dio la forma de una paloma. De ese modo él quería, ya en el diseño del edificio, hacer perceptible visualmente el Espíritu Santo. Las hermanas se denominan «Servidoras del Espíritu Santo». En el centro del edificio está la iglesia de las *Blue Sisters*: en el ala izquierda, la nave de las novicias, la iglesia para las mujeres jóvenes que todavía se encuentran preparándose para la vida de la hermandad, y en el ala derecha, la iglesia para los visitantes. El convento de las Hermanas Rosadas, que también se llaman «Hermanas de la Veneración Eterna», se encuentra al otro lado del estrecho callejón. Las Hermanas Rosadas dedican toda su vida a la contemplación y no abandonan jamás el convento.

Todos los edificios están unidos unos con otros como un castillo. Interminables corredores bajo innumerables

arcos puntiagudos neogóticos, conducen sobre artísticos dibujos en las baldosas en el suelo, a través de las diferentes partes del convento.

En el llamado «Lugar de los Recuerdos» y en muchas partes en los corredores, hay vitrinas, en las cuales se exhiben piedras preciosas, telas, velas, instrumentos musicales o también objetos de otras religiones de todo el mundo. Justamente de todas partes hacia las cuales se marcharon los padres y las hermanas de Steyl en misión: primero a China y después a todas las partes del mundo.

Actualmente al gobierno holandés le gustaría sacarle más provecho al pueblo conventual de Steyl con fines turísticos, lo que, sin embargo, rechaza la administración del convento.

Con el tiempo llegué a amar el convento. Pero cuando llegué ahí siendo niña, fue terrible para mí: ¡aquellas salas tan altas! Enormes comedores, tres veces más altos que lo que yo era... ¡cómo me apegaba en invierno a las estufas, para recibir un poco de calor! Era realmente terrible: yo venía de una familia que demostraba su cariño con muchos abrazos, era muy acogedor estar entre nosotros. Además, aquí colgaban de las altas paredes cuadros muy serios. Me eran casi insoportables. Yo no quería en absoluto mirar hacia arriba. Para nosotras, las niñas –porque nosotras éramos todavía totalmente infantiles– no había en aquel entonces ninguna sala donde hubiéramos podido sentirnos «en casa».

Yo tenía mucha curiosidad de ver cómo serían las nuevas amigas. Pero rápidamente tuve que aprender que en el internado estaban estrictamente prohibidas las «amistades particulares». Pasear de a dos en el jardín o sentarse en un banco, ya eso estaba prohibido. Yo no sabía por qué. Ahora pienso que las hermanas tenían temor de que se

formaran relaciones amorosas entre las muchachas. Pero en aquel tiempo yo no comprendía por qué existía semejante regla.

De ese modo tuve que encontrar mi lugar en el grupo. Éramos alrededor de 110 muchachas entre catorce y veinte años. Pronto me sentí bien con ellas a pesar de mi dialecto bávaro: los juegos, aprender juntas, la escuela; todo era tal como lo había deseado. Nuestras profesoras, todas hermanas, eran mujeres muy competentes. El jardín del convento era muy hermoso, con muchos arbustos y árboles. Tuve que acostumbrarme a la llanura. A menudo me sentaba en el cuarto piso, observaba la puesta de sol y soñaba con el mar...

Mi primera directora fue la hermana Ingonda. Era profesora en la Universidad de Pekín y había regresado cuando el régimen comunista expulsó a todos los misioneros. La hermana Ingonda, una gran matemática, me fascinaba mucho. Era muy silenciosa y estricta, pero escuchaba gustosa.

Pero no solamente la hermana Ingonda era estricta; toda la dirección del internado era muy, pero que muy estricta. Eso cambió cuando al cabo de algunos años recibimos una nueva directora: la hermana Bonegardia.

Teníamos que superar un día arduo: cada día comenzaba temprano con la oración matutina y la misa. Después había desayuno, enseguida clases hasta las doce y media. Después venía el almuerzo y un tiempo para reponerse. Toda la tarde estudio, pausa para la merienda, después seguir estudiando hasta las siete, luego cena, una pausa corta, oración vespertina y a la cama. Las mayores podían ir nuevamente a estudiar por la noche. Además, había «pequeñas obligaciones»: teníamos que ayudar en la casa, también el sábado: limpiar y lavar, ayudar a lavar en la cocina, coope-

rar con la cosecha en el jardín, sacar bayas y frutas, recoger verduras... todo lo que hubiera.

Pero no solamente se esperaba un rendimiento por parte de nosotras. Debíamos ser ampliamente instruidas. Teníamos mucho deporte, arte y música. Yo siempre cantaba en el coro y se me permitía pintar. Para las hermanas era muy importante que obtuviéramos una buena educación, una base sólida para nuestra vida y nuestra posterior profesión.

Dentro de esa rutina diaria había muchas reglas que obedecer. Entre las comidas, por ejemplo, no se nos permitía comer, ni siquiera una miga de pan. Tampoco si teníamos galletas o cosas parecidas en el compartimento propio. Eso estaba prohibido y se consideraba casi un pecado. Había momentos en el día en que no podíamos hablar. Se nos indicó que hiciéramos «obras de amor», silenciosas y sin darles mucha importancia. Cuando alguien había dejado cabellos suyos en el aseo, o a alguien se le había caído algo, entonces teníamos que sentirnos responsables: retirar los cabellos, levantar el objeto caído, etc. Yo tomaba todo eso extremadamente en serio: lo tomaba todo al pie de la letra y trataba de ser ejemplar en todo lo que había que hacer. Cumplir todas las reglas, ése era mi mayor propósito. Y porque yo misma me esforzaba tanto, me enojaba con las que simplemente no se ajustaban a las normas. Llegué a ser realmente «farisaica», como decíamos nosotras; me consideraba mejor que la mayoría de las demás. Cuando una vez una compañera me dio su opinión al respecto, pensé solamente: «¡Ésta sí que es mala!».

Tan sólo el día en que la hermana Bonegardia, «la buena guardiana», asumió el cargo de directora, pude bajarme lentamente de mi alto corcel.

La hermana Bonegardía traía vida; nos sorprendía con flores, canciones, poesías y juegos. De pronto algo nuevo iluminaba la escuela: ella se decantaba por una educación orientada hacia la libertad individual. Iba con nosotras a explorar el jardín del convento, o en las noches a la iglesia para una oración íntima y una profunda contemplación. Y siempre tenía tiempo para nosotras. Podíamos ir donde ella cada vez que algo nos inquietaba. Yo llamaba a menudo a su puerta para abrirle mi corazón.

Cuando ella decía «Ave», podía entrar.

—No es posible que la mayoría no se ajuste a las reglas. Es cada vez peor: de repente muchas no mantienen el silencio, cuando no hay que hablar. ¡Algunas comen incluso entre las horas de comida!

Yo denunciaba y denunciaba, podía decir de todo, y percibía la buena voluntad con la que me escuchaba la hermana Bonegardía. ¡Ella no me contestaba nada! Después yo estaba furiosa: ella no hablaba con nadie. No le indicaba a nadie que todas tenían que cumplir las normas. Yo veía que el buen orden iba cuesta abajo.

Un día comprendí la enseñanza de la hermana Bonegardía: todas aquellas reglas estrictas que teníamos antes eran simplemente innecesarias. Por el contrario, ¡la vida mejoraba mucho si no había presión! Yo ya no *tenía* que retirar callada los cabellos del aseo, pero *podía* hacerlo. Ya no había ninguna obligación de ser buena, de cumplir reglas y de querer agradecerle al querido Dios, sino que podía decidir con libertad y responsabilidad por mí misma. En ese tiempo recibí una muestra de lo maravilloso que es actuar libre por amor.

Estuve seis años y medio en el internado, después aprobé felizmente el bachillerato. Sobre todo en los últimos tres

años contraí profundas amistades y experimenté mucha alegría, hermandad y confianza. Entusiasmada, escuché los relatos y experiencias de muchas misioneras que habían regresado.

Todavía quería ser aceptada en la orden. Solicité la admisión... y nuevamente tuve que esperar: todavía no tenía veintiún años, es decir, otra vez era demasiado joven.

Y de ese modo tuve que regresar al lugar de donde había venido; a Pietenfeld, en Altmühltal.

### *Intermezzo: BAILAR*

En casa bailaba muchas veces por las noches hasta que cesaba la música. Para salir lo hacía la mayoría de las veces con mi hermano Josef. Cuando no bailaba, servía cerveza y vino en el restaurante de mi tía Mathilde.

Una gran pregunta dominaba en ese tiempo mi pensamiento y mis sentimientos: ¿puedo ir al convento si todavía no me he enamorado de verdad? ¿Cómo puedo saber si podré resistir un amor, un enamoramiento repentino, si todavía no lo he experimentado?

—Tú no conoces el mundo, ¿cómo puedes ir al convento? —me reprochaba mi madre, aunque no solamente ella. Todavía no se había acostumbrado a la idea de que yo ahora realmente quisiera ingresar.

La gente ciertamente tenía razón; yo no conocía el mundo. ¡Cómo podía, después de tantos años en el internado, con traje negro y con las reglas más estrictas!

Por eso yo bailaba tanto como podía. Tenía muy buenos amigos, pero no dejé que se llegara a una relación amorosa. Durante meses fue una pregunta íntima: «¿Qué ocurrirá si

irrumpe el amor en mi vida? ¿Podré resistir entonces? ¿Será entonces mi amor a Dios suficientemente fuerte?». Yo no podía responder a la pregunta, tenía que dejarla abierta.

Tan sólo muchos años después, cuando ya hacía largo tiempo que era religiosa, la pregunta teórica se convirtió en una pregunta que me hizo la vida. Por medio de un hombre que me amaba mucho y a quien yo también amaba mucho. Sólo entonces encontré la difícil respuesta. Hasta ahí tuve que vivir con la inseguridad y tomar mis decisiones con ella.

Mi padre lo había preparado todo, de modo que en esos meses de espera y de exámenes, yo podía, además del trabajo, hacer lo que deseara: permiso de conducir, curso de natación, curso de mecanografía, vacaciones con la familia en los Alpes.

Mis dudas no disminuyeron cuando también se me presentó, sorprendentemente, la ocasión de comenzar en Múnich los estudios de Medicina. Llegar a ser doctora era mi sueño dorado. Sin embargo, me decidí en contra de eso.

Mientras yo dudaba y bailaba, mi hermoso baúl nupcial de madera se llenaba con lo que podría ser mi ajuar: una colcha de plumas, una manta de lana, toallas, ropa de cama de seda... que duraría toda una vida y que, como tantas muchachas bávaras, había ido recibiendo como regalo de cumpleaños o de Navidad a lo largo de los años; mi máquina de escribir, el tocadiscos, mis libros... todo fue a parar al baúl.

El 6 de septiembre de 1964, un día antes de la partida, se terminó de empacar el baúl. Mis padres me habían entregado una pequeña parte de la herencia. Era un asunto serio cuando alguien decidía ingresar en una orden religiosa.



Mi madre cerró la tapa:

—Así, mi amor, esto lo enviamos ahora a Bombay, donde las hermanas que tú tanto quieres, y tú mañana te vas a Múnich y estudias Medicina.

—Mamá, Jesús no necesita mis cosas. Jesús me necesita a mí. Eso simplemente lo percibo. Ésa es mi vocación y tengo que seguirla —era todo lo que yo podía oponer a tanta desgracia maternal.

La combinación de trenes había mejorado desde que yo tenía catorce años. Al día siguiente pude viajar con mi padre directamente a Venlo. Él estaba feliz con mi decisión de convertirme en una hermana, y se quedó algunos días conmigo. Para él era importante, muy importante que yo me atreviera a seguir ese camino. El segundo Concilio Vaticano con su tendencia al resurgimiento y a la libertad lo había inspirado. Cuando niña yo siempre había ido a la iglesia con los abuelos y con mi madre. Mi padre faltaba a misa. Pero desde hacía algunos años participaba entusiasmado en las renovaciones que había producido el concilio y en un movimiento que se llamaba «Célula Espiritual». Mi padre estaba totalmente cambiado, más contento y más feliz en la iglesia. En muchas largas y profundas conversaciones me relataba su búsqueda, pero también sus experiencias con Dios. Yo no conocía a mi padre así, y su felicidad me hacía feliz a mí.

EN LA META  
Y CON TODAS LAS PREGUNTAS ABIERTAS

Yo era una de las últimas que venían de la iglesia después de la misa de investidura. En el salón de celebraciones nos

esperaban algunos cientos de visitantes. Parientes y amigos querían celebrar con nosotros nuestro ingreso en el llamado «noviciado», un tiempo adicional de preparación para la vida de la orden.

Casi había pasado un año desde que había viajado de vuelta al convento con mi padre y mi «baúl nupcial». Había ocurrido algo con lo cual no había contado en absoluto: todo el entusiasmo que siempre había tenido durante todos los años se había ido en pocas semanas. Simplemente había desaparecido.

Caí en un hoyo profundo. Yo me había imaginado una comunidad espiritual y un intercambio espiritual y de pronto podía percibir demasiado poco de eso. Fue una gran desilusión: añoraba compañía, hermandad e idealismo. Al mismo tiempo era naturalmente el comienzo de una búsqueda: del sentido de la vida de la orden y también de mi propia profunda vocación, era el comienzo de la confrontación conmigo misma. El concilio, que terminó justamente por aquellos días, despertó en mí esperanzas de reformas en la orden, de novedades dentro de la comunidad. No se trataba simplemente de aflojamiento de las muchas reglas estrictas; nosotras queríamos ante todo experimentar otras relaciones en la comunidad de hermanas. Cuando salí de la iglesia ese día, me había convertido por cierto en una «hermana», pero el proceso interior de la búsqueda todavía no había llegado a su término. Interiormente yo siempre estaba a la expectativa de hacia dónde conduciría todo eso. Pero exteriormente llevaba puesto el hábito de la orden y tenía un nuevo nombre: hermana Paulina, por el apóstol Pablo.

Hasta ahí no había visto a nadie de mi familia. Yo sabía que habían viajado desde Baviera y que me esperaban en

el salón de celebraciones. Como «hermana Paulina» se me había inculcado de la manera más estricta que tenía que comportarme de una manera diferente: definitivamente ya no podía abrazar y besar. Me dirigí hacia mi familia. Todas las miradas estaban dirigidas hacia mí: mi padre se levantó, vino hacia mí, me abrazó y me dio un gran beso en la frente. Mi madre percibió mi confusión, y solamente me acarició cariñosamente la cara. Tan sólo después, en un paseo por el jardín del convento, y solamente detrás de un arbusto florido, mi madre me abrazó impetuosamente, con lo que me quedó en claro que me era imposible renunciar a eso. Tal vez en Westfalen la gente no se bese, pero en Baviera sí. Por lo menos en mi familia.

Mi familia partió y de nuevo vivía lejos de mí. Comenzó el noviciado.

Pero solamente seis semanas después recibí una noticia que me hizo infinitamente difícil permanecer tan alejada de mi familia: mi padre enfermó. De una enfermedad mortal. Era inimaginable para mí. ¡Tan sólo tenía 48 años! Siempre lo había visto fuerte y activo. Comprendí de inmediato que el diagnóstico de linfogranulomatosis, una especie grave de leucemia, podía significar su muerte. Luchamos por la vida de papá. Comenzó el trayecto de diagnósticos y hospitales. Acudimos hasta a la Clínica Mayo, en Estados Unidos, para ver si allí había una posibilidad de tratamiento. Su respuesta frustró nuestras esperanzas: no podían ofrecer una terapia mejor que la de la Clínica Universitaria de Erlangen.

Cada semana recibía una carta de mi padre. Pero él me ocultaba su estado. Al comienzo del Adviento, me escribió: «[...] para mí también es Adviento. El Adviento de mi vida ha llegado. Yo espero que Dios venga hacia mí».

Él deseaba que yo fuera a visitarlo en su 49º cumpleaños. Durante el noviciado no se permitía ver a la familia, pero después del concilio, la orden acababa de decidir que también durante el noviciado era posible una visita de tres días a la familia. De ese modo obtuve el permiso para visitar a mi padre en la clínica.

Lo encontré en su cuarto de enfermo y preocupado por mí: le gustaba llamarme «hermana Paulina», pero esta vez me dijo: «Karoline, no dejes que la orden distorsione tu carácter. Sigue tu camino, sigue siendo la que eres. Tienes que permanecer fiel a ti. Si tu camino no va a través de la orden, entonces continúa siguiéndolo sola. Pero tú tienes que seguir tu camino».

Yo estaba completamente sorprendida: no le había contado a mi padre nada de mis dudas y dificultades.

Me regaló los libros de dos grandes cirujanos: el profesor Sauerbruch y el doctor Hans Kilian. «No pierdas de vista tu meta de servir a las personas como doctora.»

Fue un tiempo difícil para mi familia. De regreso en el convento probablemente no pude evaluar lo que la enfermedad de mi padre significaba realmente para mi familia, sobre todo para mi desconsolada madre. Mi padre me escribió que deseaba que fuera a visitarlo nuevamente por Pascua. Obtener un permiso para una nueva visita... no podía esperar en absoluto eso de las superiores, de las que ya había obtenido tres días. De ese modo sólo le escribí una carta: «Estoy profundamente unida contigo en el sufrimiento y en la resurrección».

A vuelta de correo llegó la respuesta escrita el día de Pascua: «Querida hermana Paulina, tendré que despedirme en cualquier momento. No quiero eso sin que tú estés. Quiero verte. Que te bendiga Dios, el Padre, el Hijo y el

Espíritu Santo. Tu padre, tu papá». Es decir, esto era una orden para mí. Ahora me daba lo mismo todo lo demás, viajaría con permiso o sin él, ocurriera lo que ocurriera conmigo: presenté la carta y viajé esa misma noche. Para mí eran importantes algunas ramas de membrillo con brotes que mi amiga, la hermana María, trajo rápidamente del jardín: ¡a papá le gustaban esos mensajeros primaverales!

En Eichstätt corrí al hospital, me detuve solamente en la catedral para una oración. De pronto tuve temor de llegar demasiado tarde.

Encontré a mi padre en una sala con ocho camas. Casi no lo reconocí, estaba muy flaco y demacrado. Ahí estaba yo con mis flores en la mano y luchando con las lágrimas. Él se alegró enormemente de que yo llegara, pero estaba tan débil que casi no podía entender lo que yo le decía. Me quiso dictar su testamento. Yo escribía y ocultaba mis lágrimas ante él.

A mi madre la habían enfermado tanto las preocupaciones y el temor por mi padre, que apenas podía moverse. Yo no podía imaginarme volver a abandonar a mi familia, pero el lunes, después del primer domingo de Pascua, tenía que regresar a Steyl. Por la tarde de ese domingo estábamos todos juntos, la familia y otros parientes y amigos.

Cuando quise despedirme de mi tío, un primo de mi padre, él me hizo severos reproches:

—Es simplemente irresponsable lo que haces. Tú padre se está muriendo, tu madre está muy enferma y tú sólo pretendes marcharte otra vez.

—Pero yo solamente quiero hacer la voluntad de Dios. No sé otra cosa que confiar en él y obedecerle.

Mi padre lo escuchó todo, y me sentí muy mal. Mi corazón no comprendía nada de lo que pasaba.

Cuando nos despedimos de papá por la tarde, mi madre quería quedarse con él. Como ella no podía caminar sin ayuda, mi padre le pidió que se fuera:

–Tú no.

–Papá, ¿puedo quedarme contigo esta noche?

–Bueno, como quiera Dios esta noche.

Me pregunté: «¿Qué querrá Dios esta noche?».

Llevé a mi madre y a mis hermanas en el auto a la casa, hice mi maleta para el viaje al convento del día siguiente y volví al hospital a la vigilancia nocturna. Papá dormía.

Era una noche de primavera, los primeros árboles comenzaban a florecer y las estrellas brillaban en el claro cielo. Desde la ventana del hospital yo miraba hacia el cielo nocturno y rezaba. Supongo que me quedé dormida un rato corto sobre la mesa, cuando de pronto escuché que mi padre respiraba con dificultad. Lo abracé. Él se sentó un poco, extendió las manos, sonrió y se fue de este mundo. Eso fue lo que percibí y lo que confirmó después el médico que fue llamado.

Tuve que viajar a la casa, cerro arriba, y decírselo a todos. Desperté a la familia, pero ya lo sabían. Yo quería llevar a mi madre y a mis hermanas al hospital lo más rápidamente posible, quería que ellas vieran sin falta esa sonrisa, esa traviesa sonrisa de mi padre. Para mí era como si él nos hubiera jugado una última broma y hubiera querido consolarnos de ese modo.

Pero mi madre estaba inconsolable en los días siguientes. Era entre nosotros una costumbre que en estos casos la gente viniera a la casa para orar y que se orara nuevamente por la tarde en la iglesia y después en la casa. Mi madre no quería dejar entrar a nadie y nosotras tuvimos que convencerla. Fueron días grises los que vinieron después de la muerte de mi padre. Llovía, lloviznaba, el cielo permanecía siempre gris. El tiempo era desolador y todo se veía falto de esperanza.

En una de esas noches, cuando los vecinos se habían ido después de la oración, me dirigí a mi madre:

—Verás que el Señor nos enviará el sol con papá —yo no sabía por qué dije eso.

Llegó el día del funeral. De hecho lloviznaba. Fuimos a misa y toda nuestra gran familia, la gente del pueblo y muchos colegas de trabajo y amigos nos acompañaron. Frente a la tumba entonamos la bendición: «El sol de la justicia que saldrá sobre nosotros». En ese momento se abrió el cielo y un ancho rayo de sol cayó sobre la tumba.

—¡Mamá, el sol! —grité yo, de forma totalmente inapropiada para mi hábito, junto al sacerdote frente a la tumba abierta. Pero no pude hacer otra cosa. Hay fotos de esa ocasión: en pocos minutos se pusieron nubes blancas en el brillante cielo primaveral. Esa experiencia me dio mucha fuerza en los días siguientes y ese sol alumbró mi vida hasta ahora.

Yo había enviado un telegrama al convento: «Mi padre ha vuelto a casa donde Dios. Hermana Paulina». Yo sabía que tenía que quedarme con mi madre, para poner en regla todos los asuntos necesarios junto con mis hermanos. Cuando eso estuvo hecho, tomé el primer tren a Steyl. Poco antes de Colonia recibí todavía un regalo de despedida: una puesta de sol incomparable.

A las dos y media de la noche llegué al convento. Ya casi nadie contaba con mi regreso.

## PROMETO OBEDIENCIA

Julio de 1968. En las universidades de Europa y Estados Unidos comenzó a haber mucho movimiento. La llamada «generación del 68» empezó a poner en duda todo lo que

sus padres querían y consideraban sagrado. En ese tiempo en que la rebelión se propagaba, yo practicaba la obediencia. Yo estaba en Nápoles a bordo del *Donizetti*, que se aprestaba a zarpar hacia Chile.

¡Hacia Chile, hacia Latinoamérica! Aunque desde mi infancia siempre había soñado con China y con India. Aunque durante años me había dedicado al mundo asiático y había intercambiado opiniones con muchas amigas y amigos de la misión en China y en India. Yo había esperado un envío a Estados Unidos, para estudiar allí Medicina, como preparación para la misión en India.

Yo no conocía el castellano. Latinoamérica era para mí un continente católico y consideraba que países como Argentina, Brasil, Venezuela y también Chile estaban en las mejores vías de desarrollo. ¿Por qué debía ir en misión a un país católico? Y algo era seguro: jamás instruiría alumnos católicos de la clase alta acomodada en un colegio católico. No, así no me había imaginado las cosas. Ése no era *mi* sueño al que me iba.

Mi noviciado había terminado con la misma cantidad de dudas con que había comenzado. El espíritu del 68 también se había apoderado del convento: junto con algunas otras hermanas habíamos fundado el grupo *Concordia*. Queríamos ante todo mantener unas con otras relaciones conventuales más libres, más fraternas y menos jerárquicas. Con nuestras opiniones y demandas éramos para muchas hermanas una provocación. Y para algunas de nuestro grupo, el mundo del convento permaneció demasiado cerrado, aun después del concilio: Annemarie, María y otras se marcharon.

Fui yo precisamente la que se quedó, a pesar de que por el momento no fui admitida a los votos. Yo era para las



hermanas demasiado inmadura y critica. Yo oraba para obtener una señal de Dios: habría preferido haberme ido también. No recibía ninguna señal. De ese modo, como último recurso fui donde mi maestra de novicias para contarle mis dudas:

—No puedo prometer los primeros votos. En las Constituciones se dice que solamente se puede prometer con la intención de cumplirlos para siempre. Pero no estoy segura de si después permaneceré en la orden.

—Hermana Paulina, ahora la conozco muy bien: yo creo que usted está en condiciones de prometer los votos. No necesita preocuparse.

Mi madre y mis hermanas vinieron para la celebración de los votos. Cuando yo pronuncié las palabras, había pasado toda incertidumbre. Sí, yo quería por cierto seguir a Jesús fielmente e ir a la misión.

Actualmente no tengo nada que ver con lo que en aquel entonces significaba «misión» para mí. En los años cincuenta y sesenta todavía estaba claro lo que se entendía por misión: el mensaje de Jesús tiene que ser difundido, las personas tienen que ser bautizadas como cristianas; sólo de eso depende la salvación. La Iglesia proclamaba que fuera de ella no existía salvación, aunque el Concilio había moderado en 1964 esa pretensión exclusivista. Para mí, «misión» significaba todavía en ese tiempo ir a los países «paganos», donde había emergencia y miseria, y donde el mensaje cristiano todavía no estaba difundido.

Cómo me alegré, cuando ya medio año después del término del noviciado recibí la designación para la misión. Ser enviada era siempre una distinción. Pero cuando supe que el país de mi misión sería Chile, eso fue un gran golpe para mí. Me sentí engañada. Pero yo había prome-

tido tres votos: pobreza, celibato y justamente también obediencia.

De ese modo, tres hermanas de Steyl, Renate, Luise y yo, habiendo recibido la misión en la Basílica de San Pedro por parte del Papa Pablo VI, zarpamos de Nápoles con el *Donizetti*, un barco de pasajeros.

Fue muy chocante: como nosotras no conocíamos el italiano, la orden, con la mejor intención del mundo, nos embarcó en primera clase. Por lo menos otras 20 personas pertenecientes a órdenes religiosas y algunos obispos también estaban a bordo. Ellos viajaban con el «pueblo», sólo nosotras estábamos en camino en primera clase. ¡Yo tenía veinticinco años, quería dedicar mi vida a los pobres y me encontraba a bordo en compañía de la absoluta *High Society*! Incluso se nos asignó una pequeña mesa frente a la del capitán en medio del casino. Para mí todo eso era muy difícil de comprender. ¿Qué sentido tenía?

¡Increíble, cuán rápido se acostumbra uno al lado de la vida que está expuesto al sol! Hoy también puedo ver un lado bueno de ese lujoso viaje: yo quería evitar el contacto con los ricos, ya que veía que mi vocación era estar junto a los pobres. Pero a bordo conocí a Gisela Albrecht. Por aquel entonces ella era la esposa del gerente de Schering en Santiago de Chile. En el viaje contrajimos una amistad que se mantiene hasta ahora. En muchas conversaciones profundas conocí a través de ella y de su punto de vista ese otro estrato social, y pude comprender mejor algunas cosas.

Después, cuando trabajaba en el barrio pobre, Gisela comenzó pronto a cooperar allí con el trabajo.

Fue un tiempo fascinante a bordo. Un oficial se enamoró profundamente de mí, de lo cual confieso que tardé mucho en darme cuenta. Tuvimos algunas conversaciones acerca

de que yo quería llegar a ser una «pescadora de almas», que era lo que Jesús les había encargado a sus discípulos.

Un cónsul chileno se ofendió conmigo y durante semanas no se dignó dirigirme ni siquiera una mirada:

—¿Dónde va a vivir, en Santiago?

—En el convento que está en Las Condes.

—¡Bueno, no me queda más que felicitarla!

—¿Por qué? ¿Qué hay que felicitar de un domicilio?

—Porque usted vivirá ahí en el barrio de los ricos: verá que ahí es muy hermoso y usted no necesita renunciar a nada.

—¿De veras? Pero yo quiero vivir con los pobres.

Se dio vuelta y se marchó.

También eran encantadoras las impresiones durante el viaje. A veces de una belleza realmente sobrenatural, el mar infinito, las puestas de sol, y en la última jornada, iluminación solar por la tarde detrás del puerto de Antofagasta en los colores más espléndidos: violeta, rosado, turquesa, azul.

## DESILUSIÓN

Era invierno en Chile, cuando el 8 de agosto de 1968 entramos en el puerto de Valparaíso. Las hermanas del convento nos esperaban en el muelle, para darnos un cariñoso recibimiento, después de cuatro semanas en el mar.

Pero primero tuve que pasar 28 cajones por la aduana. Al mismo tiempo hicimos muchas bromas acerca de las «pobres misioneras».

Las hermanas nos rodearon en cuanto salimos. Mil y una variantes de la pregunta «¿Cómo están las cosas en la patria?» Las hermanas mayores fueron a la misión en reali-

dad para siempre; algunas habían sido enviadas ya antes de la Primera Guerra Mundial y no habían regresado nunca a su país. Había pocas noticias de la patria.

En la primera noche que pasé en Chile, hubo un temblor. Tal vez eso debería haber sido una advertencia para mí. Por cierto, había logrado lo que había soñado cuando era una niña pequeña, lo que les había solicitado a las hermanas de Steyl con mucha emoción en una carta adornada con dibujos de flores y aquello por lo cual había sopor-tado contradecir a mi madre: yo estaba en la misión. Pero Dios sabe que no estaba en la meta de mis sueños.

En vez de eso me encontré al día siguiente en Las Condes. Aquí vivían en ese tiempo los ricos de Santiago. Aquí vivía también la Iglesia rica, estrechamente entrelazada con la clase alta. Y ahora yo tenía que formar parte de eso. Yo era la única de las hermanas que tenía licencia para conducir. De ese modo, pronto salí con el pequeño bus VW del convento y conocí Santiago. Eso fue interesante y a veces incluso entretenido, pero no contestaba mi pregunta, qué sentido tenía todo eso.

Todavía tenía por delante una de las mayores renunciaciones de mi vida.

Nuevamente les había pedido a mis superiores:

- ¿Sí, hermana Paulina?
- Deseo estudiar Medicina.
- No, eso no está previsto.

Yo estaba tremendamente desilusionada. Mi gran sueño de llegar a ser doctora, simplemente rechazado.

A la riqueza, al matrimonio, a eso había renunciado voluntariamente. ¿Pero el estudio de Medicina? Ése era una renuncia forzada, que me dolía mucho y que me hacía todavía más difícil encontrar en el convento en Chile una

forma de realizar mis aspiraciones de vida. Mi enorme desilusión se la llevé a Dios en la oración, y esperé que Dios hiciera cumplir de algún modo mi sueño, aunque no tenía ninguna idea de cómo podría ocurrir eso.

Pero pronto el Chile al que había llegado se mostró desde un lado muy diferente. Chile se encontraba en medio de un auge político y espiritual. Yo percibía ese auge en cada fibra de mi cuerpo: se trataba de igualdad y de justicia social. Más igualdad para todos en el país. Más igualdad en el área de la salud, del trabajo, de la educación. Se trataba nada menos que de romper la dura sociedad de clases chilena. Desde 1964 gobernaba el demócratacristiano Eduardo Frei con el gran ideal de justicia social. Yo quería presenciar ese proceso justamente allí donde se llevaba a cabo, entre la gente joven, los estudiantes.

Junto con mi amiga Luise, le pedí a la superiora provincial poder hacer en la universidad estatal el estudio de enfermera universitaria que estaba previsto para nosotras.

Esta vez la petición no fue rechazada. Y de ese modo, pronto estábamos sentadas con el hábito religioso, pero con nuestros nombres civiles, Karoline y Luise, en la facultad estatal de Medicina. Muchas personas jóvenes tenían grandes ideales, se llamaban revolucionarios, marxistas o seguían las ideas de Camilo Torres y del Che Guevara. Leían a Marx, Ho Chi Minh, el libro rojo de Mao, y sus corazones estaban llenos de sus ideales.

Pero lo que a mí me conmovía aún mucho más era que no sólo se discutía, se filosofaba y se hablaba de política acaloradamente. Los fines de semana los jóvenes estudiantes llevaban a la práctica sus ideas: iban a los barrios pobres para trabajar allí. Muchas veces su entusiasmo también arrastraba a los profesores, que apoyaban el trabajo o incluso participaban en él.

Para mí eso era un gran desafío: pude presenciar desde muy cerca ese proceso social. Aquí se hacía realidad lo que yo sentía en el propio corazón. Yo todavía conocía los problemas sociales solamente de referencia, aún no había visto ningún barrio pobre. La primera vez que escuché algo acerca de la dedicación concreta a los pobres, fue de los estudiantes.

Con mi hábito religioso yo era para ellos más que sospechosa. «¿Son ustedes los nuevos colonizadores? ¿Traen otra vez cruz y espada? ¿Qué sentido tiene la misión de ustedes en realidad? ¿Qué quieres aquí? ¡Pásalo bien en Las Condes como misionera!» Con esas preguntas y reproches tenía que confrontarme; al mismo tiempo sabía, sin embargo, que había venido para servir a las personas necesitadas.

Yo tenía claro que la orden pensaba emplearnos en el hospital que regentaba. Pero también sabía que entre tanto en Chile había suficientes médicos competentes que podían ocupar esos cargos. Yo no había venido para quitarle el puesto a alguien de aquí. Mi corazón ardía por ir allí donde estaba lo que no despertaba el interés de nadie, donde había personas que necesitaban ayuda.

Yo había tomado una decisión: en las primeras vacaciones semestrales, es decir a fines de 1969, quería ir a trabajar a un barrio pobre. Entonces reuní toda mi fuerza y todo mi valor y pedí nuevamente autorización:

—Tengo también que ir yo misma a los barrios pobres, de lo contrario, como religiosa que vive en el barrio rico de Las Condes, pierdo toda credibilidad con los estudiantes, argumenté a mis superiores.

Obtuve ese permiso.

«ÁREAS VERDES»

Áreas Verdes. Así se llamaba uno de los basurales de la rica comuna de Las Condes, al borde de la precordillera. Personas sin casa lo habían ocupado y con su humor negro habían bautizado las feas y malolientes colinas como «Áreas Verdes».

Con la bendición de la orden se me permitió ir a las Áreas Verdes en las vacaciones semestrales. La superiora provincial se había encargado de que el primer día me acompañara Gabriela Prats, una hermana de otra orden. Gabriela Prats era la hermana del famoso General Carlos Prats, que en 1974 fue asesinado con su esposa en Buenos Aires, por encargo de Pinochet.

La hermana Gabriela era trabajadora social y trataba de hacerme un poco conocida entre las personas del barrio pobre. Después me las tuve que arreglar sola. Iba cada mañana allí. Cada mañana me encontraba con desconfianza, prejuicios y desinterés. Nadie comprendía qué quería realmente esa monja extranjera con ellos y de ellos. Y yo era inexperta: todavía no podía hablar bien en castellano, ni mucho menos con la jerga de la gente.

Ahí estaba yo y cada día veía una nueva e indescrutable miseria. En ese caótico poblado había, aparte de dos calles, solamente callejones estrechos, la mayoría de menos de un metro de ancho. Las chozas estaban edificadas una al lado de la otra con una sola pared en el medio, para ahorrar tablas. Las rendijas en las paredes eran tan grandes que yo podía mirar hacia el interior de las chozas. Por todas partes niños con pancitas abultadas, hinchadas por lombrices y otros parásitos. Todos con infecciones en la piel. ¡Cuánta

desgracia cuando se producía un incendio y se quemaban varias chozas, lo que ocurría con frecuencia! Para cocinar, la gente hacía una fogata en una lata sobre el suelo de barro, y siempre bailaban niños alrededor de las fogatas...

Yo pensaba que podría hacer algo por los niños: me consideraba capaz de combatir los piojos y tratar las inflamaciones y heridas cutáneas. Pero para eso tenía que conocerlos y ganarme su confianza.

Para comenzar de algún modo, fui a un centro de salud estatal que estaba cerca. Yo sabía que en realidad el personal debía tratar también a esas personas, por lo menos teóricamente. En la práctica faltaba tiempo y capacidad para eso.

—¿No puedo trabajar para ustedes como voluntaria? Me gustaría ir al poblado de Áreas Verdes.

Mi oferta fue aceptada de inmediato y con júbilo.

—Sí, naturalmente. Uno de los mayores problemas son los niños desnutridos. A veces vienen algunos donde nosotros, pero no tenemos ni la posibilidad ni el personal para controlar cómo siguen. Había un niño, Juanito Pérez, que estuvo una vez aquí con nosotros. Si quieres, trata de encontrarlo y observa cómo está. Si todavía vive siquiera, ve si puedes hacer algo por él.

Ahí estaba yo parada en la calle con mi papel en la mano.

—Busco al pequeño Juanito Pérez. ¿Sabe usted donde vive? —le pregunté a la primera mujer que encontré.

—Sí, pero ¿qué quieres tú con Juanito Pérez?

—Vengo del centro de salud estatal. Sabemos que está enfermo. Tengo el encargo del centro de salud de buscarlo.

De pronto hubo interés. Otras mujeres se acercaron. Todas hablaban entre ellas acerca de dónde podría vivir



Juanito Pérez. Durante muchas horas registramos el barrio casa por casa. Las mujeres se alegraron incluso más que yo, cuando finalmente lo encontramos. Juanito Pérez tenía cinco años y pesaba 10 kilos. Tenía una terrible diarrea. Necesitaba ayuda urgente. Lo tomé en mis brazos y convencí a la familia para que me acompañara al centro de salud. Allí él pudo recibir medicamentos.

Pero no era solamente Juanito. Por todas partes yo veía niños con pancitas de hambre. Y diarrea. Yo sabía que cada niño que arrastraba dos o tres años de desnutrición sufría daños que sólo difícilmente podía superar, si es que podía.

De pronto vi que por todas partes faltaba lo más esencial: en una choza dormían cuatro personas en una cama. Lo que vi en la choza siguiente en la olla era imposible que bastara para alimentar a tres niños. Pregunté por el padre de la familia. A veces estaba allí y traía dinero a la casa. Cuando me explicaron cuánto ganaban, estaba claro: con eso no podía vivir ninguna familia. Para eso los hombres trabajaban a menudo más de 48 horas a la semana. Las mujeres trataban de ganar algo más, trabajando como sirvientas en los barrios ricos: cocinaban, limpiaban, lavaban, planchaban. Durante su ausencia los niños mayores tenían que cuidar a los más pequeños. Pero daba lo mismo cuánto trabajaran el padre y la madre; no alcanzaba para alimentar a una familia.

Por primera vez en mi vida comprendí lo que significa injusticia, lo que es la injusticia estructural. Era evidente, perceptible, demostrable. Cuando una familia trabaja intensamente y pese a eso no puede alimentar a sus hijos, aun cuando la familia «elija» la más barata de todas las posibilidades de vivienda y viva en una choza en un

barrio pobre, entonces es que simplemente algo no anda bien con la sociedad. Yo veía cientos de esas situaciones y se me aclaró como nunca que las reformas políticas que pretendía el gobierno eran necesarias. Los trabajadores tenían que organizarse, la sociedad tenía que adquirir conciencia de esa notoria injusticia. Comprendí también que muchos de los pobres se organizaran en partidos de izquierda. Al principio me lo ocultaron, pero cuando poco a poco fueron tomando confianza y notaron que yo los respetaba, me lo contaron. Yo veía que mi tarea consistía en acompañarlos y en tratar de mejorar su situación junto con ellos. Lo primero que me ayudó para eso fue la Medicina.

Sólo tardó pocas semanas; yo ya no llegaba en las mañanas hasta el centro de salud: las mujeres ya me estaban esperando para llevarme donde había enfermos. Yo apenas tenía tiempo para conseguir medicamentos; ante todo necesitaba remedios contra infecciones; después íbamos donde los enfermos.

Por las noches me atormentaban las preocupaciones por los niños desnutridos. Al mismo tiempo yo trataba de aprender todo lo que los pudiera ayudar. Reunía tabletas de vitaminas para ellos, pero pronto me di cuenta de que éstas hacían sentir el hambre más intensamente. Mis pensamientos daban vueltas, y no encontraba ninguna solución.

Una mañana fui agotada al barrio pobre. Por la noche había orado y dado vueltas de un lado para otro, con la esperanza de que se me ocurriera una solución. Pero no fue así. Las mujeres ya venían corriendo hacia mí:

—¡Hermana Carolina, hermana Carolina! Hemos encontrado la solución. ¡Sabemos lo que tenemos que hacer para que los niños obtengan comida!

—¿Cómo, ustedes tienen la solución? Eso no puede ser. En mi arrogancia, no podía imaginarme en absoluto cómo esas pobres mujeres podían encontrar una solución, si yo misma no tenía ni siquiera una idea. No, eso me parecía imposible.

—Sí, hermana Carolina. Vamos a cocinar.

Me estremecí del susto. ¿Cocinar?

—Pero yo no sé cocinar.

—Pero no necesitas cocinar. Eso lo hacemos nosotras. Pero tú tienes que ayudarnos. Necesitamos una olla grande y tú tienes que ir con nosotras a los supermercados grandes y al mercado para pedir alimentos. Queremos organizar un comedor.

La tarde anterior, cuando yo había regresado al convento, la gente se había juntado y había llegado a esa solución. Dentro del poblado había una antigua caballeriza construida de adobe. Estaba vacía y podía servirnos. Se la podía pintar de blanco y ordenarla un poco.

Los hombres debían recorrer las colinas de Los Andes para recoger leña. Y cuando yo finalmente tenía la olla, salimos para pedirles a los comerciantes alimentos dados de baja, cuya fecha ya estuviera caducada. De hecho recibimos una gran cantidad de fruta medio descompuesta, verduras y carne que ya olía un poco. Las mujeres no tenían ningún problema con eso, sabían cómo frotar la carne con sal para que no pasara nada. Y nunca pasó nada.

La gente estaba feliz: no habían comido desde hacía mucho tiempo sopa de verduras o cocido de carne. Las mujeres mantuvieron la palabra. Yo no tenía nada que ver con la cocina. Me necesitaban para que fuera a buscar los alimentos con ellas. Por qué yo era importante para eso, lo comprendí una vez que vine al barrio pobre y vi lo que

traían las mujeres después de haber ido solas: sin mí solamente habían recibido parte de los alimentos. Después no me quedó más que ir con ellas lo más frecuentemente posible.

Comenzamos, y ante mis ojos ocurrió un milagro como el de la multiplicación de los panes en el Evangelio. Después de pocas semanas venían todos los días a medio día 150 niños que se abalanzaban con una ollita de metal y una cucharita, y comían hasta quedar satisfechos. Los padres poco a poco habían construido algunas mesas y algunos bancos.

¡Yo tenía tanto que aprender! Yo pensaba que a los niños había que enseñarles higiene lo más rápidamente posible. Por lo menos debían lavarse antes de la comida. Yo pensaba que eso en ningún caso podía ser exigir demasiado. ¡Qué pedante era yo! Luego me di cuenta de que simplemente no había suficiente agua para lavar a todos los niños. La gente estaba parada en una fila durante todo el día para conseguir un balde de agua en las fuentes públicas.

Tuve que aprender que todo sólo podía ir lentamente, poco a poco. Y que algunas cosas se veían diferentes a como eran en realidad:

—¿Por qué no tienen sus ollitas? ¿Dónde tienen sus cucharitas? ¿Por qué no están adentro con los demás? —reprendía a los niños que jugaban afuera, delante del comedor, durante la entrega de comida. Yo reclamaba porque pensaba en las madres que estaban adentro y distribuían la comida: si los niños perdían el tiempo aquí, ellas tendrían que trabajar más tiempo. Todos bajaban la cabeza. Ningún niño decía nada. Hasta que de pronto Fernando levantó la vista, me miró a los ojos y contestó atrevidamente:

—En la casa no tenemos una cuarta ollita. Yo tengo que esperar aquí hasta que uno de mis tres hermanos haya terminado de comer.

—Perdón, Fernando, yo no sabía eso.

Fue Pedrito, de siete años, quien me enseñó en el comedor a qué se refiere realmente el amor de Dios.

Calmar el hambre de los niños, liberarlos de sus piojos y lombrices, y curar sus heridas, eso no me era suficiente. Yo también quería enseñarles cómo hay que comportarse en la mesa, cantar con ellos una canción, y también ir pensando en educación. Y yo tenía en mente: alguna vez tienes que contarles también algo sobre el amor de Dios. Me rompía la cabeza pensando cómo y sobre todo cuándo podía hacerlo, y decidí hablarles a todos de una vez en el comedor. Para eso había aprendido especialmente palabras del dialecto de los niños.

Preparada de ese modo, yo estaba parada en la puerta de entrada del comedor y miraba hacia adentro de la antigua y alta caballeriza: ante mí había dos filas de mesas con 150 niños que estaban sentados en los rústicos banquitos, que tenían hambre y que esperaban la comida. Las madres se habían retrasado con ella. Los primeros niños me miraban. Respiré profundamente y quise comenzar. Entonces un niño pequeño tomó su cucharita, golpeó sobre la mesa, me miró desafiante y gritó: «¡Hambre!». Segundos después, 150 niños tamboreaban con sus cucharitas sobre la mesa y gritaban: «¡Hambre, hambre, hambre!». Rabia y miedo ardían en mí como una llamarada.

Miedo, porque tantas veces, cuando yo relataba mis experiencias en el barrio pobre, algunas hermanas y otros conocidos me habían advertido: «No sabes qué sorpresa te espera con el populacho. No tienes idea de cómo es real-

mente la gentuza. ¡Tú ves solamente los lados con sol, espera hasta que caigan sobre ti!». Naturalmente siempre había defendido a la gente, pero evidentemente esas advertencias sí me habían llegado.

Yo estaba furiosa por esa abierta y descarada exigencia. Yo había querido hablar ante los niños de agradecimiento, y ellos exigían. Todo eso me daba vueltas por la cabeza, mientras el local retumbaba con tamboreos rítmicos y gritos: «¡Hambre, hambre, hambre!». Las madres se habían puesto nerviosas. «Niños, ustedes no tienen derecho a exigir», fue lo único que pude pensar. Justamente cuando quería decirles eso a los niños, mi mirada cayó sobre Pedrito. Pedrito tenía siete años y estaba terriblemente desnutrido. Yo lo había visitado algunos días antes y le había cortado el pelo. Tenía heridas en la piojosa cabeza. Ahí estaba sentado con su abultado vientre y me miraba con ojos rodeados de una aureola oscura desde su delgado rostro senil gris. Yo devolví la mirada y en el mismo momento comprendí profundamente en mí: «Sí, niños, ustedes tienen derecho a exigir. ¡Yo estoy equivocada! Ustedes no pueden ganarse la comida. Ustedes tienen derecho a comer». Comencé a llorar. Algunos niños querían consolarme: «¡Te hemos ofendido, perdón!», mientras los otros seguían tamboreando. Solamente era importante lo que en ese momento ocurría en mí: me juré dedicar toda mi vida a que se cumpliera el derecho de los niños a comer, su derecho a la vida. Pero para eso se necesita un techo sobre la cabeza, suficiente agua limpia, médicos, escuelas. Simplemente un lugar humanamente digno en la sociedad. Todo eso lo comprendí en el largo momento en que miraba los ojos de Pedrito. Yo sabía que, desde ahora, lucharía toda mi vida para que los niños tuvieran suficiente para comer. Ésa era la lucha por

el amor de Dios. ¿De qué otro modo podía un niño experimentar el amor de Dios? No tenía que hablarles del amor de Dios, tenía que cuidar de que Pedrito y todos los niños pudieran percibir el amor de Dios.

Para mí algo se había abierto de repente. Siempre había tenido en claro que era necesario ayudar a la gente. Ahora se me hacía cada día más evidente que la ayuda sola no bastaba. Esa miseria solamente podía ser modificada por medio de voluntad política y soluciones estructurales.

Cuando quería hablar de eso con personas de mi entorno, éstas se sentían rápidamente atacadas y acusadas. Me hice sospechosa de difundir ideas comunistas. Seguramente también había elegido palabras que los demás no podían comprender. ¡Yo estaba tan furiosa! La miseria era para mí muy violenta. Las personas a las que les iba bien vivían totalmente despreocupadas. En ese tiempo yo interpretaba su comportamiento como negligente. A mi parecer, a ellos les daban lo mismo los pobres. O lo que es peor: trataban de aprovecharse de los pobres, que por cierto no podían defenderse. Era a comienzos de 1970. Cada vez más padres quedaron en el paro. En el país iba a haber elecciones presidenciales. Se percibía un cierto ambiente: «Saquemos el dinero ahora del país, antes de que venga el comunismo y nos lo quite todo». Eso escuchaba cuando estaba junto con personas de la clase pudiente.

#### MI FACHADA SE DERRUMBA

«Hermanita, por fin te encuentro, he oído hablar mucho de ti.» Con esas palabras entró en mi vida el padre Luis Chiotti. Él tenía alrededor de sesenta años, como el doble

que yo. Con su cabeza de erizo me fue simpático de inmediato.

Una vez estaba él a mediodía delante del comedor y miraba a los niños comer.

–Lo que haces aquí, hermanita, no sirve de mucho.

–Si esto no sirve de mucho, padrecito, ¿qué cosa grande haces tú entonces?

–Puedes venir y mirar. Formo comunidades de base.

Ése fue mi primer encuentro con el padre Luis Chiotti. El padre Luis era un mito en el poblado. Era un sacerdote obrero: durante el día reparaba semáforos y por la tarde y los fines de semana estaba allí a disposición de la gente. El padre Luis vivía en una choza de 18 metros cuadrados, sin piso, entre las demás. Yo misma no he vivido jamás tan pobremente como él. Las rendijas en las paredes de su choza de madera eran tan grandes, que yo podía mirar desde afuera hacia adentro. Él se había desecho de todo.

Yo quería naturalmente conocer su trabajo, las «comunidades de base cristianas» que él había formado. La gente del poblado lo apreciaba mucho, y por eso me metí en la aventura. Me invitó a asistir a una reunión. Yo me imaginaba algo magnífico, una reunión de por lo menos tantas personas como las que venían a mediodía a nuestro comedor.

Unas 10, tal vez 12 personas estaban sentadas en círculo, en sillas tambaleantes y cajones de papas, en la choza de una familia. El padre Luis estaba sentado entre ellos:

–Hermanita, no dirás nada, sólo escucharás.

Se repartió un pequeño Nuevo Testamento. Dos veces se leyó una parte del Evangelio. Las personas trataban de seguir el texto, les resbalaban los dedos o miraban una página equivocada, pero trataban de leer. (¡Con el tiempo



he podido observar cuántos analfabetos han aprendido a leer gracias a esas reuniones!)

Esa tarde se trató la parábola del sembrador, cuya semilla cae en diferentes tipos de tierra, en suelo espinoso, pedregoso y fértil. Mi cabeza se llenó de inmediato con todos los conocimientos que tengo de ese texto, yo estaba dispuesta a transmitírselos a otros.

—Cada uno comparte ahora con los demás lo que le dice el espíritu de Dios. Cada uno de ustedes tiene espíritu de Dios. Simplemente reflexionen cuál palabra es importante para ustedes, qué es importante para ustedes. Pero no prediquen, ni piensen en qué puede ser importante para los demás. Sólo qué es importante para ustedes —le indicaba el padre Luis a la gente.

Yo tenía una enorme curiosidad. Ya había experimentado cuán difícil era hacer hablar a la gente. ¿Alguien diría algo siquiera?

—Pues bien —comenzó Juan—, esta tierra con espinas, eso soy yo. Ahora vengo aquí desde hace dos meses y siempre pienso que algo crece en mí. Y también he logrado durante dos semanas llevar mi salario completo a la casa el sábado. Pero el último sábado los amigos me insistieron mucho y nuevamente me gasté la mitad en una borrachera. El dinero ya no alcanza para toda la semana. Eso es como con los espinos: crece algo, y luego lo asfixian.

Ahora María asiente con la cabeza.

—Eso me pasa a mí. Soy como piedra. Nada me afecta. No comprendo, en el fondo lo escucho pero no puedo cambiar nada. Mi vida es muy dura.

—Tengo la sensación de que algo crece, pero demasiado rápido —continúa Aurelia—. La tierra es muy delgada. Apenas llega el sol, todo se quema. Yo me había propuesto

llevarme bien con mi vecina. Siempre tenemos conflictos. La última vez me lo había propuesto firmemente. Y luego vengo directamente de nuestra reunión y la encuentro a la vuelta de la esquina. De inmediato me pongo de mal humor, porque me acuerdo de lo que ha dicho y al momento continúa el conflicto. Y me lo había propuesto tan firmemente. Pues bien, no ha servido de nada, pero, sin embargo, quiero llegar a ser buena tierra.

—Me había propuesto no golpear más a los niños. Lo hago a menudo en las tardes cuando llego a la casa y todo está desordenado y los niños me molestan.

Hasta ahora no puedo olvidarme de Juanita, que estuvo sentada ahí con una cara pálida y taciturna, y no decía nada. Y luego:

—Soy como una piedra. Ya lo he notado todo el tiempo que vengo acá. Tendría que perdonar, perdonar a mi madre. Ella me echó de la casa cuando yo estaba embarazada a los 16 años. Tuve que traer el niño al mundo con gente extraña sobre el suelo. Eso no se lo puedo perdonar. La odio. Y yo sé que Dios quiere que la perdone, pero no puedo. Tengo al demonio dentro de mí.

Eso dijo ella, se paró y se fue corriendo. Quise seguirla, pero las otras mujeres me detuvieron:

—No, tú te quedas aquí. Nosotros la conocemos y la comprendemos. Después nos preocupamos de ella.

Durante semanas Juanita no vino más a la reunión.

Yo estaba sentada callada, como tantas veces también en las semanas siguientes. ¡Cuán contenta estaba de que no debía decir nada! No habría podido sacar ninguna palabra. Yo había enmudecido. Era tan increíble lo que salió a la luz en ésta y también en muchas otras reuniones posteriores. ¡Qué le decía el Evangelio a la persona para su vida! Era tan

auténtico, tan concreto, tan tangible. Lo que ahí ocurría era crecimiento, aliento, fortalecimiento, o también cambio.

Durante semanas necesitaba para mí misma ir allí y escuchar. Llegó a ser una necesidad, sin la cual no podía vivir. Continuamente me daba vueltas la pregunta: «¿Qué soy yo? ¿Qué me dice a mí el Evangelio?». No, no habría podido hablar en absoluto, primero tenía que confrontarme conmigo misma. *Así* no había visto eso jamás. Toda la exégesis que tenía en la cabeza no carecía de validez, por cierto. No. Pero era poco útil. En lo que decía la gente estaba todo incluido. Ésa era la vida concreta, la verdadera realidad. Nadie necesitaba pensar por la gente y presentarle, por medio de reducción e inducción, por medio de análisis y por medio de investigaciones en el texto griego, una hermosa interpretación elaborada.

«¿Qué me dice a mí el Evangelio?» Jamás me había formulado así esa pregunta. Pero ahora no podía hacerla de otra manera. De pronto percibí que me había construido una fachada de «santidad». Sentí mi gran vanidad que había escondido detrás de esa fachada. Mi susceptibilidad frente a otros. Mi convencimiento de tener la razón, cuando pensaba haber arrendado la verdad para mí. Mi envidia de otros, cuando podían hacer algo mejor que yo, y que había ocultado tantos años. Siempre sentía envidia cuando otros podían hacer algo mejor que yo, eran más geniales o más simpáticos. También sentía celos cuando se les daba preferencia a otros.

Y luego aprendí en esas reuniones cómo las personas, al comprometerse con el Evangelio, podían dejar cosas que eran inservibles o perjudiciales, cómo podían liberarse de ataduras y cargas.

Tuve que asumir eso: yo había pensado que saldría para convertir a los pobres. Y ahí estaba sentada entre ellos, y tuve que darme cuenta de que ellos me mostraban lo que era verdaderamente seguir a Jesús. Cómo es recibir su palabra de tal modo que ésta se dirija al corazón y la persona se libere. Ahí estaba sentada, y yo misma fui convertida.

Y no era que las personas consideraran solamente la propia vida, la propia familia y los vecinos. Lo que ocurría en el barrio pobre era por cierto prioritario, pero alguna vez también adquiría importancia lo que ocurría en Chile. Cómo se podía participar para crear en Chile más justicia para toda la gente. ¿Qué podemos hacer en el sindicato? ¿Qué podemos hacer en el partido? Que eso era posible, eso fue para mí una nueva revelación. Y yo sentía: ésta es parte de mi vida, o yo soy una parte de esa vida aquí.

En marzo de 1970 tenía que volver a la universidad y quería hacerlo. Para la superiora provincial, la hermana Refreda, estaba claro que con eso terminaría mi ciclo en el barrio pobre.

—Hermana Refreda, era muy difícil ganar la confianza de la gente. Antes de que las personas me abrieran su corazón, no había ninguna puerta abierta para mí. Pero ahora tenemos el comedor y ya el primer jardín de infancia. Y pese a eso, todavía nadie cree que yo los tomo en serio y que quiero quedarme con ellos.

—Supongamos que es como usted dice. ¿Cómo quiere llevar a cabo todo? Tiene que terminar sus estudios. ¡Y también tiene obligaciones aquí en el convento!

—Lo sé. Pero puedo ir al barrio pobre el fin de semana y por las tardes. Yo sé que puedo lograr eso.

Pues bien, logré convencerla.

## MARUJA Y LOS NIÑOS

Unas 12.000 personas vivían en las Áreas Verdes y el poblado vecino de Vital Apoquindo. En ambos lugares había ahora comunidades de base. Una y otra vez las madres exponían su mayor deseo: «Necesitamos una guardería infantil para niños cuyas madres van a trabajar». ¡Cuántos terribles accidentes, cuántos incendios se habían producido porque los niños estaban solos en la choza! Las madres iban al trabajo, pese a su pena y temor. ¿De qué otro modo podían alimentar a sus hijos?

En las reuniones de las comunidades de base se hablaba a menudo de eso.

—Nuestra capilla se utiliza solamente por la tarde y los fines de semana. Los niños podrían ir allí —propuso el padre Luis. Los hombres habían construido, entre tanto, una pequeña capilla de madera de seis metros por seis metros. El padre había conseguido la madera, y juntos habían hecho el fundamento de cemento.

—¿Pero quién debe cuidar a los niños?

—Bueno, nosotras, las madres que no tenemos que trabajar. Todos me miraron.

—No soy educadora de párvulos —expliqué.

—Eso no importa, tú nos ayudas solamente a organizar. Necesitamos un lugar, los padres traen por la mañana algo de comer para los niños, y nosotras los cuidamos hasta que las madres vuelvan por la tarde.

Mi resistencia no ayudó en nada. Se decidió comenzar la semana siguiente. Y así ocurrió.

El primer día las madres trajeron como 30 niños. ¡Pero en cuanto las madres se habían ido, también se habían ido

los niños! No los conocíamos ni sabíamos sus nombres. La pequeña capilla no tenía ventanas, solamente postigos de madera. Y rápidamente los niños habían saltado hacia fuera. Estuvimos todo el día ocupadas en traerlos de vuelta. Al día siguiente fue exactamente así y al subsiguiente también. Aun después de algunas semanas no había cambiado mucho. Se me estaban terminando las fuerzas. ¡Esa responsabilidad, si un niño se perdiera o a alguno le ocurriera algo!

Me encontré ahí con la hermana Verena, una misionera alemana, y le confesé lo complicado que era lo que habían decidido las madres.

—Yo puedo ayudarte.

Al día siguiente la hermana Verena lo observó todo y luego puso a disposición de nosotras una colaboradora que debía ayudar a organizar y a disponer todo: la señorita Jofré. María Jofré llegó a ser después la hermana Maruja y es hasta ahora mi más estrecha colaboradora.

A la señorita nos la mandó el cielo: era educadora, profesora y ya había reunido mucha experiencia en la primera guardería infantil que había habido en todo Chile en un barrio pobre. Maruja entendía bien su trabajo con los niños y las madres, y después de pocas semanas teníamos realmente un jardín de infancia.

Con Maruja las madres aprendieron lo importante que es la educación de los niños. En las chozas los niños eran a menudo empujados de un lado para otro o considerados como molestia, como carga. Muchas veces las madres estaban tan agotadas y llenas de preocupaciones después del trabajo, que ya no podían ocuparse de los niños. Muchas veces tampoco tenían idea de qué podían hacer con ellos.

Lentamente Maruja les enseñó a las madres canciones infantiles y juegos. Hacían juntas pequeñas excursio-

nes. Los padres se asombraban de cómo se desarrollaba el vocabulario, el trato y la creatividad de sus hijos. ¡Qué cosas se les ocurrían ahora a los niños!

Para Maruja era importante el trabajo con las madres, pero quería más. Ella quería trabajo con ambos padres, y para eso necesitaba también a los esposos.

Los papás se preocupaban poco de sus hijos. Eso era cosa de mujeres. Los hombres casi no sentían responsabilidad y se comportaban como machos. Cuántas veces vi en las mañanas madres yendo apuradas al jardín de infancia, con un niño en brazos, uno de la mano y un tercero tomado de la falda. No pocas veces ellas cargaban, además, un balde de agua, y el esposo caminaba orgulloso al lado.

Por semanas Maruja les explicó a los niños cuán importantes eran sus papás en la casa. Y lo logró: un día consiguió que los niños comprometieran a sus papás a venir a una reunión de papás con Maruja.

Un total de 60 hombres estaban sentados en nuestra pequeña capilla. Aparte de Maruja y yo, no había allí ninguna mujer. Para mí sería una tarde inolvidable. Maruja les preguntó a los hombres qué relación tenían con su propio padre. Escuchamos historias terribles: muchos relataban cuán violento había sido el padre, cómo había golpeado a la madre, y que bebía. Esas eran historias increíblemente trágicas. Lo que era peor para mí: de los 60 hombres, solamente tres habían relatado algo positivo acerca de su padre. ¡Solamente tres! Después de una hora y media yo estaba sentada en mi silla, y me sentía como si me hubieran apaleado. Yo no sabía nada, absolutamente nada de esos hombres. Yo tenía en mente la imagen de mi padre, que tanto amaba a mi madre y que no pocas veces ayudaba a hacer las camas o a limpiar. Con seguridad eso lo hacían sólo pocos hombres en aquel tiempo, pero así lo conocí yo.

Finalmente Maruja les preguntó a los hombres:

—¿Y qué se imaginan que dirán de ustedes sus hijos en 20 años?

Silencio y conmoción en el cuarto. Los hombres comprendieron. Para sus hijos y para ellos, querían algo diferente que lo que ellos mismos habían experimentado. Y como son los hombres, comenzaron de inmediato a organizarse: esa misma tarde constituyeron una junta de padres para el jardín de infancia. Querían unirse a ese trabajo. Y uno u otro quería incluso aprender más sobre los niños.

Ésa fue nuestra introducción en el trabajo con parejas de padres.

#### LA ESPERANZA SE PROPAGA

María, Rosa, Carmen y otras cinco mujeres venían de un poblado vecino. Por la mañana, cuando abríamos el jardín de infancia, ellas ya estaban ahí. «Nos han hablado de lo que ustedes hacen aquí. ¿Podemos estar hoy aquí y observar?» Naturalmente pudieron hacerlo. Yo veía que las mujeres se lanzaban una y otra vez miradas expresivas. Como a mediodía, Rosa cobró ánimo:

—Hermana Karoline, nosotras también necesitamos un jardín de infancia como éste. Nuestros niños también están solos durante el día. ¿Quieren ustedes ayudarnos a que podamos construir un jardín de infancia como éste?

—Con muchísimo gusto —respondí yo—, pero dennos todavía un poco de tiempo, hasta que aquí todo funcione mejor.

Entonces intervino Juanita, de nuestro jardín de infancia:



—¡Pero hermana Karoline! Tú nos has ayudado, y ahora tenemos un jardín de infancia. Es bueno si nosotros también ayudamos.

Así lo consideraron también las otras mujeres y algunos hombres. Y así lo hicimos. En 1975, cinco años después, ya había cinco guarderías infantiles que se habían originado de la misma manera: madres de un poblado vecino veían lo que nosotros hacíamos, venían, aprendían con nosotros, construían una choza con sus esposos y la junta directiva de su poblado, e instalaban un jardín de infancia.

Pero no solamente en los barrios pobres había cada vez más personas que trabajaban con nosotros. También personas de otras clases sociales nos apoyaban.

Ocurrió en una conferencia del padre Leppich, a quien yo veneraba desde hace muchos años y de cuya venida a Chile me había alegrado mucho. Yo estaba ansiosa por obtener de él una apreciación de la situación política en Chile y una orientación para las próximas elecciones. Él habló sobre trabajo con la Biblia y sobre la distribución de biblias en el hotel. Al término de la conferencia hubo la posibilidad de hacer preguntas. Yo levanté el dedo.

—Padre Leppich, el miedo al comunismo es muy grande aquí en Chile. Ese miedo les impide a muchos estar a favor de reformas. Pero las reformas son muy necesarias; la miseria de los pobres es inimaginablemente grande. Sin estructuras políticas más justas, sin más justicia social, jamás habrá paz. Necesitamos nuevos caminos. ¿En qué debemos orientarnos?

De todos los auditores recibí una sonora negativa: «¡Ése no es el tema de hoy, hermana!».

Entonces me retiré furiosa a un rincón del local, me sentía puesta en ridículo y traté de concentrarme. En ese rincón me encontró una mujer desconocida:

—Hermana, yo estoy totalmente de acuerdo con usted. Yo creo que el padre Leppich no estaba en absoluto preparado para una pregunta como la suya y por eso no le hizo caso. Yo estoy en el país desde hace poco tiempo, pero ya he escuchado acerca de su trabajo y me interesa mucho y me gustaría conocerlo.

Yo estaba agradecida por el amoroso aliento en ese momento, pero había ocurrido muchas veces que algunas personas me habían prometido su ayuda y después no había sabido nunca más de ellas. Yo no creía que Hildegard Haberkorn lo pensara en serio.

La tarde siguiente, la hermana que estaba en la puerta del convento me entregó un papel: «La señora Hildegard Haberkorn llamó por teléfono y quiere reunirse contigo». Eso se repitió un par de veces porque yo estaba durante el día en la universidad y por la tarde en el barrio pobre, y así era difícil encontrarme. Pero ella siguió insistiendo y un día efectivamente nos pusimos de acuerdo para reunirnos e ir juntas al barrio pobre.

—Esto no puede ser, no puedo creerlo. Esto es una miseria inconcebible.

Conmovida hasta lo más profundo estaba Hildegard Haberkorn en las Áreas Verdes; entre el mar de chozas tambaleantes, miraba las pancitas de hambre con lombrices de los niños y luchaba contra la hediondez de los retretes, que flotaba en el aire. Y luego comenzó de inmediato a ayudar: pronto regresó con canastos llenos de ropa. Con su discreción se insertó rápidamente en nuestro grupo de madres en el comedor. «¡Tenemos que ser más! Nosotras solas somos demasiado pocas para tanta necesidad!» Hildegard Haberkorn estaba casada con el director de la Escuela Tomás Moro y de ese modo tenía contacto con los profesos-

res que daban clases en los colegios alemanes en Chile. Les habló y poco después estábamos sentados todos juntos. Los profesores querían cooperar y vinieron con nosotras al barrio pobre. En ese tiempo ya había 90 niños en el jardín de infancia, que se encontraba todavía en la pequeña capilla. Los profesores comenzaron de inmediato: reunieron dinero y construyeron con los padres nuevas chozas, para que los niños tuvieran más espacio para jugar. Eso era una bendición: yo, como religiosa, estaba comprometida por los votos de obediencia y pobreza y, por lo tanto, no podía en realidad construir nada por mi propia cuenta. Los profesores se habían hecho cargo de la construcción de forma totalmente independiente. Muchos de ellos no tenían relación con la Iglesia o incluso tenían una posición crítica frente a ésta. Pero aquí encontraron un lugar para dedicarse a algo con sentido. Yo podía acompañar el trabajo y alegrarme de cómo los pobladores y los profesores alemanes trabajaban juntos y se ayudaban mutuamente iniciando algo nuevo.

La gente del barrio pobre casi no podía creer que esos profesores alemanes vinieran una y otra vez a cooperar. Herbert Bruns, Werner Blieske, Jürgen Clausen, Elmar Manhardt y Siegfried Möbius, como también sus esposas, todos los cuales permanecieron fieles a nuestro trabajo hasta ahora y posteriormente nos siguieron apoyando desde Alemania, les sacaron a las mujeres el pesado trabajo de ir a los supermercados y mendigar por ahí. Mucho más tarde supe que muchas veces los profesores alemanes, cuando los alimentos que se obtenían no eran suficientes, simplemente compraban más. Nos hicimos amigos y lo hemos seguido siendo todo el tiempo.

Siempre me alegraba cuando los profesores alemanes traían niños de sus escuelas de los barrios ricos y a veces in-

cluso a sus padres: «¿Por qué vive así la gente?», «¿Por qué los niños no tienen suficiente para comer?», «¿Por qué está tan sucio aquí?». Los niños hacían sus preguntas, no tenían inhibiciones. Estoy convencida de que con cada uno de esos encuentros, la profunda división de la sociedad en dos mundos que jamás tienen contacto, la despiadada división de Chile en ricos y pobres, se achicaba un poquito.

### YA NO MÁS COSAS A MEDIAS

Para mí se hacía cada vez más difícil desplazarme simultáneamente entre esos dos mundos de Chile. Siempre cuando tenía tiempo, aparte de la universidad y el convento, lo pasaba en los barrios pobres, sobre todo en las tardes y los fines de semana. Había además varias comunidades de base y cada una tenía reunión una vez a la semana. Yo iba visitando todas las comunidades y por eso estaba casi todas las tardes en una reunión. Éstas duraban la mayoría de las veces hasta las once de la noche, y rara vez lograba llegar antes de las once y media a Las Condes, el barrio rico donde se encontraba nuestro convento. Eso era un problema para todos. Por un lado, para el convento era problemático: yo tenía una llave de la puerta, pero a pesar de todo mi tardío regreso naturalmente molestaba. Por otro lado, en el barrio pobre también era difícil: yo seguía perteneciendo al mundo de los ricos, no realmente a ellos.

Yo sentía que, si realmente quería hacerles experimentar a las personas de los barrios pobres la cercanía de Dios, su amor, entonces yo no podía seguir perteneciendo al mundo de los ricos. Por lo tanto, yo también tenía que vivir entre ellos. Jesús nació en Belén en un pesebre en una

profunda pobreza. Eso es lo que predicamos siempre de forma muy romántica. ¿Cómo se podía mostrar eso a la gente sino trasladándose realmente por completo a su lado? El hecho de vivir con ellos les indicaría tácitamente, y de un modo completamente obvio, que la pobreza no es una condena, que también ellos tienen derecho a la felicidad, al amor y a la dignidad. Yo tuve cada vez más en claro lo que eso significaría para la gente, y sabía que otras hermanas y sacerdotes, como el padre Luis, vivían entre los pobres.

Escribí a Roma, a la Dirección General de mi orden. Y pedí que se me autorizara vivir entre la gente.

La respuesta llegó pronto, y venía de una hermana a la que yo apreciaba mucho:

*«[...] Me alegro mucho por su trabajo con los pobres, hermana Paulina. Pero le pedimos que tome como ejemplo el trabajo de la madre Teresa de Calcuta. También la Madre Teresa trabaja con los más pobres de los pobres. Pero ella y sus hermanas viven en el convento: tres veces a la semana van las hermanas a los barrios bajos. En el convento se reponen. De ese modo mantienen la energía, no se ven en apuros y pueden permanecer leales a su función. [...]».*

No me habían comprendido. Esa respuesta no tenía nada que ver con lo que yo había escrito. Yo había fundamentado mi petición con una frase del Nuevo Testamento: «Jesús, que se había desprendido de todo, para convertirse en uno de nosotros». (Filipenses 2,7). Yo estaba furiosa y desilusionada y me atreví a escribir nuevamente:

*«[...] Es terrible para mí que no se me comprenda en absoluto. Si es correcto ir tres veces por semana donde los pobres, como*

*lo hace la Madre Teresa, ¿por qué nuestro Dios no lo hizo así también? Entonces Jesús habría descendido del cielo tres veces por semana, para luego reponer nuevamente fuerzas con el Padre celestial. [...]».*

Naturalmente yo sabía que eso era insolente y desafiante: no recibí ninguna respuesta de Roma.

Poco después se reunió un Cabildo Provincial en Chile. Un cabildo es una reunión en la que participan hermanas de una provincia eclesiástica, que han hecho sus votos perpetuos; yo había hecho solamente los temporales. En el cabildo se toman decisiones importantes para la provincia y se tratan temas espirituales.

Cuán sorprendida y feliz estaba yo, cuando la consejera general que venía de Roma me invitó: pude presentar mis inquietudes al cabildo.

No estaba autorizada para participar en las reflexiones, pero por la tarde escuché el resultado: «Hemos decidido fundar en el barrio pobre Áreas Verdes una pequeña casa de las Hermanas Misioneras de Steyl».

Yo estaba feliz, aunque tenía en claro que al principio no obtendría la autorización para vivir en esa casa. Para estar presente en la apertura había que haber hecho los votos perpetuos. Pero por lo menos se había comenzado, yo necesitaba solamente esperar dos años. «Con seguridad se postulará la mitad de las hermanas aquí en la provincia para la nueva casa. ¡Cuándo podremos ponerlo en marcha!», pensaba yo con mis elevados planes y casi estallaba de alegría. Fue bastante chocante para mí que solamente se presentaran dos hermanas: la hermana Cecilia, una holandesa que trabajaba en la cocina con los Padres de Steyl y que tenía un poco más de cincuenta años, y la herma-

na Elvira, que en ese entonces todavía era profesora de la escuela de enseñanza media de los Padres de Steyl, y que también tenía cerca de sesenta años. ¡Yo estaba muy desilusionada!

Pero para la instauración que se había acordado se necesitaban tres hermanas. Por lo tanto se designó a una tercera y ésa fui yo. ¡Qué felicidad!

A la hermana Cecilia pronto se la liberó de sus antiguas obligaciones. Nuestra primera meta: una choza.

El poblado se formó por ocupación de tierras; de ese modo no había nadie a quien le perteneciera el lugar. Los habitantes habían elegido una junta directiva, la cual nos asignó un lugar al borde de una colina. Directamente detrás de donde estaría la casa, estaba la falda de la colina. Alcanzó justo para una pequeña choza de un tamaño de 36 metros cuadrados: una pieza de estar, que al mismo tiempo era comedor y sala de visitas, una pequeña cocina y dos cuartos. Cada cuarto tenía tres metros por tres metros. Uno lo compartían las dos hermanas, la otra era, hasta la mitad, capilla de la casa y lugar de oración, y la otra mitad era mi cuartito, de un metro y medio por tres metros. Compramos paneles de madera y la construimos junto con un hermano de Steyl. Incluso excavamos un pequeño pozo negro para nuestro retrete.

El 12 de octubre de 1971 nos mudamos. Era realmente el día más feliz de mi vida. Yo había amontonado ropa y libros en cajas que servían al mismo tiempo de veladores. En clavos puestos en la pared yo podía colgar ropa y cosas, y mi cama, de 70 centímetros por dos metros, era también camilla para examinar a todos los enfermos que venían a nuestra choza.

Yo había llegado. Se había cumplido un sueño.

## LA PRIMAVERA POLÍTICA DE CHILE

Durante los años que trabajé en los barrios pobres, el ambiente en Chile era turbulento. Se discutía acaloradamente acerca de cuál era la política «adecuada».

El 4 de septiembre de 1970 fui por la tarde al barrio pobre. Quería estar con los pobladores. Chile había tenido elecciones presidenciales, y por la tarde ya era bastante seguro que Salvador Allende había ganado por poco. Con el 36% superaba solamente por 39.000 votos al candidato conservador Alessandri, que había obtenido el 35,3% de los votos. Allende era el candidato de la alianza de izquierda: socialistas, comunistas y algunos partidos pequeños se habían agrupado en 1969 formando la Unidad Popular. Cuando era estudiante de Medicina, Allende había comenzado a intervenir en política, y ya había sido tres veces candidato presidencial. Cuando se llevaron a cabo las elecciones, el doctor Allende tenía 62 años.

Su sobrina Isabel Allende describió así esa histórica tarde de elecciones:

«En las señoriales residencias blancas, azules y amarillas del Barrio Alto, comenzaron a cerrar las persianas, a trancar las puertas y a retirar apresuradamente las banderas y los retratos de su candidato, que se habían anticipado a poner en los balcones. Entretanto, de las poblaciones marginales y de los barrios obreros salieron a la calle familias enteras, padres, niños, abuelos, con su ropa de domingo, marchando alegremente en dirección al centro. Llevaban radios portátiles para oír los últimos resultados. En el Barrio Alto, algunos estudiantes, inflamados de idealismo, hicieron una morisqueta a sus parientes congregados alrededor del televi-



sor con expresión fúnebre, y se volcaron también a la calle. De los cordones industriales llegaron los trabajadores en ordenadas columnas, con los puños en alto, cantando los versos de la campaña. En el centro se juntaron todos, gritando como un solo hombre que el pueblo unido jamás será vencido. Sacaron pañuelos blancos y esperaron. A medianoche se supo que había ganado la izquierda. En un abrir y cerrar de ojos, los grupos dispersos se engrosaron, se hincharon, se extendieron y las calles se llenaron de gente eufórica que saltaba, gritaba, se abrazaba y reía. Prendieron antorchas y el desorden de las voces y el baile callejero se transformó en una jubilosa y disciplinada comparsa que comenzó a avanzar hacia las pulcras avenidas de la burguesía. Y entonces se vio el inusitado espectáculo de la gente del pueblo, hombres con sus zapatones de la fábrica, mujeres con sus hijos en los brazos, estudiantes en mangas de camisa, paseando tranquilamente por la zona reservada y preciosa donde muy pocas veces se habían aventurado y donde eran extranjeros. El clamor de sus cantos, sus pisadas y el resplandor de sus antorchas penetraron al interior de las casas cerradas y silenciosas, donde temblaban los que habían terminado por creer en su propia campaña de terror y estaban convencidos de que la poblada los iba a despedazar o, en el mejor de los casos, despojarlos de sus bienes y enviarlos a Siberia. Pero la rugiente multitud no forzó ninguna puerta ni pisoteó los perfectos jardines. Pasó alegremente sin tocar los vehículos de lujo estacionados en la calle, dio vueltas por las plazas y los parques que nunca había pisado, se detuvo maravillada ante las vitrinas del comercio, que brillaban como en Navidad y donde se ofrecían objetos que no sabía siquiera qué uso tenían y siguió su ruta apaciblemente». (ISABEL ALLENDE, *La casa de los espíritus*).

En el momento en que tomaba la curva para doblar a las Áreas Verdes, venía el desfile de los pobladores en sentido opuesto. Era costumbre que el día de la elección los adherentes al partido vencedor se trasladaran a la ciudad para celebrarlo. Con guirnaldas, banderas y cantos venía el desfile hacia mí. Yo conocía a las personas de las comunidades, del jardín de infancia, del comedor. Cuando me vieron, literalmente dejaron caer los brazos. El alegre alboroto se silenció de un golpe. Yo estaba sobresaltada y, sin embargo, comprendía lo que ocurría con la gente: como buena representante de la Iglesia, según ellos no podía estar de acuerdo con un gobierno socialista, con un gobierno de izquierda. Ellos no podían imaginar que yo estuviera de su lado. Todo lo que pude decir fue:

—Qué bien que ustedes estén tan contentos. ¡Celebren su triunfo electoral!

¿Cómo les podía hacer entender que yo no consideraba el trabajo político-partidario directo como mi tarea, pero pese a eso no estaba en contra de su política?

«Al día siguiente, los mismos que habían pasado la noche en vela aterrorizados en sus casas salieron como una avalancha enloquecida y tomaron por asalto los bancos, exigiendo que les entregaran su dinero. Los que tenían algo valioso preferían guardarlo debajo del colchón o enviarlo al extranjero. En 24 horas, el valor de la propiedad disminuyó a menos de la mitad y todos los pasajes aéreos se agotaron en la locura de salir del país antes de que llegaran los soviéticos a poner alambres de púas en la frontera. El pueblo que había desfilado triunfante fue a ver a la burguesía que hacía cola y peleaba en las puertas de los bancos y se rió a carcajadas. En pocas horas el país se dividió en dos bandos irreconciliables y la división comenzó a extenderse

entre todas las familias.» (ISABEL ALLENDE, *La casa de los espíritus*).

Después del triunfo electoral, Salvador Allende fue elegido presidente por el Parlamento. Cuando ninguno de los candidatos había obtenido una mayoría absoluta, era usual en Chile, por principios democráticos, elegir al candidato que había obtenido más votos del pueblo. Los demócrata-cristianos votaron por Allende en el Parlamento y contra el candidato de la derecha, al que casi la misma cantidad de chilenos le había dado su voto.

La derecha de Chile no se pudo conformar nunca con la elección de Allende. Pero también la izquierda le causó dificultades: la intransigente ala de extrema izquierda de la Unidad Popular insistía en reformas, hablaba de revolución, despreciaba a Allende y desconfiaba de él por su disposición al consenso y a los compromisos.

Pero en el pueblo creció esperanza. ¡Esperanza de que vendría un tiempo en que también a ellos les iría mejor! Una de las primeras medidas oficiales del gobierno de Allende fue que cada niño en Chile recibiera gratis un litro de leche diario. Por primera vez en la historia existió el intento y la voluntad de cambiar el sistema sin ejercer poder militar. Pero Allende fue también el primer presidente que llegó al poder dentro de los marcos de una constitución democrática, aunque él se declaró partidario de la ideología marxista. Durante su período de gobierno fueron nacionalizadas partes importantes de la industria: la del cobre, por ejemplo, que obtenía la mayor parte de los ingresos chilenos de exportación y que pertenecía en un 80% a consorcios estadounidenses. Además, hubo expropiación de empresas privadas y bancos. La reforma agraria tenía previsto transferir 20.000 kilómetros cuadrados de latifundios

a los campesinos. Se elevaron los sueldos; los precios de los arriendos y de alimentos importantes, en cambio, se mantuvieron bajos. Al cabo de tres años, el gobierno de Allende había bajado el porcentaje de paro del 8,8%, al 3,7%.

Todo eso animaba a la gente y fortalecía su esperanza. Durante todo el año siguiente el trabajo con la gente del barrio pobre se caracterizó por el hecho de que las personas obtenían notoriamente más conciencia política y también crecía su confianza en sí mismas. Y esperaban que sus hijos tendrían un mejor futuro. Veían con alegría que las escuelas mejoraban. Había campañas de alfabetización y, para los jóvenes, contratos de aprendizaje. Era como una pequeña primavera. Se alentaba a los trabajadores a que participaran en los llamados «trabajos voluntarios» los sábados y domingos en los barrios pobres, para mejorar la situación de las poblaciones. Allende participaba a veces en tales acciones.

Mayo de 1972. Estaba anunciado el «domingo solidario», es decir, de trabajos para el mejoramiento de las poblaciones. Había que ensanchar nuestras calles. También los padres se habían dado cita para trabajar ese día. En un jardín de infancia habíamos agregado una choza, y todavía le faltaba el techo. En otro jardín las madres habían comenzado una gran limpieza y ordenamiento. Yo había oído rumores de que la esposa de Allende quería agregarse a esas madres. Para evitar la publicidad y no poner a la orden en dificultades, fui donde los padres que construían el techo, sin sospechar lo que allí ocurría. Cuando doblé la esquina, tal vez 100 metros antes del jardín de infancia, todo el grupo de trabajadores acudió en masa directamente hacia mí, ¡con el presidente Allende en medio!

—¡Presidente, presidente: la madre Karoline!

No había ninguna escapatoria, y huir habría sido ridículo.

–¡Bienvenido, presidente!

–Así que usted es la madre Karoline. ¡Me alegro mucho de conocerla! ¿Me mostraría su trabajo?

Conduje a Allende por el jardín de infancia. Acudieron muchas personas, cientos, que naturalmente también lo aclamaban. Allende quería saber y ver todo con precisión. Anduvimos a través de las oscuras salas sin ventanas, sólo con postigos de madera. En el suelo había niños sentados con caras embarradas que jugaban con simples cubitos de madera.

–¿Quién eres tú, tío? –dijo uno de los pequeños.

Allende se agachó emocionado hacia los niños. La gente se amontonaba a través de las puertas. Querían presenciarlo todo. Los padres habían bajado del techo para darle la mano al presidente. Entonces Allende se dirigió a mí:

–Estoy muy impresionado. Éste es realmente un trabajo muy concreto. ¡Te regalaré juguetes didácticos para estos niños!

Interiormente yo torcí los ojos.

–Presidente, material didáctico no es justamente lo que más se necesita aquí.

–¿Qué necesitan entonces?

–Una cocina a gas.

–¿Una cocina a gas?

–Sí. Hasta el momento no hemos podido comprar una y la necesitamos urgentemente, para poder cocinar como es debido para más de cien niños.

El presidente Allende miró la cocina:

–En esta semana recibirás la cocina.

Miré a Allende a los ojos.

–¿No me crees?

–No.

—Entonces te dejo mi número de teléfono. La madre Karoline me llamará por teléfono si la cocina a gas no ha llegado —le dijo a su ayudante.

Al cabo de una semana la cocina no había llegado. Llamé por teléfono donde Allende.

—Madre Karoline, yo dije que la cocina llegará, y va a llegar.

Efectivamente, la semana siguiente Maruja fue invitada a La Moneda, el palacio de gobierno, y solemnemente se le entregó una cocina grande a gas, la vajilla más hermosa... y juguetes didácticos.

Ese encuentro tuvo consecuencias.

La televisión informó, en los diarios apareció una foto donde Allende me abrazaba. Algunas personas se irritaron por eso: para ellas no se trataba más que de propaganda socialista. La orden fue amonestada. Un contacto directo así era más que sospechoso. «Las monjas hacen política en el barrio pobre», era entonces —naturalmente— el reproche.

## EL AMOR MÁS GRANDE

Durante meses no noté nada. Uno de mis profesores de la universidad venía a menudo al barrio pobre. Él nos ayudaba a cuidar los enfermos. Realmente se dedicaba en forma intensa al trabajo. Yo no notaba nada, porque estaba muy feliz: la gente recibía de él mucha atención y amor, y eso me hacía feliz. Pero un día me di cuenta de que él no solamente amaba a la gente, sino también a mí.

Él se había enamorado de mí. Cuando capté eso, en el mismo momento tomé conciencia de que yo también lo amaba.

Ése era justamente el conflicto que tanto había temido antes del ingreso al convento: ¿qué ocurrirá si me enamoro?

Era una lucha difícil la que se desencadenaba entre mi amor por Jesús y mi amor por un hombre. Para obtener ayuda y para ser transparente en esa situación, les comuniqué mi conflicto a dos personas de confianza.

Me costó meses obtener la claridad interior acerca de cuál era mi camino.

Una tarde, después de una reunión en el barrio pobre, estábamos mi amigo y yo en la calle delante de la pequeña capilla. Caía una noche clara y cálida.

—¿Cómo puede Dios, que como tú dices, es el amor, oponerse a nuestro amor? ¿Qué clase de Dios es aquel que no quiere nuestro amor?

Eso era lo más duro, lo más duro de todo lo que él podía decirme. Me pasaba la mitad de las noches luchando de rodillas. Yo había dado mi palabra, ciertamente siendo todavía muy joven, pero yo le había dado mi palabra a Jesús de renunciar al matrimonio y seguirlo solamente a él. (Por primera vez tuve en claro que le había dado esa palabra a Jesús, y no a la orden.) Le había prometido fidelidad a Jesús: eso significaba para mí renunciar a ese amor, a una familia. Sin embargo, sentía amor en mí por ese hombre.

Desesperada, fui donde el padre Luis.

—Si no le pones pronto término a la situación, lo vas a perjudicar mucho. Él no encontrará ninguna mujer que sea como esa Karoline. Mientras más esperas, más sufrirá él. ¡Decídetes!

El padre Luis podía tener razón, pero yo no podía. Durante semanas, mi amigo me preguntaba hasta dónde

había llegado en mi reflexión, y siempre solamente podía contestar:

–Déjame seguir reflexionando, tengo que terminar el proceso. Por favor, no me presiones.

Él dio muy buenas razones que hablaban a favor de nuestra amistad y de una feliz relación de pareja. Hacía tiempo que él conocía cuándo podía expirar mi conexión con la orden a través de los votos. Decía muy a menudo:

–Nos dedicaremos a los pobres de a dos; eso es más de lo que puedes lograr sola.

Tenía razón, naturalmente, pero...

Vi con mayor claridad cuando comprendí que yo no estaba disponible. «Ya no soy libre. El tiempo que he tenido ha sido siempre para los pobres. Pero nuestra relación también necesitará tiempo, más aún si formamos una familia.» Tuve en claro que para mí era necesario vivir estando disponible para la gente. Mi vocación interior era entregar mi vida a los pobres. Mi corazón pertenecía a Jesús y su amor era más intenso. Jesús no estaba a mi lado, por cierto, no lo podía abrazar; a pesar de todo, *ese* amor era más intenso.

Era entonces difícil, increíblemente difícil, decir «No» definitivamente. Cuando finalmente lo logré, tenía que sujetarme la mano para no llamarlo por teléfono nuevamente. Mi amigo estaba muy desesperado. No quería saber nada más de «ese Jesús».

Tres, cuatro meses después, llamó por teléfono y me pidió que nos encontráramos. A mí ese encuentro me daba mucho miedo. ¿Quería él que todo comenzara nuevamente? En realidad él no había estado de acuerdo con la separación, yo sabía que se había tratado solamente de una decisión mía, no suya. Nos pusimos de acuerdo para dar un paseo. Y luego todo ocurrió de un modo diferente a lo que yo había temido:



—Karoline, quiero agradecerte. En nuestro tiempo juntos aprendí a amar y quería agradecerte eso de corazón.

Yo me sentía liberada y estaba agradecida.

Él necesitó mucho tiempo para olvidar nuestro amor. Nunca nos hemos perdido completamente de vista. Yo me alegré cuando después de algunos años él se casó y formó una familia. Entre nosotros ha quedado una amorosa distancia.

### CRISIS EXPLOSIVA

El antecesor de Allende en la presidencia, el demócratacristiano Eduardo Frei, ya había tratado de superar la profunda división social de Chile, en su período de gobierno, entre 1964 y 1970. Quería mejores condiciones para los pobres y realizó un gran programa de transformaciones. Formaba parte de ellas, entre otras, la nacionalización del cobre chileno y las reformas agraria y educacional. Para muchas fuerzas conservadoras, sobre todo para algunas familias influyentes a las cuales pertenecía una gran parte de las propiedades, las reformas de Frei ya se igualaban al comunismo.

Desde que asumió el mando Salvador Allende, se hizo cada vez más intenso ese conflicto de fondo entre la gente de izquierda, para la cual las reformas no eran suficientemente radicales, y los conservadores, a quienes las reformas les parecían exageradas. Eso comenzó directamente después de la elección presidencial. En el tiempo entre la elección y el comienzo del mandato de Allende, el general Roberto Viaux había intentado un golpe de estado. Como el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, René Schneider, se había negado a apoyarlo, fue asesinado.

Estados Unidos se opusieron desde el principio al gobierno de Allende. Se difundió un comentario del entonces canciller, Henry Kissinger, de quien se decía que ya a mediados de los años setenta había proclamado: «No puedo comprender por qué hay que hacerse a un lado y mirar, cuando un país se vuelve comunista solamente porque su población es tan irresponsable». El gobierno de Estados Unidos ordenó un bloqueo comercial, lo que agudizó aún más la crisis económica de Chile. Por un lado, la financiación de las ambiciosas reformas sociales del gobierno de Allende no estaba asegurada. Por otro lado, comenzó una fuga de capitales por temor a la expropiación. En todo caso, los capitalistas eran muy cautelosos antes de hacer inversiones. Con el *Paro Patronal* los empresarios (!) organizaron huelgas y paralizaron el país. Los empresarios del transporte lograron paralizarlo y al mismo tiempo poner en peligro el abastecimiento de alimentos de la población. De ese modo comenzó una escasez artificial de mercancías. Ahora también salían a la calle mujeres de las clases alta y media, y para protestar golpeaban ollas haciendo un gran ruido. Se sentían amenazadas por una situación en la que la clase baja siempre se había encontrado.

De ese modo, el gobierno de Allende tenía todo en contra, las tensiones en el país crecían cada vez más y la crisis adquiriría lentamente características de guerra civil.

Esas tensiones se podían percibir por todas partes adonde yo me desplazaba: en las clases alta y media percibía los enormes temores de la gente a perder sus pertenencias, los privilegios que habían tenido durante siglos, y a ser pisoteada y perseguida. Las tensiones también se podían sentir en los barrios pobres: había allí familias que, bajo la influencia de las familias para las cuales trabajaban, repen-

tinamente se habían puesto agresivas con los partidarios de Allende. Para mí siempre era importante mantener el amplio espectro: mantener diversas opiniones y pese a eso poder trabajar con todos.

Maruja se había mudado entre tanto con dos mujeres jóvenes al barrio pobre, a una pequeña casa de madera. Los profesores alemanes habían construido la casita para ella. Eso alivió el trabajo en conjunto entre nosotros y el padre Luis.

Pero no sólo en la sociedad chilena había tensiones y conflictos; también entre la orden y yo. Y también en nuestra pequeña comunidad en el barrio pobre teníamos mucho que negociar entre nosotras. ¿Cómo podemos vivir con los pobres, estar a su disposición y, además, llevar una vida comunitaria monástica? Ésa era la gran pregunta, y no teníamos ningún modelo, ningún ejemplo, sino que debíamos aprender por nosotras mismas a encontrar nuestro propio camino y probar.

Nos levantábamos a las cinco de la mañana, a la cinco y media comenzábamos la oración matutina común. No pocas veces ya había un borracho delante de la puerta. La pregunta era entonces: ¿quién de nosotros se encarga de él?

¿Cómo se traspasa el ritmo diario del convento a una comunidad tan pequeña? La hermana Cecilia y la hermana Elvira habían vivido muchos años en un convento y para ellas suponía un cambio aún mayor.

Cuando por la tarde habíamos observado y analizado el Evangelio durante dos horas con la gente en la comunidad de base, y habíamos rezado junto con ellos, ¿era todavía un deber la oración común vespertina entre nosotras, las hermanas? ¿Quién hace las compras? ¿Quién cocina? ¿Quién lava? ¿Quién limpia la casa? También teníamos que

solucionar eso; más aún cuando naturalmente éramos observados con curiosidad por los vecinos...

Confieso que en ese tiempo me sentía realmente en casa en el barrio pobre, me sentía cada vez menos en casa en el convento. No encontraba la medida adecuada con respecto a las obligaciones con el convento.

–Hermana Paulina, ¿por qué en la última semana llegó cuando ya terminaba la reunión de hermanas?

–Hermana Refreda, yo ya estaba en camino, cuando vino una vecina y me pidió ayuda: su esposo tiene tifus, no podía decirle «tengo que ir primero al convento». Me apresuré a ir donde él y cuando terminé ya se había hecho muy tarde.

Muchas veces no me comprendían y a veces olvidaba disculparme oportunamente o dar una explicación razonable. Además, también decidía algunas cosas por cuenta propia, contra las prioridades de la orden. Ahí estaba Hortensia, una profesora de la universidad que quería conocer nuestro trabajo. Pero ella podía hacerlo solamente aquel sábado, en el que yo tenía que haber ido sin falta al convento. Pese a eso, le mostré a Hortensia nuestro trabajo. Yo sabía que ella después intercedería a favor de los pobres.

A menudo tenía la impresión de que simplemente vivía en un mundo totalmente diferente. Hoy pienso que de algún modo hubiera tenido que lograr convencer a los superiores de que vivieran con nosotros por algunas semanas en el barrio pobre, para que pudieran comprender mejor nuestro trabajo.

Pese a esos conflictos, yo estaba convencida de que la orden me acompañaría en mi camino. Tenía una gran confianza en la superiora provincial. Era buena de corazón. Yo le relataba todo, cada semana tenía una conversación con

ella, muchas veces viajaba nuevamente en la noche al convento para hablar con ella. Me creía comprendida. Pero pronto experimentaría, de la manera más amarga, que mi vida puede ser interpretada de un modo totalmente diferente por alguien que no la comparte, sino que solamente la conoce por habérsela relatado.

La superiora provincial me había citado en noviembre de 1972:

—La decisión del Consejo Provincial es definitiva. Fue tomada por tres votos con dos en su contra, hermana Paulina. Usted es un problema para la orden en Chile. La orden ya no la puede aceptar aquí.

La superiora hizo una larga pausa, luego dijo:

—Tiene que regresar a Alemania, si quiere hacer los votos siguientes.

Me sentía aturdida.

—¿Pero por qué? Si usted había aceptado todo hasta el momento. Yo pensaba que me comprendía.

—Usted no respeta suficientemente las reglas de la orden y tiene demasiados problemas políticos.

—Yo sé que he faltado a algunas reuniones de hermanas y pido disculpas. Pero yo jamás he trabajado políticamente, aunque a menudo se me reprocha eso. Siempre he tomado partido por las personas solamente desde el Evangelio. Yo apoyo a las personas en sus derechos. Las apoyo si ingresan al sindicato o a un partido, pero yo misma estoy disponible para toda la gente, sin importar a qué partido pertenezcan.

Argumentara lo que argumentara, no ayudó en nada: la orden había decidido que yo tenía que irme. Permanecí sentada en silencio y reflexioné sobre la situación: me quedaba un mes hasta la renovación de mis votos, por últi-

ma vez por un año, porque al año siguiente estaría ante el «voto perpetuo». Ahora la autorización para esos votos por un año más estaba ligada a mi disposición para abandonar Chile en marzo a más tardar.

Mi primera reacción fue: si no me voy, quedaré finalmente libre. ¡Entonces por fin sería libre! Con el vencimiento de mis votos el 8 de diciembre abandonaría la orden. No, no: ¡no abandonaría a la gente en estos tiempos difíciles! De ese modo le comuniqué de inmediato mi decisión a la superiora provincial:

–Voy a retirarme de la orden.

–¡Hermana Paulina! ¡Yo no estoy de acuerdo!

Mis asuntos ya no le concernían.

–Por favor, deme una fecha en la que podamos discutir mi marcha.

Después me fui rápidamente donde el padre Luis. Él no tenía ningún reparo contra mi decisión. Yo me pondría un simple vestido azul y un pañuelo en la cabeza y le pediría a Maruja que me recibiera en su casa. Con eso también terminaría para mí la permanente lucha con la orden, que tantas energías me habían costado.

Mis hermanas Cecilia y Elvira lloraban cuando les comuniqué mi decisión.

Algunos días después llegué puntual a la cita acordada, para regularizar los últimos asuntos de mi separación de la orden. Yo dije que no exigiría nada, que renunciaba a la herencia que había llevado y que solamente quería agradecer por todo lo que había recibido en los ocho años de vida religiosa.

–No estoy de acuerdo con usted, hermana Paulina.

La superiora provincial repitió varias veces su desaprobación a mi decisión.

—Lo siento realmente, hermana Refreda, pero mi decisión está tomada.

Por última vez fui a mi antiguo lugar en la capilla de la casa, para llorar con Jesús. De pronto pensé: «¡Karoline, juega la última carta! ¡Como Abraham!». En Chile hay un refrán: «¡Juégate la última!». Eso significa más o menos: ¡juégatelo todo, arriésgalo todo, aunque estés perdiendo! Escuché claramente la voz interior. ¿Pero qué significaba jugar la última carta? Significaba ciertamente anularlo todo pero permanecer en la orden y abandonar Chile.

No, la decisión estaba tomada, yo quería ser libre por fin.

Salí corriendo de la iglesia para deshacerme de la voz interior, y me dirigí a Áreas Verdes. El camino era en subida. «¡Juega la última carta!», «¡Karoline, juega la última carta!» La frase me perseguía. ¿Sería la voluntad de Dios que yo ahora simplemente abandonara a los pobres? ¿Podía confiar en que me comprenderían? ¿Qué quería Dios de mí? Yo estaba desconcertada, pero no quería faltarle a Dios.

Por otro lado ya estaba todo regularizado. Sería absurdo anular todo, y no me refería a la vergüenza que pasaría. Las palabras permanecían: «¡Juega la última carta!».

Cuando llegué a nuestra choza en Áreas Verdes, al pie del cerro, sabía que no había ninguna forma de pasar por alto esas palabras: yo tenía que jugar todavía esa única «última carta». Tenía que averiguar: «¿Qué es la última carta? ¿Qué quiere Dios de mí?».

El 4 de marzo había elecciones parlamentarias en Chile. Mis superiores estaban preocupados por que después de éstas cerraran las fronteras. La última fecha para la partida que me habían dicho era dos días antes de las elecciones. Así, yo estaba sentada el 2 de marzo de 1973 en el avión de regreso a Steyl.

## MI LUGAR

El 11 de septiembre de 1973 yo estaba de vacaciones en Pietenfeld, en la casa de mi madre. De Chile llegaban noticias crueles, que me hacían llorar, llorar y llorar cada vez más.

De madrugada se había alzado primero la armada, luego el ejército. Salvador Allende se había retirado al palacio de gobierno. Él mismo había nombrado comandante en jefe del Ejército a Augusto Pinochet tres semanas antes. Allende había anunciado un plebiscito para ese 11 de septiembre: en el momento más crítico de la crisis en Chile, Allende quería que el pueblo decidiera.

Y el 4 de septiembre acababan de desplazarse por la Alameda, la principal avenida de Santiago, según estimaciones prudentes, 700.000 personas cantando la canción del grupo Quilapayún, que había escrito Víctor Jara: «¡El pueblo unido jamás será vencido!».

Para los derechistas y para el ejército la situación se puso demasiado crítica, ellos querían impedir el plebiscito de cualquier modo. Adelantaron para el 11 de septiembre el golpe de Estado que estaba planeado para el 14. La aviación bombardeó el palacio de gobierno. En el transcurso de la mañana capitularon los pocos fieles que habían permanecido con Allende. Allende presumiblemente se suicidó. Antes se había dirigido al pueblo por última vez, a través de una de las pocas radioemisoras que todavía no estaban controladas por los golpistas:

*«Seguramente, ésta será la última oportunidad en que pueda dirigirme a ustedes [...]. Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen*



*ni con la fuerza. [...] Superarán otros hombres este momento gris y amargo en el que la traición pretende imponerse. [...] Se abrirán las grandes alamedas, por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor».*

Para Chile comenzó con ese 11 de septiembre de 1973, una dictadura militar que duraría 17 interminables años. Los chilenos fueron atormentados por el terror del Estado, los servicios secretos y el espionaje. Más de 3 000 personas fueron asesinadas, cientos de miles encarcelados, torturados, secuestrados.

A las pocas semanas supe de los primeros muertos, entre los cuales estaba un querido amigo, el sacerdote Michael Woodward. Los militares lo secuestraron y lo llevaron al *Esmeralda*, un velero que hasta el golpe de Estado había sido sinónimo de democracia y que los militares transformaron en un centro de tortura. Michael Woodward fue torturado tan severamente que tuvo que ser llevado a un hospital de la Marina y allí falleció. Juan Alsina, un sacerdote obrero que yo conocía de nombre, fue fusilado y lanzado al río Mapocho. Mientras más escuchaba, más clara se hacía mi decisión: quería regresar a Chile. Una vez más traté de persuadir a mis superiores de Chile, que en octubre habían acudido a Europa a una reunión de la orden. Fue en vano.

¿Qué posibilidades tenía yo? Una: la orden me había hecho el ofrecimiento de ir a Indonesia para organizar allí el mismo trabajo que había dejado en Chile. Dos: retirarme de la orden y estudiar medicina. Y tres: abandonar la orden y regresar a Chile. Tenía que encontrar cuál era la voluntad de Dios para mí. En eso me apoyó la hermana Margoretti, la superiora provincial de Steyl. Ésa fue una experiencia maravillosa.

Y después escribió el padre Luis desde Chile: «Regresa de inmediato a Chile, te necesitamos aquí. Regresa y termina aquí tus estudios de Medicina».

Ésa era la decisión para mí.

En marzo, cuando había llegado de Chile a Steyl, habían florecido en el jardín lilas doradas y membrillos. Cuando me fui en diciembre, había un triste invierno.

Dejé Steyl definitivamente. Si no hubiera estado presente el permanente dolor por Chile, habría podido ser un tiempo feliz. Yo permanecía profundamente ligada con muchas hermanas: Marianilda, Margarete, Cecilia, Lucía, María, Annemarie, Gregoria.

Pero ahora yo tenía la certeza: mi lugar está en Chile, con la gente a la que le había prometido no abandonarla jamás. La provincia de Steyl compró mis pasajes de regreso en avión, me aprovisionó bien y me devolvió buena parte de lo que yo había traído como ajuar y herencia.

### DIOS NO ME ABANDONARÁ JAMÁS

Las hermanas me habían reservado cariñosamente un vuelo con escala en Núremberg. Así podía ver una vez más a mi madre y a mi familia por un día. Pero no me atreví a contarles que ya no pertenecía a la orden: mi madre no habría soportado que fuera sola y desprotegida hacia una dictadura.

El vuelo continuó con escala en Fráncfort. Y por mucho que yo hubiera luchado, tuve todavía que combatir una última vuelta en mi lucha interior, una vuelta para la cual no estaba preparada en absoluto.

En Fráncfort me sobrevino una gran inquietud. De pronto ya no sabía si había tomado la decisión correcta, si

realmente vivía la voluntad de Dios. No quería abandonar la orden para llevar una vida más libre, no se trataba realmente de eso. Naturalmente también sentía detrás de mi decisión esa libertad que me posibilitaría una pequeña comunidad: hacer aquello para lo cual me sentía llamada y no tener que rendir cuentas a cada paso. Yo tenía entre tanto 30 años y naturalmente también quería participar en las decisiones sobre lo que consideraba necesario para la gente, para mi trabajo. Después del intento de vivir durante 10 años la obediencia en la orden, esa idea era muy tentadora. Las confrontaciones habían consumido muchas energías. Pero pese a esas agradables ideas, lo que yo menos quería era evadir la voluntad de Dios. ¿Y ésta no sería tal vez que yo simplemente pusiera a los pobres de Chile en las manos de Dios? ¿Qué ocurriría si yo ahora realmente había tomado una decisión errada?

Ya había entregado las maletas. Me senté delante de la puerta de salida hacia el avión y estaba como paralizada. Inmediatamente vinieron personas de la línea aérea para instarme a subir.

—Por favor, hermana, tenemos que partir.

—No puedo. ¡Primero *tengo* que decidir algo!

Yo estaba como agarrotada: «Yo no salgo de aquí, Dios, hasta que me digas cuál es tu voluntad».

—Hermana, no podemos esperar más tiempo.

—Pero yo sólo puedo subir cuando haya tomado mi decisión. Las auxiliares de vuelo estaban desesperadas, y yo también. Mi parálisis y mi agarrotamiento aumentaron. Ahora yo estaba completamente petrificada. «¡Dios, necesito tu respuesta!» Cuando ya casi no podía soportar más, escuché claramente de pronto una voz interior: «¿Crees que no te acogería, aunque lo hubieras hecho todo erró-

neamente?». Yo respondí: «¡Sí, te creo!», tomé mi equipaje de mano y subí al avión. Directamente detrás de mí se cerró la puerta y el avión despegó hacia Chile pasando por Buenos Aires.

Yo había comprendido que Dios siempre estaría conmigo y que recorre todos los caminos conmigo. Sin importar si son caminos «erróneos» o «correctos».

En la última parte del viaje, durante el vuelo a Santiago, me sobrevino nuevamente un miedo paralizante: ¿Me detendría la policía internacional en el aeropuerto? ¿Estaba yo tal vez en la lista negra, como mis superiores habían supuesto? ¿Podría ingresar al país y volver a ver a mis amigos?

## NAVIDAD

Tres días después celebrábamos todos juntos la Navidad. Los amigos de las comunidades de base se habían apresurado a acudir a la capilla de madera. Habíamos podido encontrar algunas velas que iluminaban la noche audazmente. Esa tarde estaba también el periodista Peter Scholl Latour en nuestra iglesia. Él se había propuesto informar acerca de comunidades de base. Su informe se publicó, yo había oído hablar de él, pero por la censura de la dictadura no pude verlo nunca.

A mi llegada yo había pasado sin problemas por la aduana. Le había pedido insistentemente a Maruja que no le contara a nadie de mi llegada porque tenía demasiado miedo: miedo de ser rechazada en la frontera y que los demás esperaran en vano. Y más miedo aún de que el servicio secreto se fijara en las personas que querían venir a recibirme y de ese modo corrieran peligro. Pero cuando salí del

sector de seguridad, los vi. Los profesores alemanes habían arrendado dos buses. El vuelo había llegado con dos horas de retraso, y los pobladores con los profesores alemanes y Maruja me esperaban bajo el abrasador calor del verano. Me llevaron directamente al jardín de infancia Norita, donde había una gran fiesta de recepción.

En las 72 horas desde mi regreso a Chile casi no había quedado tiempo: pero en esa Nochebuena queríamos fundar en la misa nuestra nueva comunidad: la Comunidad de Jesús. Yo traía la autorización desde Alemania para eso.

Con Maruja y otras dos mujeres jóvenes estábamos paradas delante del altar. Mi corazón ardía como fuego cuando el padre Luis selló nuestra pequeña comunidad:

—Ustedes van a continuar juntas nuestro servicio a las personas, en una comunidad entre los pobres —el padre Luis nos ligaba de por vida—. Hoy, el día en que celebramos el nacimiento de Jesús, ustedes se deciden a dar ese paso. Es una tremenda provocación de Dios que Jesús haya venido al mundo justamente en un pesebre, donde los más pobres de todos los pobres. Justamente como si hubiera nacido con nosotros en Chile, en un vertedero de basura. Toda la gente tiene miedo de ser pobre. Jesús, no. Él llegó a ser pobre voluntariamente. Y si los ángeles dicen en la Nochebuena de hoy: «¡No teman!», entonces Jesús también nos dice: no teman a la pobreza. Aprendan de Jesús cómo alimentar a los hambrientos, consolar a los tristes, liberar a los presos. Trabajen para que todas las personas tengan los mismos derechos, la misma dignidad. Desde ahora somos una comunidad: la Comunidad de Jesús.

—Sí, eso es. Justamente eso había querido siempre; fue lo único que pudo contestar mi ardiente corazón.

Manifestamos nuestras reglas simples: junto con Maruja, una educadora de párvulos que se había unido a nuestro trabajo y que hasta ahora es mi más estrecha colaboradora, prometí para siempre pobreza, celibato con castidad y también obediencia. Pero *esa* obediencia solamente queríamos cumplirla en la Iglesia de Jesús y su Evangelio. Con nosotras estaban también otras dos mujeres jóvenes delante del altar. Esas dos quisieron esperar todavía antes de hacer su promesa.

Una Navidad así no la había celebrado jamás. Estaba feliz. Dispuesta a resistir con la gente todo tipo de miedos y de emergencias. Ahora yo podía cumplir mi promesa. Ahora formaba parte de ellos.

Después de la misa nos fuimos lo más rápido que pudimos donde la familia de Maruja. Tuvimos que cerrar la puerta de la casa por dentro, antes de que comenzara el toque de queda. Alcanzamos justo a hacerlo y celebramos la Navidad.

Mi vida en la dictadura, que duraría más de 16 años, había comenzado.

# ***La noche oscura de Chile***

DESCONFIANZA, MIEDO Y HORROR:  
LA SIEMBRA DE LA DICTADURA BROTA RÁPIDAMENTE

En Chile parecía haber solamente un propósito: combatir el comunismo y toda forma de pensamiento diferente. Había que dejar libre el camino para que la dictadura pudiera instalar todo lo que creía que era importante para el país.

Todo ocurría a la vista del pueblo, y nosotros teníamos que observar impotentes. Los sindicatos y los partidos estaban prohibidos y fueron disueltos, los bienes de los partidos fueron confiscados y revertidos al Estado. La Junta Militar designó la Corte Suprema de Justicia. Los medios fueron adaptados a la ideología dominante. Los programas sociales fueron reducidos. En todas las universidades los puestos de dirección eran ocupados por militares o por personas cercanas a ellos. El nuevo sistema económico neocapitalista se pudo imponer sin resistencia: cualquier posibilidad del pueblo para protestar o para oponer resistencia estaba igualmente prohibida, como también estaba

prohibido hablar de política. Si había más de tres personas juntas, caían en la sospecha de constituir una reunión y de inmediato corrían riesgo. Nosotros teníamos que avisar cada vez que había reunión de padres en el jardín de infancia. Las únicas reuniones de las que no había obligación de dar aviso eran las propias de la Iglesia. Nosotros podíamos reunirnos libremente en las comunidades de base católicas, mientras que las iglesias evangélicas tenían que dar aviso de sus eventos. El cardenal y la Conferencia Episcopal habían opuesto resistencia frontal para que las misas, el trabajo pastoral y también las reuniones en la iglesia no estuvieran sometidas a control. No obstante, no podíamos impedir ser espíados en esas reuniones.

Nuestro obispo regional sabía de nuestras reuniones y nos protegía. Eso no ocurría en todas las diócesis.

Para proteger el régimen militar y mantener a la población bajo control, el general Manuel Contreras obtuvo la autorización de Pinochet para formar el servicio secreto DINA como sistema de control para todo el país, sin ser legitimado por la Constitución. El aparato funcionaba en forma brutal con todos sus mecanismos: toque de queda, intervención de teléfonos, espionaje, seguimientos, detenciones, interrogatorios, intimidaciones, torturas, secuestros, cárceles secretas, ejecuciones, planificación y realización de atentados.

En 1977 la DINA fue reemplazada por la CNI, Central Nacional de Informaciones, que siguió desarrollando los mismos métodos. Se trataba de reunir y evaluar sistemáticamente la mayor cantidad posible de informaciones sobre chilenos sospechosos dentro o fuera del país, para tener al «enemigo» en la mira y poder atacar de inmediato.

La dictadura y sus estructuras llegaron a ser una parte de mi vida, de nuestra vida. Yo vivía constantemente bajo ten-



sión, sabiendo que era vigilada permanentemente. Cuando en 1978 viajé por primera vez nuevamente a Alemania, visité en Argentina por algunas horas a mi amiga Gisela, que había tenido que huir de Chile. Sin darme cuenta, todo el tiempo conversé con ella susurrando. También en Alemania hablaba cada vez más bajo. Y en Pietenfeld, cuando fui a la casa donde mi madre, me acordé de repente de que los abuelos en el tiempo de posguerra siempre habían bajado la voz cuando hablaban sobre política.

No queríamos acostumbrarnos al sistema que había caído sobre nosotros. Pero notábamos que si no nos ateníamos a éste, corríamos peligro o poníamos en peligro a otros. Rápidamente nos advertíamos mutuamente: «¡Cuidado, por favor, el enemigo escucha!». ¡Cuánto odiaba tener que ser cada vez más cuidadosa en todos los comentarios!

Para mí estaba claro que primero teníamos que aprender a adaptarnos a esa situación, aprender a ayudarnos mutuamente. Por suerte existía el Comité Pro Paz. Había sido fundado por la Iglesia católica, la Iglesia evangélica-luterana, la comunidad judía y la Iglesia metodista, para proteger y defender los derechos humanos. Un miembro de la iglesia evangélica, el «obispo Helmut Frenz» como era llamado en Chile, había puesto en marcha el trabajo conjunto del comité con el Consejo Mundial de las Iglesias y la Comisión de Derechos Humanos de Ginebra. Fue expulsado de Chile por eso. Ese comité era para mí la cuerda de salvación a la que podía aferrarme para ayudar a personas que estaban en apuros. Tuvimos que aprender, por ejemplo, a encontrar métodos para esconder a gente perseguida. Eso significaba encontrar gente que recibiera perseguidos políticos y estuviera dispuesta a correr, de ese modo, el riesgo de ser vigilada, arrestada e interrogada.

A menudo se trataba de pocas horas cuando venían personas hacia mí para pedir ayuda, a veces se trataba literalmente de minutos. Entonces había que ayudar a alguien, antes de que el servicio secreto lo atrapara.

Lo peor para mí era la total inseguridad. Cada vez lo mismo: alguien venía a mí con su historia de persecución y yo tenía que decidir rápidamente: ¿Es realmente tan dramático? ¿O solamente quiere hacerme creer una historia? ¿Coinciden todos los detalles, es coherente? Yo siempre trataba de averiguar lo más cuidadosamente posible lo que relataba: «¿Qué temes tú, qué ocurrió?». Porque naturalmente había personas que sólo necesitaban dinero, que estaban en el paro o querían salir del país. Se hacían pasar por perseguidos políticos, pero en realidad solamente querían conseguir dinero. Luego relataban de personas que conocían y de las cuales sabían que yo también las conocía. Se sentían seguros: sabían lo difícil que era para nosotros comprobar sus historias. Y había verdaderos perseguidos, cuya vida peligraba. Yo sabía por otras hermanas y sacerdotes que prestaban ayuda, que les habían detenido gente delante de las narices. La tensión se hizo completamente insoportable, porque cada vez que alguien me pedía ayuda, yo tenía que tener en claro que aquello podía ser una trampa. Puede, por fin, ser alguien del servicio secreto, que en el momento en que le preste ayuda me arrestará y sequestrará. O aceptará «agradecido» mi ayuda, solamente para observar cómo actúo, qué contactos busco y qué trámites hago... ¿Me quiere engañar alguien? ¿Está alguien en peligro y necesita ayuda de inmediato? ¿O el servicio secreto me tiende una trampa? Esas tres posibilidades tenía que evaluar cada vez con la cabeza y con el corazón, antes de pronunciar la primera palabra. Pero siempre sabía que *si* la historia era cierta, entonces se trataba de pura supervivencia.

RICARDO

—Yo quería ir a mi casa. ¡Pero desde lejos vi que mi casa estaba siendo registrada! Ricardo estaba perplejo delante de mí.

—¿Qué has hecho?

—Me acerqué muy cuidadosamente, pero podía ver desde la esquina de la calle la puerta derribada. En la casa estaba todo en el suelo. Desaparecí de inmediato.

—Ojalá no te haya descubierto el servicio secreto y ahora te esté siguiendo la pista. ¿Dónde está Úrsula? ¿Está a salvo? —Yo sabía que la amiga alemana de Ricardo estaba embarazada.

—A Úrsula la había llevado anteriormente a otro lugar. Tenía miedo de que otra vez me anduvieran buscando».

A Ricardo lo conocía lo suficiente como para poder confiar en él. Él ya había sido arrestado y llevado al centro de torturas Villa Grimaldi. Pudo escapar antes de que hubiera sido maltratado en forma demasiado grave. Había convencido a un miembro del servicio secreto de que en su caso se trataba de una confusión de nombres.

«Si me agarran otra vez, se van a vengar. Esa vez no saldré con vida de ahí.» Eso era cierto, más aún porque Ricardo había engañado al servicio secreto. Le habían creído que no pertenecía a un partido. Pero en realidad Ricardo era miembro del MIR, Movimiento de Izquierda Revolucionaria, y vivía en la clandestinidad. Su trabajo consistía en ayuda concreta; trabajaba, por ejemplo, con los padres en paro de un jardín de infancia.

Ricardo necesitaba ayuda urgentemente. Rápidamente. Estaba claro que su vida peligraba. Por lo tanto, teníamos

que encontrar rápidamente una solución, por lo menos por el momento.

–Tienes que ir donde Gisela –decidí en el mismo momento– En esa fecha mi amiga Gisela todavía estaba ahí: argentina-alemana que vivía en el barrio de los ricos y que tenía amistad con Úrsula, la esposa de Ricardo. Allí no lo buscaría el servicio secreto en las horas siguientes y podríamos ganar algo de tiempo.

Gisela estaba consciente del riesgo. Cuando llegamos donde ella, vimos solamente una posibilidad, sólo una salida. Gisela dijo lo que todos nosotros pensábamos:

–Esta vez Ricardo tiene que ir a una embajada.

Primero llamé por teléfono al Nuncio.

–La Nunciatura está llena, no puedo recibir a nadie más –fue la respuesta de su secretario, el padre Pedro.

En la noche fui donde el obispo Sergio Valech, que de inmediato llamó por teléfono al Nuncio, sacándolo de la cama:

–Van a asesinar al joven si no lo ayudamos. Se trata solamente de un lugar.

–No. Mi embajada está llena. Ésa es mi última palabra.

El obispo colgó el teléfono y me miró muy preocupado. Él sabía cuán seria era la situación.

–Karoline, todo lo que puedo ofrecerte es que mañana a primera hora llesves a Ricardo donde los Trapenses en Santiago, o a nuestra casa de retiro espiritual en Punta de Tralca.

–Si llevo a Ricardo a una institución de la Iglesia y nos atrapan, matan a Ricardo. A mí tal vez también. En ese caso el servicio secreto pensaría que yo también pertenezco al MIR. Éste acusaría a la Iglesia de estar infiltrada por terroristas. Algo muy apetecido por los medios. El riesgo es demasiado grande. Ellos le están pisando los talones.

Miré al obispo a los ojos:

—No tengo ninguna elección, lo voy a ayudar a saltar por el muro de la Nunciatura.

El obispo solamente me guiñó un ojo. Con eso estaba todo claro: él sabía lo que yo me proponía, y no necesitaba ni prohibirlo ni autorizarlo, pero sabía justamente también que para mí no se trataba simplemente de no hacerle caso al nuncio arbitrariamente, sino que sólo existía esa forma para salvar la vida de Ricardo.

El camino me lo mostró un amigo, el pastor evangélico Becker. Él me puso en contacto con el pastor Werner, que ya había ayudado a muchos refugiados y conocía con exactitud el acceso para entrar a la Nunciatura a través de las embajadas vecinas.

El sacerdote le trazó a Ricardo un bosquejo exacto de las calles y de las embajadas, y le indicó el punto preciso para el salto, a través del primer muro de la embajada. En eso alguien tenía que ayudarlo, lanzándole la cuerda que él necesitaría dentro para los muros siguientes.

Nosotros estábamos tan nerviosos que el padre Werner se ofreció para acompañarnos. Gisela me prestó su camioneta. Yo manejaba y a mi lado estaban mis amigos Lucho y Ricardo. Y en el asiento de atrás estaba mi amiga Celine, una joven canadiense que era misionera laica, y el padre Werner. Estacioné el auto poco antes de la calle donde estaba la embajada. Celine y el padre Werner fueron adelante, un poco más atrás iban los dos hombres. Yo me quedé en el auto y desde mi posición podía seguir una parte de lo que ocurría.

Así se desarrolló la escena ante mis ojos: es primavera. El pastor y la misionera, ambos rubios, tienen flores en las manos. Bromean, se persiguen, luego siguen enamorados

tomados de la mano, representan el papel de una pareja europea de enamorados y deben atraer las miradas hacia ellos. Primero el plan da resultado: los muchos soldados que patrullan delante de las dos embajadas se dejan distraer por la coqueta pareja. En un lugar dejan caer algunas flores. Esa es la señal a Ricardo para que escale el muro. A pesar de la ayuda de Lucho, lo logra con dificultad. La cuerda cae al suelo. Hay que lanzarla por sobre el muro.

De pronto los soldados que están de guardia advierten que algo está ocurriendo. Lucho pierde completamente los nervios y corre como un loco hacia la camioneta y con eso hace que toda la atención se dirija a nosotros. Yo acelero la camioneta, pero sé que en cualquier momento nos pueden atrapar si se han percatado de nuestra acción. Logro llegar al lugar de encuentro convenido, recojo a la «parejita de enamorados», los llevo a su auto, y por caminos separados llegamos a la casa antes del toque de queda. Les damos la noticia a nuestros amigos: «El paciente ingresó bien al hospital».

Ricardo se encontraba a salvo en la embajada. El nuncio estaba naturalmente furioso conmigo. Le escribí para pedirle disculpas. Después llegamos a ser amigos, e incluso me vino a visitar al barrio pobre.

Pero Gisela tuvo que pagar cara su ayuda. Fue otra vez a la casa de Ricardo y Úrsula para salvar algunas cosas. Allí fue registrada la patente de su auto. La persiguieron y desde entonces estuvo bajo vigilancia permanente. Gisela vivía sola con sus hijos y se ganaba su sustento como paisajista. En su tiempo libre trabajaba con nosotros. Cada semana nos reuníamos en su casa como comunidad cristiana de base. Ahora podía ser interceptada en cualquier momento; ¿qué pasaría entonces con ella? ¿Y qué futuro les esperaba

a sus dos hijos? En el tiempo más breve tenía que regresar con sus dos hijos a Argentina, donde vivían sus padres. Tenía que dejar todo lo que tenía, la situación que se había formado, todas las cosas, y todos sus amigos.

Nosotros teníamos que solucionar rápidamente dos problemas: en caso de que Gisela ya estuviera siendo buscada por el servicio secreto, tenía que atravesar la frontera antes de que la orden de arresto llegara a la policía fronteriza.

La otra dificultad era el permiso de salida del país para los niños. Según la ley chilena, los niños podían abandonar el país solamente con la autorización del padre. Pero el ex esposo de Gisela vivía en Argentina y era inalcanzable para nosotros. Buscamos como locos alguna vía a través de alguna autoridad competente. Después encontramos un juez compasivo que dio la autorización. Cuando Gisela y los niños estaban sentados en el avión, yo lloraba amargas lágrimas: por la hermana de mi corazón que había llegado a ser Gisela. Pero también por Chile.

Fue indescriptiblemente difícil para Gisela. Finalmente logró formarse una nueva vida con los niños.

Mientras Ricardo estaba en la embajada, tratamos de conseguir, por intermedio de la Organización de Derechos Humanos de la ONU, asilo para él en Cuba. Alemania ya no recibía más asilados en ese tiempo. Pero Ricardo no quería ir a Cuba: su amiga Úrsula no habría podido ir con él.

—¡Karoline! —alguien llamaba a nuestros postigos después del toque de queda. ¿Quién se atrevía a venir a esa hora? Abrí el postigo: ¡Ricardo! ¡Pensé que estaba viendo un fantasma!

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás en la Nunciatura? ¿Cómo saliste de ahí? Realmente Ricardo, ¿te has vuelto loco?

—Sólo quería avisarte. No quiero ir a Cuba. Mi asilo en Alemania está definitivamente rechazado. Pero quiero quedarme con Úrsula y el niño. Huí por encima del muro, tal como había entrado.

—¡Ricardo! No comprendo esto. Vete con Dios, pero vete. Esto es demasiado para mí.

Ricardo se marchó — ahora tenía que ayudarse él mismo. Lo bueno era que el servicio secreto siempre se concentraba en alguien solamente durante algunos días o algunas semanas, después estaban otros en la mira. Puesto que Ricardo había permanecido varias semanas en la embajada, ya no se encontraba en el foco de observación. Su esposa logró entonces de algún modo, desde Alemania, que él pudiera viajar a ese país.

#### AL AMANECER EN EL CANAL EL CARMEN

En ese tiempo había mucha gente que tenía que ser ayudada de inmediato.

Año 1981. Inesperadamente llega la noticia de que 9 u 11 miembros de la Izquierda Cristiana habían sido arrestados. Conozco muy bien a muchas personas de esos partidos pequeños; son grandes idealistas. Muchos de ellos trabajan en movimientos de derechos humanos y en servicio social, algunos en nuestras instituciones. Un día después escucho que el matrimonio formado por Chepa y Guillermo, dos de mis colaboradores más importantes, está en peligro. Los dos ya se han escondido, sus amigos ya están en la cárcel. Hasta donde puedo enterarme, el servicio secreto busca sobre todo a nuestros colaboradores.

Pronto viene alguien hacia mí:



—Madre, por favor, ayude a Guillermo. El lugar donde está se ha vuelto muy inseguro y él necesita un nuevo escondite. Se espera un allanamiento de la casa esta noche.

Voy donde el obispo Jorge Hourton. Él es mi jefe directo. Yo sé que él es un extraordinario defensor de los derechos humanos.

—¿Qué podemos hacer por Guillermo? ¿Puede quedarse primero en nuestra casa de reuniones? El obispo está de acuerdo y yo voy a buscar a Guillermo. Un nervioso despojo humano con lentes negros sube a mi auto. Guillermo está tan terriblemente nervioso que se puede notar a través de los vidrios del auto. «Si la policía nos detiene, nosotros somos de inmediato sospechosos», pienso yo.

—Guillermo, por favor tranquilízate. Si tiemblas así, no puedo andar contigo. ¡Llamamos la atención de inmediato!

No ayuda en nada, Guillermo sigue temblando. Tenemos que atravesar toda la ciudad para llegar a la casa de reuniones. Mientras estoy sentada muy tensa detrás del volante y trato de conducir de la manera más discreta posible, pasan por mi mente todas las historias en que a la policía le han llamado la atención personas extremadamente inquietas. Pero da resultado: puedo ponerlo a salvo en la casa de reuniones.

Al día siguiente la próxima noticia terrible: la esposa de Guillermo, que está escondida en el convento de las Carmelitas, también tiene que ser «trasladada».

Esa misma noche el obispo Jorge la pasa a buscar al convento y también la lleva donde nosotros, a la casa de reuniones.

Nuevamente comienza la búsqueda de personas que nos ayuden a sacar a los dos fuera del país. Se pone cada vez más difícil. En 1981 ya no hay muchos países que acep-

ten exiliados de Chile. Pero los otros del grupo ya están siendo procesados. El asunto se ve muy mal: los acusan de oponer resistencia armada, aunque eso no es en absoluto cierto. Una y otra vez se dice en el proceso que todavía faltan miembros del grupo. El fiscal está furioso porque todavía le faltan algunas personas, que con seguridad «están escondidas debajo de las sotanas de monjas y curas –como él lo expresa–, pero no se nos escapan».

No estamos seguros de lo que realmente sabe el servicio secreto; si quieren hacer creer que tienen informaciones o si realmente saben que los dos están escondidos con nosotros.

Nuestro miedo por los dos aumenta diariamente. Chepa proviene de una familia muy respetable de Santiago. Si no me equivoco, su padre fue incluso embajador. Y sin embargo, la búsqueda de asilo se prolonga angustiosamente. Seis interminables semanas con temores y sustos... Los dos escondidos, que en realidad están como encerrados, comienzan a ponerse histéricos. Todo es incierto y ninguno de nosotros sabe cómo terminará. Lo único claro es que se trata de un asunto de vida y muerte. Y por fin, amigos de ellos lo lograron: la embajada ecuatoriana los recibirá.

A primera hora del día siguiente tenemos que llevarlos allí. Para no recorrer el largo e inseguro camino a través de la ciudad, elegimos otro mucho más corto, el camino vecinal a través del canal El Carmen, de la Pincoya a Vitacura, un barrio de ricos en el que está la embajada.

La tarde anterior preparé la ruta. Una parte del camino la recorro junto con mi amigo el padre Paul André.

–Karoline, cuidado. Nos siguen.

–Vamos al pueblo de El Barrero.

Cambiamos nuestra ruta y nuestro plan, nos dirigimos a la población que se encuentra cerca, dejamos el auto es-

tacionado y hacemos visitas pastorales en las casas. Poco antes del toque de queda regresamos.

Al amanecer estamos nuevamente en camino. Yo voy adelante, con Chepa y Guillermo en el asiento de atrás. El padre Paul André se consiguió un segundo auto. Eso no simplifica el asunto, ya que ambos sabemos que en el camino que estamos tomando, el servicio secreto asesinó a un diplomático español hace poco tiempo. Un vehículo chocó su auto y lo empujó al canal. El diplomático de la ONU le había comunicado a su esposa que iría a la casa a mediodía. Jamás llegó allí. Lo encontraron a él y su auto en el canal de El Carmen. Hasta más allá del término de la dictadura, el servicio secreto ha negado el delito y hace poco tiempo se ha cerrado el proceso: la familia del diplomático recibió una compensación...

Porque sabemos de este caso, vamos en dos autos, para que por lo menos haya un testigo.

Cuando llegamos al canal de El Carmen, el corazón se me sube a la garganta. Mi único apoyo en tales momentos es que siempre, cuando se trata de la pura supervivencia, me siento más fuerte y con mayor claridad que de costumbre, sabiendo que no estamos solos en el auto... Dios viaja con nosotros, está claro, termine como termine el viaje.

Para mí, esos momentos eran increíblemente intensos, muy concentrados. Yo estaba siempre consciente de que lo que estaba haciendo me podía costar la vida de un momento a otro. Pero eso no me desanimaba. Yo tenía una misión, y mi vida era proteger la vida de las personas. Si esa misión me costaba la vida, entonces ése era el precio por ella. Enfrentar esa idea me resultaba fácil. Mucho más difícil me resultaba con respecto a mis colaboradores, la gente joven, las parejas. Ellos eran responsables de una familia. ¡Ellos no habían tomado la misma decisión de que su

servicio también podía significar su muerte! Y mi decisión no debía ser un peligro para la vida de ellos.

Muchas veces apenas podía soportar el miedo por ellos.

Esa mañana llegamos a salvo a la embajada ecuatoriana, donde estaban esperando a los dos, según lo convenido. ¡Qué alivio!

Ese temor de semanas tuvo entonces otra consecuencia: dos de nuestras hermanas de la Comunidad de Jesús, Bárbara y Charo, no pudieron soportar más la tremenda presión. Las dos estaban muy, pero que muy comprometidas, pero la presión que pesaba sobre el trabajo y por consiguiente sobre toda la comunidad, la persecución permanente, era simplemente demasiado grande. Las dos consideraron insostenible seguir viviendo con nosotros en esa situación. Nos dejaron.

Un tercio de mi tiempo durante los oscuros años en la dictadura, estuvo ocupado por el trabajo por los derechos humanos. Esas dramáticas acciones tal vez se llevaban a cabo dos o tres veces al año. Pero casi diariamente había que ayudar a alguien: ir a la cárcel, consolar familias, buscar detenidos y desaparecidos o formar una red de protección para amenazados.

Cuando había tiempos más tranquilos, cerca del término de la dictadura, crecía rápidamente la esperanza de que Chile pronto despertaría de esa pesadilla. Y sin embargo, nuevamente nos alcanzaba la cruel realidad.

## CONTRAESPIONAJE

Año 1987. Es Corpus Christi a primera hora de la mañana. ¡Hay disparos que nos despiertan asustados! Se desencade-

na un salvaje tiroteo. Luego pasa todo y nuevamente hay silencio en el barrio bajo. Esta vez uno pesado. Estamos asustados y desorientados. Lo único que está claro es que se disparó con vehemencia. ¿Fue un tiroteo tramado por gente joven? ¿O es un enfrentamiento militar? ¿Un asalto? Todo eso es posible. Algunos días antes habían arrestado a la hija de una mujer que trabajaba en nuestros talleres y a un joven ingeniero de la parroquia de Maruja. Nosotros tenemos un miedo horrible.

Los disparos que escuchamos a primera hora correspondían a lo que después se llamaría Operación Albania: una redada del servicio secreto chileno en un barrio pobre. Un total de 12 jóvenes de la oposición fueron acibillados a balazos. La prensa oficial explicó que había sido descubierta una guarida de jóvenes terroristas y que todos ellos habían resultado muertos al oponer resistencia al arresto.

Días después apareció donde mí, Henry, uno de nuestros colaboradores.

Yo confiaba en él.

—Lalo, un amigo mío, está en peligro de muerte. Él tiene que salir del país. ¡Por favor, Karoline, escúchalo!»

Yo sabía que Henry no me mentiría.

—¿Qué debo hacer?

—Dime una hora en que te lo pueda traer sin ser observado.

Lalo vino y yo lo escuché:

—El día de Corpus Christi yo llegué demasiado tarde a nuestra reunión. Sólo por eso sobreviví. Yo era responsable de nuestro grupo.

—¿A qué perteneces tú?

—Pertenecía a la Juventud Comunista. Pero después me uní al Frente Patriótico Manuel Rodríguez; el frente era una organización que se había decidido por la resistencia

armada y que había efectuado el atentado contra Pinochet. Con eso sus miembros habían provocado una brutal persecución en su contra—. Sabes, mis camaradas solamente pudieron ser acribillados porque uno de nosotros tuvo que ser informante y haber hablado. Nadie fuera de nuestro grupo podía saber de la reunión; por lo tanto, uno tiene que habernos traicionado. Estoy completamente seguro. Pero si ellos saben eso, entonces saben todo. Nos asesinarán a todos. Voy a morir, madre.

Me miró totalmente desesperado, las lágrimas le corrían por la mejilla:

—Me siento culpable de que los demás estén muertos y yo esté vivo. Pero madre, por favor, no quiero morir, tengo un hijo pequeño. Amo a mi esposa. ¡Quiero vivir! ¡Por favor! No he matado a nadie.

Él lo ponía todo en duda:

—¿Y por qué debo morir? ¿Para qué? ¿En quién puedo confiar todavía, si uno de nosotros nos delató al servicio secreto? ¿Para quién he hecho todo esto? ¿Qué sentido ha tenido todo entonces? No, quiero terminar. Terminar con la violencia. Quiero irme de aquí y no quiero tener que ver nada más con el frente.

Yo sola no podía solucionar ese problema. Me dirigí a la organización ecuménica de derechos humanos Fassic, que tenía mucha más información que yo y pedí ayuda.

Primero ofrecieron llevarlo a Argentina. Pero eso no era posible; a ese país habían huido otros miembros de su grupo. Si él se iba allí no podría retirarse del grupo: lo considerarían un traidor.

Lalo quería ir a Europa, a Alemania. Ahí vivían amigos de él en el exilio, que tenían algo de dinero y que podrían ayudarlo.

Los días que siguieron se extendieron hasta convertirse en una eternidad: ¿fueron 8, 10, 14? No lo sé. Cada uno de esos días yo iba a Fassic, para obtener informaciones; por teléfono no se podía hablar. Los colaboradores de Fassic estaban cautelosos. Un hermano de Lalo estaba en la cárcel. Fassic tuvo que examinar los datos de Lalo y averiguar bajo qué nombre era buscado por el servicio secreto. Descubrieron que el servicio secreto no conocía su verdadero nombre. Quedaba todavía el asunto de su hermano: existía la suposición de que el hermano fuera un espía del servicio secreto en la cárcel. Yo ahora debía averiguar si el hermano de Lalo era espía; tenía que enterarme con exactitud qué pensaba y sabía su propio hermano.

—Tengo una buena noticia para ti, Lalo. No eres buscado por tu verdadero nombre. Pero he escuchado que tu hermano está en la cárcel.

—Sí, es cierto. A él le va muy mal. Los otros presos políticos que están en la cárcel piensan que él los espía. Él pertenece ciertamente al Partido Socialista, pero está en la cárcel siendo completamente inocente. Él también está totalmente agobiado.

Mientras más hablaba, más segura estaba yo de que decía la verdad.

Pero teníamos que tener mucho cuidado. Había gente que antes había pertenecido al partido y ahora trabajaba para el servicio secreto. Había incluso ex amigos de Allende, del partido, que trabajaban para el servicio secreto. Eso fue quizá lo peor que la dictadura militar le hizo a la gente con su sistema perverso: destruyó la confianza mutua por medio de malvados mecanismos y métodos de la Junta Militar y del servicio secreto. Todos tenían que desconfiar de todos.

Como no podíamos confiar en nadie, todos teníamos que ser enormemente disciplinados. A menudo estaba asombrada de cómo me guiaba Dios: sin los años en la orden y sin la disciplina que había aprendido ahí, habría sido muy difícil para mí saber sobrellevar el tiempo en la dictadura. Había que saber exactamente con quién, cuándo y sobre qué se hablaba. Si el primero no podía ayudar, entonces se intentaba con el segundo. Y así sucesivamente. Todo estaba definido con toda precisión. Ésa era la única posibilidad de perseverar en nuestro trabajo por los perseguidos. Había personas estrictamente confidenciales que actuaban de contacto con el servicio secreto. Sólo podíamos ayudar cuando teníamos informaciones de dentro; cuando, por ejemplo, un miembro del servicio secreto nos informaba de a qué centro de torturas había sido llevado alguien. Cuando sabíamos adónde había sido llevado, podíamos informar a los familiares, y éstos podían hacer una denuncia, ir juntos, con gente que les daba protección, al lugar al cual habían sido llevados los presos, y protestar. Ante denuncias en general de que alguien había desaparecido, se reaccionaba solamente con negativas.

Naturalmente eso requería muchísimo tiempo: había que recoger y transmitir cada información por separado. Y, además, la mayoría de las veces en clave.

Frecuentemente fui citada, como muchos otros, a interrogatorios, y tuve que prestar declaración en muchos procesos. Todos necesitábamos una memoria muy, pero que muy buena. A uno siempre lo podían confrontar con «informaciones». «¿Por qué usted estaba esa tarde a las 20.30 horas en esa esquina?» Por tanto, algún espía había llevado esa información al servicio secreto. Y entonces había que acordarse. ¿A quién estaba esperando? ¿Por qué? ¿Por



qué me saludaron éste y aquél? Etcétera... Con mentiras se podría caer en una trampa, porque a menudo tenían fotos o declaraciones de testigos. Eso nos desgastaba. Por suerte, formamos una red entre la Vicaría de la Solidaridad (la Vicaría de la Solidaridad era la organización sucesora del Comité Pro Paz, que Raúl Silva Henríquez había fundado directamente después del golpe militar, junto con Helmut Frenz, el obispo evangélico, con el obispo metodista y con el rabino judío en Santiago, para ayudar a los perseguidos políticos), Fassic, la Comisión de Derechos Humanos y Amnistía Internacional. Cuando uno de nosotros se desanimaba, sentía demasiado miedo o no soportaba la tensión, entonces lo reemplazaba otro que en ese momento tuviera más fuerza.

Hasta el último momento yo estaba preocupada por Lalo. Habiendo hablado tantas noches, yo había conocido todo su idealismo, todo su amor por la vida, pero también su desesperación y la culpa que sentía por la muerte de los demás. Él quería comenzar una nueva vida. La gente de Fassic me apoyaba con todas las fuerzas. Me informaban diariamente sobre Lalo. Averiguaron que él era buscado por su seudónimo. Más urgentemente tenía que abandonar el país.

Por recomendación de Fassic nos decidimos por un vuelo con la línea aérea KLM en la madrugada, «cuando el servicio secreto se va a acostar», decíamos en broma. Tenía que haber un pasaje de regreso, para no llamar la atención. El asilo tenía que solicitarlo después a Lalo en el otro país.

Henry lo llevó al aeropuerto. Pudimos respirar tan sólo cuando el avión estaba en el aire. Porque ya habíamos experimentado que alguien hubiera pasado por todos los controles y llegado seguro al avión, y en el último segundo el

servicio secreto lo había sacado y lo había arrestado antes de despegar.

Pero Lalo subió al avión y poco después se elevó hacia un futuro seguro.

LA SEÑORA PINOCHET  
EN NUESTRO COMEDOR

Dos veces vino hasta nosotros, al barrio pobre, la señora Lucía Hiriart, la esposa de Augusto Pinochet.

Yo siempre he sentido en mí también el llamado a preocuparme de que personas de las diferentes clases sociales de Chile vean la miseria en los barrios pobres, tomen conciencia de ésta y sientan que también son responsables de su existencia. Porque no puede ser solamente tarea de los pobres superar su miseria. Los pobres iban donde los ricos como sirvientas, como encargadas del aseo, como lavanderas y como niñeras, ¿pero cuándo iban los ricos al barrio pobre? Sólo a través de encuentros y contactos podrían comprender la lógica de la pobreza y transmitir su experiencia.

Ya antes del golpe militar yo conocía a las mujeres de un centro de madres de la clase media alta. Ellas habían cooperado en las Áreas Verdes, en el comedor y en el jardín de infancia, y yo las invité a cooperar también en el Campamento Angela Davis, un poblado que se había originado con la mayor ocupación de tierras. Las mujeres lo hicieron y estaban conmocionadas por la miseria de las familias y sobre todo por los niños desnutridos. Algunas de las mujeres tenían contacto con militares y con Lucía Hiriart, la esposa del dictador. Un día venían algunas de esas mujeres por el camino al jardín de infancia hacía mí:

—Hermana Karoline, ¿tienes un momento para nosotras? Queremos preguntarte algo.

—Pero por supuesto, queridas, naturalmente tengo un momento de tiempo. ¿De qué se trata? ¿Hay algún problema en el jardín de infancia?

—No. A nosotras nos gustaría invitar a la señora Lucía y mostrarle la miseria de aquí. Ella podría ayudar.

Mis ojos se dilataron del susto. No pude contestar de inmediato. Eso se convertiría en un enorme problema. A los pobladores les daría miedo y crecería su desconfianza hacia nuestro trabajo y hacia mí. La gente de aquí me había conocido apenas después del golpe militar. ¿Quién les dice que no soy una espía? Una extranjera que en realidad pertenece a la clase alta... Habría oposición contra su visita. Y al mismo tiempo yo sabía que no había ninguna alternativa. Decir no probablemente habría deteriorado mi relación con esas mujeres.

Por consiguiente, vino Lucía Hiriart. En una especie de camión, acompañada por un equipo de televisión. Todo fue filmado. Sus cajas con ropa usada y juguetes usados, una donación más bien modesta, fueron amontonadas ante nosotros en el patio del jardín de infancia y luego filmadas desde abajo: de ese modo se veía como un montón enorme. Las imágenes fueron transmitidas en todo el país: «La señora Lucía visita un barrio pobre».

La gente y mis colaboradores estaban molestos. «Ahora Karoline se dio la vuelta. Ahora es partidaria del otro lado, ellos la manejan. Y además, nos utiliza a nosotros para eso», pensaban ellos y me miraban en forma hostil, pero no decían nada.

A mí no me quedaba otra cosa que tener confianza, y pensar que podría dar una explicación: «Sí, yo estoy incon-

dicionalmente del lado de ustedes. Pero también tengo la libertad de tomar contacto con todas las personas. No temo a la gente que no piensa como yo o a la que no conozco».

La señora Lucía quería hablar conmigo sobre la pobreza.

—Hermana Karoline, usted hace aquí algo extraordinario por los niños y las mujeres. La invito a participar en la oficina estatal para niños. Yo pienso que nosotras las mujeres deberíamos poder trabajar juntas.

—Señora Lucía, yo colaboro incondicionalmente cuando se trata de combatir la pobreza y de ayuda solidaria para los pobres. Pero tengo un problema: la persecución contra nuestros pobladores. Permanentemente arrestan gente, también padres de niños de nuestro jardín de infancia, y no comprendemos por qué.

—¿De qué habla usted, hermana?

—Hablo de las redadas, de los allanamientos de casas. El servicio secreto está constantemente detrás de nosotros, colaboradores nuestros son arrestados, padres de familia simplemente desaparecen.

Lo que yo dije era extraordinariamente desagradable para la señora Lucía y ella cambió el tema. Pero continuó diciendo que yo debía desarrollar trabajo con niños en un ministerio.

—Venga por lo menos a una entrevista al ministerio.

No pude negarme a esa petición.

Algunos días después, a primera hora de la mañana, el jefe de un servicio secreto estuvo mi casa y se identificó. Me quedé atónita.

—¿Qué problema tiene usted? —me preguntó molesto.

—Personalmente no tengo ningún problema.

Me miró a mí y miró la choza despectivamente. Con la neblina matutina, el mal olor era especialmente fuerte.

Todos nosotros teníamos solamente letrinas desprovistas de inodoro y agua corriente. Cuando había visita, siempre me avergonzaba un poco de que en mi casa oliera mal.

–Pero usted le dijo a la señora Lucía que hay problemas.

–Sí, le dije que yo me preocupo por la gente de aquí. De aquellos que son arrestados y simplemente desaparecen. La gente de aquí tiene miedo permanentemente de que les pase algo.

El militar se veía cada vez más disgustado.

–Llámeme todos los días por teléfono e infórmeme de lo que ocurre.

–Por favor, ¿cómo debo hacerlo? Usted ya sabe que no hay ningún teléfono en todo el poblado. ¿Cómo voy a caminar todos los días varios kilómetros hasta el teléfono más cercano?

Ya sé que tal vez fuera ingenuo hablar así con el jefe del servicio secreto: «¿Por qué me pregunta eso? *Usted* ya sabe lo que ocurre. Si ustedes sospechan de alguien, de tener armas o de estar organizado en una resistencia armada, entonces pregúntenme a mí antes de arrestar a las personas en forma arbitraria».

Se fue enojado. Yo lo acompañé al auto, bajo las inquisitivas miradas de los vecinos. Sentí toda mi impotencia.

La «señora Pinochet» vino una vez más con su hija Lucía. Esta vez llegaron sin dar aviso, pero nuevamente trajeron consigo la televisión. Yo no estaba en el jardín de infancia, sino que tenía horario de atención en mi casa. La gente vino corriendo para avisarme: la policía y el servicio secreto habían rodeado el jardín de infancia y parecía como si quisieran ocuparlo. Pero era sólo una maniobra. Nuestra gente estaba terriblemente intimidada.

Saludé a las dos damas; el jardín de infancia, entre tanto, había crecido al doble. La señora Lucía quería que su visita

fuera transmitida por televisión, quería que se mostraran obras sociales.

Fuimos a la cocina. Había que presentarla y traté de hacerlo:

—Aquí está la señora Lucía, que nos ofrece ayuda para los talleres de mujeres.

Dos madres que ostensivamente le daban la espalda no se volvieron a pesar de mis esfuerzos; las demás apenas levantaron la cabeza. Era una pesadilla. Yo estaba desamparada en el medio.

—Este comportamiento es inconcebible —opinó la señora Lucía y estaba terriblemente furiosa.

Las mujeres habían sido muy valientes. Habían contraído el riesgo de que ahora las persiguiera el servicio secreto.

Otra vez vino la hija de Pinochet sola. Quería ver a los niños desnutridos. Los vio y consideró:

—Esto no es desnutrición. Los niños simplemente están alimentados equivocadamente.

—Sin duda también hay fallos en la alimentación. Y también hay madres que no saben cómo se alimenta correctamente a un niño. Pero los niños de aquí están desnutridos en segundo o tercer lugar porque sus padres no tienen comida para ellos. Las familias no tienen dinero para alimentos. Venga, le puedo mostrar cómo viven en la casa los niños y sus familias.

—¿De qué me habla? Las madres son ignorantes, sucias y flojas.

Ahí había un muro: era inútil, no se podía discutir que eran las estructuras sociales las que tenían la mayor parte de responsabilidad por la miseria.

EL «CARDENAL ROJO»:  
RAÚL SILVA HENRÍQUEZ

La Iglesia católica como institución no opuso resistencia contra Pinochet. Había obispos y creyentes de todas las clases sociales que al principio estaban de acuerdo con el golpe militar, creyendo que en el tiempo más breve se restauraría la democracia. Había obispos y católicos que apoyaron por completo la toma del poder por parte de los militares y la «lucha contra el marxismo» durante todo el tiempo de la dictadura, pero también había obispos, sacerdotes, gente de las órdenes religiosas y creyentes comprometidos, que de inmediato comprendieron la situación y se pusieron de parte de los perseguidos y de los pobres, dispuestos a asumir todo tipo de difamaciones y sacrificios.

La junta militar y sus partidarios trataron de conseguir en el Vaticano que los obispos del país fueran más sumisos. En el tiempo del cardenal Raúl Silva Henríquez no lo lograron. La generación de esos obispos venía de la época del concilio y del auge social por más justicia. Políticamente, esa generación se identificaba en todo sentido con el gobierno de los demócratacristianos desde 1964 hasta 1970. Yo consideraba increíblemente valiente que los obispos se hubieran atrevido a participar ellos mismos en la reforma agraria. Los esfuerzos para eso ya habían comenzado bajo el papa Juan XXIII. En ese tiempo el cabildo no quería permitirle al cardenal Raúl Silva Henríquez que entregara una parte del latifundio de la iglesia a sus campesinos. El cardenal se dirigió entonces al Papa para pedirle apoyo. El papa Juan XXIII lo alentó y Raúl Silva entregó las tierras. Después de todo lo que la Iglesia se ha cargado de culpa

en Latinoamérica, ésa es para mí una maravillosa parte de su historia. Tuvo algo de revolucionario porque naturalmente hubo resistencia vehemente. Algunos latifundios habían sido adjudicados a la Iglesia por herencia, cuando una familia rica quería inmortalizarse por medio de una donación.

Naturalmente, el gobierno militar ejerció presión sobre Roma. Esa presión les fue transmitida después a los obispos.

Fernando Ariztía, obispo del sector poniente de Santiago, uno de los mayores y peores focos sociales de la ciudad, vivía en el barrio pobre de Barrancas entre la gente. Él fue el primer presidente del Comité Pro Paz, que el cardenal Raúl Silva Henríquez había fundado pocos días después del golpe militar, como refugio para perseguidos políticos. Un año después fue literalmente enviado al desierto como obispo de Copiapó, al borde del desierto de Atacama.

El obispo Jorge Hourton fue trasladado castigado desde su diócesis de Puerto Montt a Santiago. Él había protegido y apoyado a sacerdotes de su diócesis que habían sido arrestados. Yo también experimenté en carne propia lo que significa ser llevado y retenido por el servicio secreto.

#### LIBERADA POR EL ARRESTO

Medianoche en enero de 1976. El toque de queda ya comenzó. Golpean en nuestra puerta.

Maruja, que ya está en la cama, me llama:

—¡Hay militares ahí!

Yo abro la puerta.

—Tengo orden de revisar su casa y de arrestarla a usted.



Yo acabo de llegar a la casa, la reunión de padres en el jardín de infancia se ha prolongado demasiado. En el primer momento estoy totalmente sorprendida. Justamente en ese momento no contaba con eso, aunque he sido amenazada tantas veces, aunque se me ha descrito muy a menudo todo lo que podría ocurrirme.

—¿Dónde está la orden de detención?

El jefe de la tropa tiene la orden y su identificación en la mano. Se presenta como jefe del grupo Chacal del servicio secreto DINA. La orden de detención está firmada por el ministro del Interior, el general Benavides.

La casa está rodeada, varios hombres ya están dentro.

—¡Revisar todo! Traer todos los documentos, traducir todas las cartas.

Los militares han traído traductores. Todo lo que de algún modo es sospechoso para ellos, es decir, fotos, revistas, libros, cartas, es sacado y puesto adelante sobre la mesa. Por todas partes hay hombres ocupados en algo y revuelven toda la casa: delante de la choza, en el dormitorio... Tenemos la enfermería donde nosotros. Mi cama es la camilla para exámenes: alrededor hay cajas con medicamentos. Ellos suponen que esto es un hospital de campaña para terroristas heridos. Maruja se ha puesto un vestido sobre su camisa de noche y trata de fijarse en todo lo que se llevan. Sabemos que se llevarán todo lo que puedan utilizar de algún modo. En todo ese tiempo el jefe me interroga:

—¿Qué hace usted aquí?

—¿Por qué trabaja usted con los padres de sus jardines infantiles?

—¿Por qué viene una hermana alemana y vive en una choza?

A cada cosa que traen, tengo que explicar de dónde la saqué.

—¿Qué hace usted con ese auto delante de la puerta y dónde lo obtuvo?

—El jeep me lo regaló el servicio alemán de ayuda al desarrollo. Aquí está el certificado de donación.

Después de dos horas el interrogatorio todavía no ha terminado. Yo ya no tengo más voz, porque mis glándulas salivales dejan de funcionar por el miedo. ¡Tanto que anota acerca de mí! Hay permanentes intentos de intimidarme. De pronto ya no saben que hacer conmigo. Obtengo la autorización para ir con Maruja cinco minutos a nuestra pequeña capilla para orar. Cuando después me llevan detenida, Maruja pide:

—Por favor, llévenme a mí. Por favor dejen aquí a la hermana Karoline, por favor, por favor llévenme a mí.

Ella suplica durante tanto rato, que a los duros hombres les resulta penoso:

—Denle una manta, la noche está fría.

A mí me van a deportar, pienso una y otra vez. No tengo miedo por mí, más no me pasaría. Pero me muero de preocupación por los demás. Casi siempre vivieron, aparte de Maruja, otras personas en nuestra choza. El día de mi arresto son Aurora, Paula y Antonia y su hijo los que quedan. «Si ahora me llevan a mí, entonces vienen después y se llevan a los demás, sigo pensando.» Maruja y los demás desaparecerían sin dejar rastro, y nadie se preocuparía por ellos.

Poco antes fue arrestada mi amiga íntima Sheila Cassidy, una doctora inglesa que trabajaba con nosotros en el barrio pobre. Sus torturadores la maltrataron de manera increíble. Bajo la presión de la protesta internacional fue deportada a Inglaterra. A continuación Inglaterra rompió relaciones diplomáticas con Chile. Yo también tenía una estrecha amistad con el fundador de la Central Única de Trabajadores,

Clotario Blest. ¿Habrá averiguado el servicio secreto mis conexiones con Clotario o Sheila? Como sea que hayan llegado a mí ahora tengo que acompañarlos.

El servicio secreto había llegado en un grupo de ocho hombres. Me pusieron en el medio y me llevaron a sus autos. Me vendaron los ojos antes de sentarme en la parte de atrás de una camioneta donde había dos asientos. Yo conocía bien Santiago (¡hasta los hoyos de sus calles!) y traté de fijarme en el camino por donde íbamos. Pero cerca del Estadio Nacional perdí la pista. Hasta hoy no sé adónde me llevaron.

Seguí siendo interrogada toda la noche. Después me hicieron parar contra una pared de un largo corredor. Corrían hombres de un lado para otro. Me habían quitado la venda de los ojos. Quizás eran las dos y media de la mañana cuando vi una puerta semiabierta junto a mí. En la penumbra, reconocí en el cuarto fundas que cubrían algún tipo de aparatos eléctricos, cuyos cables eran visibles; «los aparatos de tortura», se me pasó por la mente. A través de la abertura de la puerta del cuarto que estaba frente a mí, vi que un hombre se levantaba de su catre de campaña. Amigas mías habían sido violadas: «Me voy a defender con puños y dientes», me propuse, porque no quería tener miedo ni a la tortura ni a la violación.

Pero al parecer ellos querían atemorizarme y prepararon una maniobra: en la habitación de al lado, algunos hombres comenzaron a manipular un cable grueso. De pronto se escuchó una fuerte explosión, como si hubiera caído un rayo tremendo. Se apagaron todas las luces; los hombres parecían terriblemente nerviosos. Minutos después se repitió lo mismo. Ahora yo no sabía si se trataba de cortocircuitos «inofensivos» o si habían tratado de impresionarme.

Yo estaba todo el tiempo inmóvil y rezaba.

Alguien del servicio secreto vino a través del corredor:

–¿Qué haces aquí?

–Rezo.

–Ja, ja, rezar. ¡Esto no es el infierno!

–No lo sé.

Después me llevaron nuevamente a interrogatorio: yo conocía las reglas. Siempre lo más corto posible, pero decir siempre la verdad, no inventar nunca una historia para distraer, dar en lo posible pocas informaciones sobre otras personas. En nuestras comunidades de base cristianas habíamos leído a Gandhi y a Martin Luther King, y habíamos ensayado resistencia pasiva. Jamás negar si te has juntado con personas en cierto lugar. «¿Conoces a la persona? Sí, la conozco.» Ni más ni menos.

Ellos se habían preparado muy bien para mi interrogatorio. Sobre el escritorio había una gruesa carpeta con informaciones y fotos mías.

–¿Cuándo llegó a Chile?

–¿En qué barco?

–¿Qué tenía de equipaje?

–¿Quién pagó su pasaje del barco?

–¿A qué congregación pertenecía?

–Yo era miembro de la Congregación de las Siervas del Espíritu Santo.

–Siervas escrito con «C» o con «S»? –Con «C» significaría «cierva» ('venado'). Ahora sí que tuve que contener un ataque de risa.

Tuve que contestar muchas preguntas detalladas. Yo percibía que el hombre que me interrogaba se sentía cada vez más confundido, porque todas sus preguntas y todas mis respuestas no le revelaban nada.

—¿Dónde estaba usted la tarde del 27 de mayo de 1975?

Por suerte tengo buena memoria.

—¿Qué día de la semana era? —pregunté.

—Un martes.

—Entonces yo estaba en la guardería infantil Naciente. El martes por la tarde se reúnen los padres para la campaña de alfabetización.

—¿Por qué se juntó con un grupo de mujeres el fin de semana del 11 en el hogar Dios con Nosotros?

—Porque hemos organizado allí la campaña contra los piojos.

Esa noche no les ofrecí ningún blanco donde pudieran atacarme, pero durante el interrogatorio pensaba en toda la gente que era perseguida porque anteriormente habían pertenecido a un partido de izquierda y que ahora eran prácticamente estrujados, por así decirlo, para que declararan sobre sus actividades y ex compañeros de partido o colegas. Todavía peor tenía que ser la situación de aquellos idealistas que habían intentado organizar una resistencia política. Lo que el servicio no lograba a través del interrogatorio, lo conseguía por medio de la tortura. Con ese método las víctimas revelaban nombres y domicilios de otras personas. Ésas eran casi siempre arrestadas en la misma noche. Para eso había toque de queda.

Todos tenían que estar en la casa. Nadie podía ser alertado en la noche. Las líneas telefónicas eran interceptadas o cortadas. Era brutal y cruel la forma en que todo un pueblo era controlado, maltratado y atormentado.

—¿Puedo ver por favor lo que acaba de anotar?

Hice que me mostrara cada página que el hombre había escrito. Sólo cuando aparecía literalmente en el acta lo que había dicho, yo firmaba. Eso le molestaba bastante. Pero yo

quería de todas formas impedir que algo que había dicho pudiera interpretarse diferente a lo que yo había querido decir.

Cerca de la mañana, al jefe del grupo que me interrogaba, simplemente se le acabaron las preguntas. Literalmente ya no sabía qué más debía preguntarme.

Fui llevada a una pieza con un catre y tenía que acostarme. Permanecí sentada y rezaba.

Esa noche Maruja y las otras mujeres se morían de miedo por mí. Pese al toque de queda, Maruja había corrido donde un vecino y le había entregado un papel.

—Anda donde el obispo en cuanto haya pasado el toque de queda. Dile que se han llevado a Carolina.

Maruja pensaba que se trasladaría en la noche y quería que alguien buscara ayuda.

La noche pasó, los militares no volvieron. En el último minuto del toque de queda, Maruja salió de la casa lo más rápido que pudo y fue donde el obispo Jorge Hourton. Él llamó por teléfono al cardenal Raúl Silva Henríquez.

—¡El servicio secreto se ha llevado a la hermana Carolina!

Después llamaron por teléfono a mi amigo Paul Frings, sobrino del ex cardenal de Colonia Frings, que trabajaba con la ONU. Finalmente le informaron al coronel Brücher, director del Ministerio para Ayuda en Caso de Catástrofes y de Emergencia Social. (El coronel Brücher, aunque era militar, era amigo mío y me había ayudado muchas veces. Hasta el final tuvo que pagar un alto precio por eso.)

El cardenal y la embajada alemana protestaron entonces ante el servicio secreto y exigieron mi liberación inmediata. El jefe del grupo Chacal debía llevarme personalmente a la casa del obispo.

Yo no sabía nada de eso, cuando el teléfono rompió la quietud de la mañana.

Por un momento pierdo la orientación, cuando a las 9.00 horas hay inicio de actividades en el servicio secreto: todos los hombres que me han interrogado van vestidos de civil.

Pero a las nueve los corredores y las oficinas están de pronto llenas de hombres (y mujeres) con uniformes de color café (!). ¿Estoy durmiendo? ¿Estoy soñando? ¿Nazis?

Después me llevan de vuelta a la oficina. De pronto impera otro tono:

—Hermana, por favor, aquí hay café caliente.

—El pan es desgraciadamente de ayer. Pero con queso.

Tomo el café. Pero no puedo ni quiero comer nada de ellos.

—Tenemos que esperar al médico.

—¿Por qué esperar a un médico? No necesito un médico.

—Él tiene que examinarla, para que después usted no cuente historias acerca de lo que posiblemente le hayamos hecho.

Es una situación extraña: el médico me examina durante horas, lee las muchas actas y firma nuevamente todas las declaraciones.

Finalmente me pegan los ojos con cinta adhesiva, para que no pueda ver. A la ida me vendaron los ojos, pero ahora usan cinta adhesiva. Para que no se vea la cinta adhesiva tengo que ponerme, además, anteojos negros. Esta vez viajo solamente con el jefe del grupo por Santiago. Él debe llevarme donde el obispo. Pero yo estuve tanto tiempo con el médico, que llegamos allí demasiado tarde.

El jefe está confundido.

—¿Qué hago ahora con usted?

—¿Por qué no me deja simplemente en la ciudad? Yo me las arreglo sola.

—¿Eso haría usted? —me mira aliviado.

—Sí, naturalmente. Solamente tiene que darme algunos pesos para el bus. Porque no ando trayendo nada.

—No es problema.

Me lleva de vuelta al centro. Conversa todo el tiempo conmigo. En el centro me indica que me saque los anteojos y la cinta adhesiva de los ojos. Cuando nuevamente veo, él se calla y gira la cabeza. Sin mirarme me dice:

—Hermana, cuénteme algo.

¿Qué podría contarle a él?

—Pues bien, estoy reflexionando lo que hago ahora. Hoy he faltado a diferentes citas. Me pregunto cómo les puedo avisar ahora a las personas.

—¿Sabe?, me interesa lo que usted hace. Me gustaría ir a visitarla alguna vez.

Por un momento se me detiene la respiración.

—Bien. Cualquiera nos puede visitar y cooperar con nosotros.

Después estoy parada en la calle, él se va.

Estoy libre. Pero yo había logrado mucho más que solamente liberarme de las garras del servicio secreto. Una infinita y profunda liberación se expandía en mí, cuando estaba ahí, en medio del agitado tráfico de Santiago. Yo sabía que nunca más le tendría miedo al servicio secreto ni por un segundo. Esto formaba parte del pasado.

Y así fue en realidad: no tuve nunca más miedo en todos los muchos años que viví en la dictadura. No temía ni a la vigilancia, ni al arresto, ni a la tortura, ni a la muerte, ni a la deportación. Hasta 1987 fui vigilada por el servicio secreto. No sé con qué frecuencia fui después citada



al tribunal y acusada. Era amenazada, recibía amenazas de muerte. Una vez me enviaron incluso un ataúd a la casa con el mensaje: «Te vamos a agarrar. Te mataremos». Pero el miedo por mí misma simplemente había pasado de una vez por todas. Me quedaban dos temores: uno era que me declararan *persona non grata* y me deportaran. El segundo, que por mi culpa les pudieran hacer algo malo a mis amigos y colaboradores.

Durante la noche que estuve en manos del servicio secreto, había percibido sobre todo dos cosas: Dios había estado todo el tiempo conmigo. Él me había llevado y no me había abandonado ni un momento. Ahora sabía que él estaría siempre conmigo, aunque ellos me asesinaran.

¡Y yo había percibido *su* miedo tan claramente! Los hombres del servicio secreto habían tenido miedo todo el tiempo. Ni siquiera me dejaban ir al baño sola, por miedo a que pudiera huir. Yo sentía todo su miedo y toda su impotencia. Esa impotencia total del aparato del Estado que estaba detrás de ese mecanismo de persecución. Todas esas técnicas psicológicas de interrogación que eran para humillarme se basaban solamente en impotencia. Yo percibía que esos hombres estaban como obsesionados. *Ellos* mismos eran esclavos del aparato.

Pero yo era libre. Desde ese momento yo podía hacer mi trabajo más aliviada.

Ese arresto, que debía someterme e intimidarme, me había liberado interiormente.

Un taxista me hizo señas al otro lado de la calle: yo le mostré las manos: ¡No tengo dinero!

—A pesar de eso la llevo, hermana.

«¿Es esto una trampa? ¿Ha sido contratado por el servicio secreto y me lleva directamente de vuelta?», me pasó

por la mente. Pero en realidad eso no podía ser. Subí agradecida. Después de la mitad del camino, en el puente del río Mapocho, fui al teléfono más cercano y con los pesos que me había dado el jefe del grupo del servicio secreto, le avisé a nuestro obispo:

—¡Don Jorge, estoy libre!

—¡Gracias a Dios, Karoline!

Antes de que yo llegara al poblado, el obispo Jorge ya estaba ahí. Cuando llegué, Esterlina, una vecina, iba atravesando la calle. Me vio, se arrodilló ante mí y me besó los pies. Ocurrió tan rápido que no pude impedirlo. Yo estaba conmovida por las muestras de amor y solidaridad que me daban los pobladores. Levanté a Esterlina. Ella me miró:

—Madre, ahora has sufrido lo mismo que nosotros. Ahora realmente formas parte de nosotros.

En las semanas siguientes recibí muchos gestos de amor y solidaridad que me tocaban profundamente. Y yo sentía que había desaparecido otro obstáculo: ahora podía compartir más directamente el sufrimiento, los apuros y los miedos de las personas con las que vivía.

## SE LLEVAN A LOS OTROS POR MÍ

*Santiago, Octubre de 1977*

*¡Queridos amigos nuestros!*

*¡Cálidos saludos primaverales desde Chile! Después de los húmedos y fríos meses de invierno, el querido sol hace aparecer, incluso en el poblado, un poco de verde y colorido en el suelo, y al mismo tiempo también una tímida esperanza de días mejores...*

*Los temporales del pasado invierno afectaron bastante a la gente, ya que los techos de cartón no resistieron la tormenta*

y la lluvia. Algunas veces estábamos movilizándonos hasta tarde en la noche, para ayudar a las familias afectadas. Diferentes chozas flotaban como en un gran estanque. Estábamos muy contentos de ver que la gente lentamente comprende que tiene que organizarse y ayudarse mutuamente, en vez de esperar ayuda de afuera sin hacer nada. Algunas familias ofrecían sus chozas, para recibir «vecinos mojados».

A mediados de agosto los temporales también afectaron la guardería infantil Naciente. El pozo séptico construido por los padres se desbordó e inundó los baños de los niños, lo que causó un gran pánico en la guardería (peligro de infección, mal olor, etc.). Para solucionar ese problema, en la mañana del 24.8.77 preparé con la directora Denisse Araya la sesión del Consejo de Padres, que como cada miércoles en la tarde, debía efectuarse a las 19.00 horas. Esa reunión está autorizada por la autoridad estatal «Junta Nacional de Jardines Infantiles». Yo hablé con Denisse sobre la posibilidad de construir un nuevo pozo séptico con trabajo voluntario por parte de los padres o también considerar la conexión a la canalización urbana. A principios de año habíamos solicitado un presupuesto para la conexión con la canalización. Pero lo elevado del monto (13.000 dólares) nos hizo desechar de inmediato esa idea en esa ocasión. Pero ahora, después de la terrible experiencia de la inundación, retomamos la idea. Los padres debían deliberar si podían reducir los costos por medio de su propio trabajo.

Mientras Denisse se quedó en el jardín de infancia en la tarde de la sesión del Consejo de Padres, Maruja y yo estábamos reunidas en nuestra choza con la comunidad cristiana. De pronto alguien golpeó violentamente nuestra puerta como a las 21.45 y gritó desesperadamente que en ese momento Denisse y todos los participantes a la sesión (en total dos mujeres y cinco hombres) habían sido arrestados. Rezando nos apresuramos

*hacia la guardería infantil, donde nos encontramos con dos policías que nos negaron la entrada y a nuestras preguntas nos respondieron que pidiéramos información en el cuartel de policía El Salto. Nos pusimos de inmediato en camino. Yo me presenté allí como la responsable de la iglesia de la guardería infantil Naciente y pedí información. Desde afuera podía ver a nuestra gente arrestada, y ellos también me descubrieron en mi puesto de observación en la oscuridad de la noche, y vi que respiraban aliviados. Como a las once y media pude informarle sobre el suceso a nuestro obispo por teléfono, quien ya había llamado dos veces por teléfono al cuartel de policía, pero tampoco había recibido respuesta. Un poco después de las dos de la mañana pude hablar con el jefe de la policía, quien me explicó que nuestra gente había sido arrestada como «sospechosa».*

*La noticia del arresto causó horror en todo el poblado. Por la mañana, Maruja asumió la dirección de la guardería infantil, que pese a todo tenía que seguir trabajando para los niños.*

*Mientras yo pasaba todo el día delante del cuartel de policía, se puso en marcha en la prensa y en las noticias una horrible tormenta con graves acusaciones contra nosotros. Se decía que éramos un nido marxista y que ellos lo habían desbaratado ahora. Al respecto, cualquiera que buscara la verdad hubiera podido «inspeccionar» los baños inundados. Todo nuestro personal se negó a limpiar los baños, para mostrarle a la gente de la prensa qué se trataba en realidad en la sesión del consejo de padres. Para los periodistas ése no fue un asunto muy agradable. En el transcurso de las semanas siguientes fueron arrestadas otras cuatro niñeras. Después de tres semanas fueron dejados en libertad los cinco hombres como inocentes y durante los últimos 14 días también fueron dejadas en libertad las niñeras arrestadas mencionadas al final. Ahora espe-*

*ramos que también Denisse y su compañera Ereilia obtengan pronto la libertad. [...]*

*Junto con la gente del poblado hemos soportado mucho miedo y miseria, y ese «destino» común nos ha fusionado más que nunca. En toda pobreza ocurre el secreto de la aparición de Dios como ser humano.*

*Queridos amigos, a muchos de ustedes les debo una palabra personal. Han llegado innumerables paquetes y donaciones. Nada se ha perdido (aparte de nuestros agradecimientos). En otra ocasión les relato cómo organizamos aquí la ayuda, para repartir todo en forma justa.*

*Siempre pensamos en ustedes todos nosotros y les deseamos un tiempo de Adviento lleno de amor y gratitud.*

*Sus hermanas*

*Maruja, Myriam y Karoline*

A primera hora de la mañana, después del arresto «de mi gente», llamé por teléfono a la casa de nuestro amigo el coronel Brücher, el coronel que ya nos había ayudado tantas veces.

–Coronel, venga usted mismo donde nosotros. Mire cómo los niños quedan abandonados y padecen hambre.

En 1974 lo había invitado al campamento Angela Davis y él había ido. Así como vino ahora al jardín de infancia.

–Hermana, le voy a regalar chozas de madera. Los niños necesitan más lugar. ¿Y sabe qué? Desde hace casi un año están almacenados donde nosotros alimentos que antes habían llegado de la República Democrática Alemana. No deben echarse a perder, se los haré enviar.

Algunos días después circulaban camiones por nuestro poblado: descargaron tres, cuatro toneladas de valiosa carga. Empacados en cientos de paquetes de 10 kilos: arve-

jas, porotos, lentejas y garbanzos, todos ellos precocidos. Un kilo de éstos, disuelto en agua hirviendo, producía un guisado exquisito. Yo estaba asombrada: era totalmente del gusto chileno.

La noticia de eso había recorrido todas las chozas como un reguero de pólvora. La gente se reunió. Deliberamos del modo acostumbrado. Ahora teníamos alimentos para las familias de los parados. Para ellas la necesidad era especialmente grande. «¡Qué suerte!», pensé.

—Si podemos tener para comer, también trabajaremos, dijo uno de los padres.

—Hay que limpiar el hediondo canal de regadío que atraviesa el poblado —gritó otro.

Se agregaron algunas proposiciones importantes: el refuerzo de las calles contra inundaciones en invierno, el alejamiento de los basurales del barrio...

La gente hizo un plan de trabajo para dos meses y se repartían los alimentos entre los que realizaban el trabajo. Pero también se abasteció a mujeres que vivían solas y a los enfermos o inválidos. Con ayuda del coronel habíamos podido repetir tres veces esa acción.

Y justamente yo llamaba por teléfono a ese Coronel, ahora que temía por mis colaboradores arrestados:

—Coronel, nos están inculcando. El servicio secreto muestra planes en la televisión, y asegura que nosotros habíamos preparado un asalto a un cuartel de policía. Esos son planes para el nuevo pozo séptico del jardín de infancia Naciente. Pero en el fondo ellos quieren afectarme a mí.

—Hermana Carolina, quédese totalmente tranquila. Eso sólo puede ser un error. Yo conozco su trabajo. Quédese totalmente tranquila, pase por mi oficina, vamos a aclarar todo.

Fui donde él junto con Maruja. Y por primera vez en

los tres años que nos conocíamos, me hizo esperar. Con certeza una hora.

Cuando por fin vino, no estaba solo, sino acompañado de un oficial. De repente me gritó y se salió de sus casillas:

—¡Hermana Carolina! ¿Qué se cree usted? ¡Siempre viene hacia mí y se queja y se queja acerca de lo mal que le va a la gente aquí! —perdí el habla, mientras él continuaba—: Mejor váyase a su casa. En Alemania hay suficientes pobres que sacan su comida de los tarros basureros. ¡Ayúdelos a ellos!

Con un gesto dio a entender que debíamos irnos y nos dejó. Cuando estábamos juntas en la calle, yo todavía no podía pronunciar ninguna palabra. Mi voz simplemente se había ido.

Un tiempo después el coronel fue trasladado al rincón más alejado de Chile. Una vez me envió saludos y después no escuché nunca más algo de él hasta su muerte. El coronel Brücher pagó cara su humanidad y su solidaridad con los pobres.





# ***Los colores del sol. Vivir con los pobres***

EN EL CAMPAMENTO ANGELA DAVIS

De vuelta al turbulento año 1973. El año que me alejó de Chile en marzo y que me trajo de vuelta a Chile el 21 de diciembre, y en el que yo había soportado tantas luchas internas y externas, casi había llegado a su término. Después de haber celebrado juntos la fiesta de Navidad y fundado nuestra pequeña comunidad, yo quería retomar mi trabajo antes de fin de año. Las dos hermanas holandesas del convento de Steyl pudieron seguir viviendo en nuestra pequeña choza.

Después de Navidad fui donde el cardenal Raúl Silva para presentarme a trabajar. En el corto encuentro él vino contento hacia mí y me tomó las manos:

—Hermana Carolina. Qué bueno que usted está otra vez aquí y quiere trabajar en los barrios pobres; ¡la necesitamos!

—Por eso vengo, don Raúl. Estoy a disposición desde ahora mismo.

Lo que más me hubiera gustado naturalmente es que me hubiera enviado a Áreas Verdes. Ahí conocía a la gente. Yo solamente quería hacer más visitas en las casas y más asistencia individual. Tal vez tener tiempo a veces para tomar té con una familia y no siempre sólo para trabajar.

—La quiero enviar al campamento Angela Davis. Allí 1.700 familias han hecho una toma de terreno que fue legalizada antes del golpe militar. Tenemos que darles asistencia pastoral a esos pobres. A propósito, tu amigo monseñor Juan de Castro acaba de asumir la responsabilidad, como vicario episcopal, por la zona norte, donde está ubicado ese poblado, y será tu superior.

Yo conocía ese poblado, porque ahí vivía Sonia, una joven madre soltera de Áreas Verdes, que había participado en esa toma de terreno en 1972.

Antes de mi partida en marzo, ella nos había pedido ayuda y de hecho había puesto en marcha un pequeño jardín de infancia, con la ayuda del padre Luis y de Maruja.

Yo iba en camino a visitarla. Encontré 30 niños pequeños en un terrible estado de miseria y suciedad. Nuevamente veía vientres de hambre. Terribles enjambres de mosquitos atacaban a los niños. Y en las calles todavía muchos más niños descuidados. Ése fue desde ese mismo momento mi nuevo campo de trabajo.

Pero era completamente diferente que en mis comienzos en Áreas Verdes. Aunque la gente en ese tiempo había sido desconfiada conmigo, pronto pude, sin embargo, ganar su confianza. Pero aquí se percibían las consecuencias del golpe militar, y el miedo a la persecución flotaba en el aire. Las 10.000 personas que vivían en el campamento habían tenido que defender arduamente el pedacito de tierra que habían ocupado para no ser expulsadas. «¿Qué quiere

pues esa *gringa*, esa extranjera aquí? ¿Fue enviada por el servicio secreto y nos va a sondear?», pensaban algunos, como me contaron después.

Yo viajaba ahora diariamente desde el barrio oriental Las Condes a la zona norte de Santiago. Tenía que aceptar la desconfianza de la gente.

Fui donde los profesores alemanes:

—La choza en el campamento Angela Davis es demasiado chica para los muchos niños. ¿No podrían ustedes venir y ayudar a construir una más a continuación de ésta?

Lo hicieron.

Fui a la alcaldía de la zona norte y pregunté por los representantes del poblado. Quería pedirles autorización para cercar el pequeño pedazo de terreno. Los niños naturalmente siempre huían de nosotros. Ellos me asignaron la mitad del terreno, donde estaba el «jardín de infancia».

Sábado por la mañana. Yo había conseguido alambre. Junto con algunos padres y las mujeres que trabajaban en el jardín de infancia, queríamos separar ese terreno. Con la pala traté de poner postes en la tierra. Juan, el representante del poblado, frenó con su bicicleta al lado mío:

—Sabes hermana, cerca todo el terreno: eso es lo mejor que podría pasar —se bajó de la bicicleta—. ¿Cómo sería si tú vivieras aquí con nosotros? Entonces realmente experimentarías esto, nuestra vida.

—Vivir aquí es lo que más deseo.

—Sí, claro, ¿quién va a creer eso?

—Sí, yo quiero vivir entre ustedes.

—No te creo.

—Pero es así.

—Bueno, entonces podemos proporcionarte una casa.

—Eso es justamente lo que necesito ahora.

Orando yo ya había hablado todos los días con Dios acerca de cómo podría conseguir una casa, le había preguntado: «Jesús, ¿cómo puedo llegar aquí? ¿Cómo puedo vivir aquí? En realidad el hombre tiene que preocuparse por una casa, es decir, es tu turno».

El joven dijo:

–Tenemos una casa para ti.

–Ahora soy yo la que no cree. ¡Eso es una broma!

–Es cierto.

–Entonces muéstrame la casa.

–Bueno, ven conmigo.

Verdaderamente no le creía, hasta que estuve frente a una choza: tenía 18 metros cuadrados, faltaban las puertas, el techo era un cartón tieso, pintado con alquitrán. Así se veían todas las casas, y por todas partes faltaba algo. Salté de alegría: ¡Simplemente recibía una casa así, de regalo!

–Hermana, nosotros arreglaremos la casa para ti.

¡Yo era tan feliz! De inmediato tomé el bus para ir donde Maruja, para contarle mi suerte.

Cuando volví con Maruja y quise mostrarle la casa, constaté rápidamente que, con todo mi entusiasmo y alegría por el regalo, no me había fijado en absoluto en dónde se encontraba la casita. Era una de 1.700 chozas que se veían casi todas iguales. Por mucho que fui de un lado para otro con Maruja detrás, fue imposible encontrarla. Ella encontró muy divertido todo eso. No tuve más remedio que ir donde el dirigente del poblado, cuya casa yo conocía bien.

Juan se reía a carcajadas cuando estuve nuevamente delante de él:

–Por favor, no puedo encontrar la casa, ¿me llevas otra vez ahí?

Él vio que yo hablaba en serio. No había creído que volviera.

–Bien, si lo dices en serio, entonces hagámoslo en serio.

Él fue donde el alcalde.

–Necesito paredes de tabla para la hermana Carolina, no podemos permitir que la hermana viva en una casa medio abierta.

Fue increíble: le autorizaron las tablas y los hombres repararon la choza para mí. Ésta sería nuestra «casa matriz» durante 15 años.

Me hice rápidamente amiga del alcalde. Había sido puesto por los militares, por cierto, y él mismo era oficial en retiro, pero apreciaba mi trabajo en el barrio de los pobres y confiaba en mí.

–¿Qué piensa usted sobre los jóvenes dirigentes de las poblaciones? Me han contado que todos son comunistas. ¡Pero encuentro que son buenos muchachos!

Yo sabía entre tanto que todos ellos habían pertenecido antes a un partido de izquierda y que no habían renunciado a sus ideas. Para mí fue algo totalmente nuevo ver que padres de familia jóvenes intentaban arreglarse con la dictadura, y pese a eso se seguían comprometiendo y simplemente esperaban mejores tiempos.

–No, éstos no son comunistas. Y de hecho son buenos muchachos.

El alcalde era tan humanitario y tan dedicado a la gente, que desgraciadamente después de un año fue removido por la junta militar. Con el nuevo, la situación se puso mucho más difícil. Él mismo sufría con la presión que venía de los militares y la traspasaba al municipio.

El esperado momento llegó el 21 de mayo de 1974, el Día de la Marina, un día festivo en que los chilenos cele-

bran el Combate Naval de Iquique del 21 de mayo de 1879. En la guerra contra Perú y Bolivia por el norte de Chile, ese combate había sido decisivo para el triunfo chileno y le había significado a Chile la posesión de las valiosas minas de salitre, que habían sido explotadas sobre todo por firmas británicas y alemanas.

El día anterior yo había celebrado la Eucaristía con el padre Luis y Maruja y con las otras hermanas. En el camino hacia allí, me encontré con un conductor de camión.

—Hermana, venga, yo la llevo a la casa.

—¡Gracias, con mucho gusto!

En el camino conté:

—Me mudaré hoy.

—¿Ya sabe cómo transportar sus cosas?

—No.

—Yo lo hago por usted.

Esa persona, a la que jamás vi después, me vino realmente de maravilla.

Después de la misa cargamos mis cosas: una cama, algunos armarios, una gran cantidad de cajas y mi baúl de viaje. Y mi artículo de lujo: una pequeña cocina eléctrica que me habían regalado los profesores alemanes.

En algo no había pensado: al contrario que en las otras chozas, en la mía no había ningún retrete. Por eso fui donde la vecina y le pregunté si me autorizaba para usar el suyo. Me autorizó, y porque el retrete no tenía puerta, la vecina colgaba su delantal cuando yo venía. Yo tampoco tenía escoba, y ella me prestaba la suya.

Cuando todo estaba instalado, yo quería ofrecerle al amable camionero por lo menos una taza de té como agradecimiento. Un amigo me había ayudado a tomar corriente de las instalaciones de luz pública; por lo demás no ha-

bía electricidad en todo el poblado. Yo tenía dos bombillas y un enchufe en la casa.

Enchufé la cocina eléctrica y hubo una explosión; ¡y el poblado se quedó sin electricidad!

Le devolví de inmediato mi cocina eléctrica al hombre del camión para que la llevara de vuelta. Y fui nuevamente donde la vecina y le pedí un poco de agua caliente para hacer el té, al que ya había invitado a mis auxiliares. Después se fueron todos, sólo Maruja quiso quedarse conmigo la primera noche. No teníamos camas, por lo tanto nos acostamos a dormir en el suelo.

Desperté en medio de la noche. Había comenzado a llover y las paredes no eran impermeables. Todo estaba bajo el agua. Todos mis hermosos libros... yo había colgado mi ropa en la pared; justamente allí por donde ahora entraba la lluvia. Puse todo al otro lado, donde todavía estaba seco y me acosté nuevamente. Estaba completamente oscuro, qué otra cosa habría podido hacer...

Cuando desperté, con seguridad ya eran como las diez y Maruja se había ido hacía mucho rato. Ella tenía que estar a las seis en el jardín de infancia. Seguía lloviendo y yo no tenía la menor idea de cómo podría arreglármelas con el agua. Encontré una cinta adhesiva que había quedado de la instalación de la luz y traté de tapar las tablas por dentro. Pero poco después que yo las había recubierto un poco, la cinta se humedeció cada vez más y se salió. Así no resultaba. De pura desesperación y desamparo comencé a llorar.

De pronto escuché que lanzaban piedras contra mi puerta. Abrí la puerta de la casa y me encontré ante un pantano. La choza estaba justamente sobre un pastizal y éste se había convertido en un pantano durante la noche. A tres o cua-

tro metros de distancia, en el pequeño callejón, estaba una mujer y lanzaba piedras sobre el camino, para saltar sobre ellas y así llegar a mi puerta a través del lodo. Duró un poco hasta que hubo lanzado suficientes piedras grandes, pero después se balanceó por encima de las piedras con un pequeño jarro negro hacia mí. Me entregó el jarrito: había agua hirviendo adentro. La mujer se presentó:

–Yo soy María, y vi que ayer devolviste la cocina y en la tarde fuiste a buscar agua donde la vecina. Pensé que con la lluvia necesitas algo caliente.

Fueron por lo menos 10 años después que yo también pude ayudar a María. Cuando en 1986 construíamos la Villa Mercedes, ese poblado grande con el que llegamos al límite de nuestras fuerzas, ella no tenía donde vivir y se vino con su familia a una de las casitas de la villa. Todavía vive ahí en la actualidad, y su esposo tiene un pequeño negocio sobre ruedas y vende frutas y verduras a los vecinos de la población.

Pero el pequeño jarro negro, lleno de agua caliente, todavía lo tengo siempre en el corazón.

#### ADIÓS A LOS ESTUDIOS DE MEDICINA

Después de mi regreso definitivo desde Alemania, yo me sentía muy libre. Ahora podía decidir yo misma cómo quería formar mi futuro.

Eso también lo tuvo que aceptar el padre Luis. Sin preguntarme, me había inscrito en una universidad católica fuera de Santiago para estudiar Medicina. Me había conseguido una vivienda con sacerdotes amigos, personas muy amables, y esperaba que yo me fuera allí por tres años.



–Padre Luis, no haré eso. Es mi mayor deseo estudiar Medicina. Tú lo sabes, y te agradezco tu apoyo. Pero es más importante que yo permanezca leal al llamado de mi corazón. Estoy segura de que mi lugar está aquí entre la gente. Si ahora, justo cuando la junta militar ha llegado al poder, me voy de aquí, la gente perderá la confianza en mí. Si me voy por tres años a estudiar, después tendré que empezar otra vez desde el principio. No, voy a estudiar Medicina en Santiago.

Eso no era fácil de comprender para el padre Luis. Pero con nuestra Comunidad de Jesús queríamos fundar una comunidad fraternal. ¡No queríamos un director, un clérigo que tomara decisiones por nosotros! Queríamos buscar juntos la voluntad de Dios y luego tomar nuestras decisiones.

A principio de año me matriculé entonces en la Universidad de Santiago para estudiar Medicina. En febrero tenía una entrevista con el decano, para conversar sobre mis estudios. Yo esperaba que se reconociera una parte de mis estudios como enfermera universitaria.

Justamente quería ir a esa reunión, cuando llamaron a la puerta de mi casa:

–Hermana, por favor, ayúdeme. Me persiguen. ¡Por favor, necesito un escondite!

En mi corazón se desencadenó una breve lucha. Yo quería sin falta estudiar Medicina, para poder salvar vidas humanas. Ahora había una persona ante mí y me pedía que lo ayudara a salvar su vida. Pero si yo no iba a la universidad y cumplía con mi cita, se me pasaría el plazo para matricularme para este año. Yo lo sabía.

«Un año. Sólo por un año aplazas tus planes, Karoline –eso me lo prometí a mí misma–. Entonces estudias Medicina desde el próximo año.»

Así me animaba a mí misma y trataba de obtener un escondite para el joven cuya vida estaba efectivamente en peligro. Pasó el día, como también muchos más.

Transformamos nuestra choza en el Policlínico Comunidad de Jesús. La cama de mi cuarto era mi camilla para exámenes.

A primera hora ya se juntaba la gente delante de nuestra puerta. Yo atendía concentrada de 60 a 70 pacientes durante todo el día. Uno detrás del otro. Por la tarde a veces percibía que el sol penetraba en diagonal por entre las rendijas de la madera. Entonces corría rápidamente a la puerta y miraba la puesta de sol.

Las poblaciones vecinas también querían tener un policlínico así: cuando una religiosa o una enfermera estaban dispuestas a asumir el trabajo, entonces fundábamos un policlínico. En poco tiempo teníamos 10 enfermerías en la periferia norte de Santiago.

Pasó el año. Nuevamente llegó el día en que tenía que ir a matricularme. Y otra vez, por peticiones urgentes de personas que estaban realmente en peligro y en apuros, simplemente no tuve tiempo para ir allí. Esta vez postergué mi matrícula por tiempo indefinido, hasta el término de la dictadura. ¡Lo que yo no sabía era que con eso había decidido no estudiar Medicina!

Eso fue tal vez lo más grande a lo cual había renunciado por servir a la gente en forma concreta: jamás llegué a ser doctora.

## EL GRAN APURO

El verdadero gran apuro vino después con la crisis de mediados de 1974. Siempre había habido familias que estaban

en apuros y que tenían niños desnutridos. Eso era así, y la mayoría de las veces podíamos salvar a los niños. Pero de pronto, la gente llegó a tener menos de lo poco que tenía. Ahora, cada dos semanas yo tenía que sepultar una *guagua* [niño de teta] que había muerto por desnutrición. Antes había muerto a veces una guagua de pulmonía o por diarrea, pero solamente a veces. Ahora hasta los niños más grandes no tenían nada para comer, y también sus padres pasaban hambre. Comenzamos nuevamente a construir comedores, esta vez no sólo para los niños, sino para toda la familia. No pasó mucho tiempo, y ya teníamos 13 comedores.

Cada vez más papás venían hacia mí.

—Hermana, ya no puedo pagar la cuota para el jardín de infancia —cuánto pagaba cada uno lo habían decidido siempre los mismos padres.

—¿Qué ha pasado?

—Recibí el finiquito.

Otra vez alguien. Al principio yo ni siquiera conocía la palabra «finiquito». Era el despido del trabajo: los despedidos tenían que firmar de inmediato, recibían un resto del salario y tenían que irse. No había otro trabajo.

En el tiempo del gran aprieto, la miseria afectó también a familias que vivían fuera de los barrios pobres.

«Una gran parte de la clase media se alegró con el golpe militar, porque significaba la vuelta al orden, a la pulcritud de las costumbres, las faldas en las mujeres y el pelo corto en los hombres, pero pronto empezó a sufrir el tormento de los precios altos y la falta de trabajo. No alcanzaba el sueldo para comer. En todas las familias había alguien a quien lamentar y ya no pudieron decir, como al principio, que si estaba preso, muerto o exilado era porque se lo merecía. Tampoco pudieron seguir negando la tortura.

»Mientras florecían los negocios lujosos, las financieras milagrosas, los restaurantes exóticos y las casas importadoras, en las puertas de las fábricas hacían cola los parados esperando la oportunidad de emplearse por un jornal mínimo. La mano de obra descendió a niveles de esclavitud y los patrones pudieron, por primera vez desde hacía muchas décadas, despedir a los trabajadores a su antojo, sin pagarles indemnización, y meterlos presos a la menor protesta.» (ISABEL ALLENDE, *La casa de los espíritus*).

El alcalde que había sido tan humanitario había hecho una encuesta poco antes de que lo removieran: cerca del 60% de los padres de familia estaban en paro. Eso no lo habían publicado nunca: estar en paro era una vergüenza. De aquellos que conservaban el trabajo, se esperaba una absoluta lealtad frente al régimen. Pertenecer al sindicato era un pecado mortal: era ponerse de inmediato una soga al cuello.

Es difícil describir cuándo la miseria se generaliza de esa manera. A menudo eso me recordaba Alemania en la posguerra. Ahí mucha gente tampoco tenía nada pero sí conocimientos: sabían cómo virar la ropa, cómo preparar comida y conservarla, cómo volver a utilizar cosas. La gente de los barrios pobres no podía hacer todo eso; jamás lo habían aprendido... Yo me sentía infinitamente impotente. Por suerte, teníamos por lo menos los alimentos que el coronel Brücher nos había hecho llegar de los envíos de la RDA.

**PRISMA DE LOS ANDES:  
TRABAJAR CON LAS MUJERES**

Venían cada vez más mujeres donde nosotros y querían trabajar. Con el tiempo llegaron a ser como 120 mujeres las que estaban diariamente delante de la puerta. Junto con Elfriede, Regina y Brigitte, esposas de los profesores alemanes, comenzamos a abrir algunos pequeños talleres para mujeres. Hacíamos trabajos manuales: ropa de cama para los hospitales estatales, delantales escolares, ropa para bebés. Esas damas alemanas no se cansaban de conseguir trabajos de cualquier tipo para nosotras, pero al mismo tiempo aumentaba el número de mujeres, de manera que siempre teníamos que inventar más trabajo. Mi primo Juan, que vivía en el sur de Chile como padre capuchino, me regaló un camión lleno de lana: más de una tonelada de lana de oveja en bruto. Sin peinar, sin lavar. Eso lo hicimos nosotras después: la lavamos, la peinamos, y algunas mujeres mapuches, descendientes de los aborígenes chilenos, comenzaron a hilar esa lana. Después les enseñaron a las demás cómo se hace un huso, cómo se fija a éste un palo y una piedra, y se comienza a hilar. Fue un largo proceso hasta que las mujeres aprendieron que un ojal tiene que estar frente al botón, y por cierto justamente allí y no un poco al lado o en otra parte totalmente diferente. O que las mangas tienen que ser del mismo largo, para que podamos vender la chaqueta. Lo que producíamos, al principio no era del todo vendible... Muchas mujeres no habían tenido jamás en su vida en la mano una aguja para hacer punto, o una aguja para bordar, ni siquiera una máquina de coser.

Era una constante reflexión, a cuántas mujeres podíamos y debíamos pagarles: darles a todas la misma cantidad de dinero no era una solución. Una mujer con cuatro hijos simplemente necesitaba más que una con un solo hijo.

Nosotras mismas teníamos mucho que aprender.

Una de las esposas alemanas de los profesores, Brigitte Meier, formaba parte de las mujeres que llevaba más tiempo trabajando ahí. Tenía una paciencia infinita. Y tenía siempre mucha compasión con las mujeres. Por ejemplo, cuando en la ropa de cama colgaban hilos y las mujeres simplemente habían cortado los hilos pero no los habían cosido. No podíamos entregar la ropa de cama así.

—Pero a las mujeres les va tan mal, lo hago yo misma rápido —decía Brigitte Meier, y cosía enseguida los hilos. Cuando yo veía eso, hablaba con ella:

—Brigitte, así no resulta. Yo sé que las mujeres se molestan si les devuelves la ropa. Y naturalmente puedes hacerlo rápidamente tú misma, pero así las mujeres no aprenden nunca a entregar la ropa bajo su propia responsabilidad.

Pero también nos ayudaban mujeres chilenas. Un día vino Valentina con su amiga y ofreció ayuda.

—He recibido una herencia, yo era profesora universitaria. Ahora tengo tiempo y dinero, y me gustaría cooperar.

Valentina sabía algo de arte y tenía la idea que las mujeres produjeran algo especial: ellas debían acordarse de su propia tradición, de su propia cultura, y considerarla como su arte: sus colores, sus diseños, que ya conocían sus abuelas. La mayoría de nuestras mujeres ya habían nacido en la ciudad, pero sin embargo, todavía habían conocido algunos diseños mapuches o de otros pueblos indígenas del norte, como el aymará, el diaguita o el atacameño. Las mujeres comenzaron a pensar sobre eso. Algunas lloraban, algunas

tenían miedo de que se burlaran de ellas cuando mostraran diseños propios. Hasta ese momento habían tejido ropa de guagua, de color rosado, celeste y amarillo. Ahora comenzaban a tejer ropa original o a bordar tapices. También para sus hijos. Así como era antiguamente, o así como lo habían visto de sus madres. Para algunas eso era chocante. Pero Valentina no cedía: tenía una enorme fuerza creativa y sacaba de las mujeres lo que había en ellas; lo que muchas veces ni ellas mismas sabían.

Y aparte de eso, Valentina enseñaba acerca de los colores: hacía verdaderas clases sobre los colores. Yo pensaba: las mujeres saben tan poco, ¿cómo pueden entender que un rayo de luz se puede descomponer con el prisma? ¿Cómo se puede hablar con ellas de arco iris, o de colores primarios y secundarios? Pero me llevé una sorpresa: algunos años después yo venía con tres o cuatro mujeres bajando la colina, de regreso de días de recogimiento. Conversábamos y de pronto Matilde gritó:

—¡Miren! El cielo está de color turquesa, eso es puro oro, y el sol se quema.

Agitada, hizo que nos detuviéramos y juntas contemplamos los colores del sol de la tarde: las mujeres descubrían los diferentes tonos de azul y se alegraban de ese espectáculo de la naturaleza. Yo estaba infinitamente feliz en ese momento. *Esas* simplemente no eran las mismas mujeres que alguna vez habían estado delante de mi puerta. Junto con todo el sufrimiento que tenían que soportar, de pronto eran capaces de percibir algo diferente y de alegrarse de eso. Con los trabajos manuales ninguna de ellas se ha enriquecido, naturalmente. Y sin embargo, por su medio ha crecido en ellas algo que no se puede pagar con dinero.

NECESITAMOS LA PROTECCIÓN DE LA IGLESIA:  
LA FUNDACIÓN MISSIO

Nuestro trabajo creció. Y en la misma medida creció la presión que ejercía el régimen sobre nuestro trabajo. Todos nuestros diversos servicios que se habían originado entre 1970 y 1976 no pertenecían a ninguna institución, sino a la gente, al pueblo. Eran organizaciones de las comunidades de base cristianas y pertenecían a ellas mismas, por así decirlo. Pero dado que la persecución del régimen se hizo cada vez más intensa, nosotros sabíamos que un día disolverían todos nuestros servicios, justamente porque nosotros no teníamos personalidad jurídica.

Intentamos crear una asociación o una fundación civil. Pero con excepción de Paul Frings, que trabajaba para la ONU, todos nosotros teníamos que contar con estar en la «lista negra» de los militares. La mayoría de nosotros ya se encontraba en ésta, y quien no, después de formar una organización así, iría a parar de inmediato a esa lista como enemigo del régimen. Alguien del Ministerio de Justicia, que tenía buenas intenciones con nosotros, nos advirtió: nosotros cavábamos nuestra tumba de antemano.

No nos quedaba otra cosa que pedirle ayuda a la Iglesia. Nuestro obispo regional, Jorge Hourton, había asumido la función en la zona norte en 1975. Él conocía nuestro trabajo directamente y lo valoraba mucho. Por eso estuvo dispuesto a solicitar, con algunos de sus amigos, al cardenal de Santiago, la creación de una fundación eclesiástica. Al principio éste no estaba precisamente entusiasmado. Él tenía suficientes fundaciones y organizaciones, pero se dejó



convencer. En mayo de 1977 obtuvimos el reconocimiento eclesiástico como «Fundación Missio».

Para nosotros eso significaba institucionalizar todas las áreas de trabajo, lo que no era en absoluto muy simple: hasta ese momento el trabajo estaba bajo la propia dirección del grupo, Maruja era responsable por las guarderías infantiles, algunos colaboradores por los talleres de mujeres y de hombres, yo principalmente por el área de salud y por la coordinación de todos los servicios. Pero ahora era necesario que todos obtuvieran un contrato de trabajo. Eso era una gran protección: si ahora alguien era arrestado, podía decir: «Yo trabajo para la Iglesia». Esa situación era para nosotros una gran ayuda: con seguridad 40 o 50 veces, la Iglesia tuvo que intervenir entre 1977 y 1990 en situaciones difíciles. Siempre lo hizo y tomó muy en serio su deber de protección de sus colaboradores. En los colaboradores, a su vez, eso liberó mucha confianza y fuerza: fuerza para seguir trabajando, pese a la permanente presión política, que con el tiempo desgastaba tanto.

Al principio, en los primeros años, trabajaba con nosotros una gran cantidad de estudiantes universitarios. Pero después era mal visto en las universidades trabajar en un barrio pobre, y llegaron a ser cada vez menos. Algunos ocultaban su servicio, algunos incluso de su propia familia.

Pero como fundación también podíamos recibir ayuda de Europa: de instituciones benéficas alemanas como Adveniat, Misereor, Brot für die Welt, EZE, Diakonisches Werk, Kindernothilfe y muchas más, pero también de Niños de Chile, de Luxemburgo y del Círculo Suizo de Amigos. Era una maravillosa experiencia sentir la solidaridad de la gente de Europa. En ese tiempo casi nunca nos faltaban los medios que necesitábamos para efectuar nuestros servicios.

Por lo menos una vez al año yo trataba de escribirles a los amigos de Europa e informarles del trabajo concreto y del crecimiento de cada servicio de la fundación:

*Santiago, Pentecostés 1979*

*¡Queridos amigos nuestros!*

*A menudo pensamos en ustedes y no ha faltado la buena intención de escribirles, para agradecerles nuevamente por la mucha ayuda que hemos recibido en forma de paquetes con ropa y medicamentos, donaciones, sacrificios y oraciones. ¡Cómo me gustaría estrecharle la mano a cada uno de ustedes! Y cuánto más hermoso sería, si ustedes pudieran ver alguna vez la sonrisa en la cara de una madre que todavía tiene las huellas de las lágrimas: ella no puede hacerse a la idea de que de pronto tiene en la mano el medicamento tremendamente caro para su hijo enfermo.*

*Desde hace algunas semanas experimentamos nuevamente toda la inhumanidad del barrio pobre: frío y enfermedades de todo tipo, durante días no tenemos agua, luego se corta la electricidad y muchas veces ocurren ambas cosas a la vez. Gracias a Dios, cuando alguien todavía tiene un poco de dinero para comprar parafina para calentarse, aunque solamente alcance para un litro. Se extiende la desesperanza. La aglomeración de gente que golpea en nuestra choza es abrumadora. Que Dios nos ayude a que siempre podamos tener un poco de esperanza y ayuda. Este año experimento Pentecostés en la señal de la muerte y de la resurrección, de la desesperación y del amor. En la noche del miércoles nos llamaron para que fuéramos donde un difunto: Juan, 30 años de edad, padre de cuatro hijos, todos enfermos de tuberculosis. La choza no tiene puerta, sólo un orificio abierto. Hay apenas unas pocas sillas tambaleantes. Por todas partes está sucio. El difunto*

está en el centro del cuarto, en la humilde camilla que han proporcionado los vecinos, a su alrededor hay niños llorando, la esposa llorando, hombres borrachos con pantalones rotos. Como veinte mujeres se calientan en una pequeña fogata detrás de la choza. Los vecinos traen ramas de pino y reinas Margaritas marchitas y las trenzan formando un corazón grande con una cruz adentro. Algunos niños fabrican flores de papel para envolver. Alguien hace una pequeña corona de flores de papel blancas y rojas, que nosotros colgamos sobre la cruz que nos prestaron, que está detrás del difunto. Las flores, el amor, cambian el lugar. Leemos el mensaje de Dios, el relato de la resurrección de Lázaro: la vida no termina con la muerte. Cristo, nuestro hermano, se ha ido antes que nosotros: a través de la muerte a una nueva vida, sin fin, sin miseria ni hambre. A esa gente del barrio pobre le resulta difícil creer en resurrección... A ellos les falta el que alimenta a la familia. Cuentan que Juan trabajó duro desde niño como jornalero en el mercado, para alimentar a sus hermanos menores. A los veinte años comenzó a beber «para calentar el cuerpo». Después conoció a su esposa. Junto con otros fundó el club de fútbol «Los Amigos de Siempre». Todos lo querían. Nadie puede comprender que él ya no estará más allí. Los vecinos relatan que él los despertaba cada mañana a las cinco y media, con un alegre «¡Vamos, muchachos, al trabajo!» (porque en el poblado no hay ningún despertador). De pronto uno dice: «Sí, Juan solamente se ha ido antes que nosotros». Silencio, después agradecemos a Dios por todo lo bueno que nos mostró en Juan y cantamos hasta tarde, después de la medianoche.

Queridos amigos, tal como les conté en mi última carta, este año nuestro trabajo está marcado por búsquedas y luchas para mejorar nuestra tarea de educación en los barrios pobres. Se trata de una educación que libera, que hace más consciente

*a la persona y que la coge en su totalidad. Las personas en apuros deben llegar a ser capaces de contribuir a un cambio estructural de nuestra sociedad en el sentido del Reino de Dios. Junto con los hermanos de la Iglesia evangélica luterana hemos encontrado un camino: en marzo fundamos un instituto de educación popular, que les da a todos nuestros colaboradores la posibilidad para perfeccionarse, para terminar el 8º año básico, como también para asistir a cursos de educación de párvulos, de educación o de economía del hogar, que son dirigidos por especialistas.*

*Los padres de nuestros niños tampoco quieren quedarse atrás, también piden más educación. De ese modo, hemos comenzado una «escuela para padres». Una vez al mes se reúnen los padres en grupos y discuten un tema, como por ejemplo, «Influencias externas en el desarrollo de nuestros hijos», «Castigar, ¿pero cómo?», etc.*

*Por lo demás, los padres siguen ayudando en el mantenimiento de las guarderías infantiles y los hogares. Con la creación de los talleres para los que terminan la escuela, todavía no hemos avanzado mucho. Todavía falta todo el equipamiento para eso, y por otro lado tampoco encontramos maestros que pudieran hacerse cargo de las clases. Hasta ahora solamente hemos logrado instalar dos salas más grandes con algunas herramientas, que de ningún modo alcanzan para un grupo de jóvenes. Pero no perdemos la esperanza, porque esto tiene que ver con un mejor futuro para nuestra gente en el país.*

*Queridos amigos, si alguien desea saber más acerca de nuestro trabajo, de nuestro campo de acción y de los diversos proyectos, escribannos, por favor. Tenemos varios informes a disposición.*

*Una y otra vez nuestros niños, vecinos y amigos nos piden que les enviemos muchos saludos a ustedes, los «amigos alema-*

*nes», y que les agradezcamos por todo.*

*También nosotros les agradecemos y los saludamos de todo corazón.*

*Vuestra hermana Karoline y Comunidad de Jesús*

La Fundación Missio creció y se transformó en una gran institución benéfica ecuménica. Todos estos años –desde 1977 hasta 1988– tuve la satisfacción de trabajar junto con el obispo Jorge Hourton. Él era el presidente, yo la administradora de la fundación. Pudimos construir muchas cosas. La gente podía aprender a organizarse por sí misma y a seguir desarrollándose, siempre bajo el amparo de la Fundación. Un ejemplo: en diferentes grupos de trabajo nos dedicábamos a deliberar sobre resistencia pacífica, Ghandi y Martin Luther King; pero había también muchos comedores o campañas de alfabetización. Al final del período habíamos creado 10 guarderías infantiles alrededor de la ciudad y 10 policlínicos en la zona norte de Santiago. Alrededor de 600 mujeres trabajaban en 36 grupos en diferentes lugares de Santiago. Había un instituto de educación popular, una biblioteca, los primeros grupos de preparación artesanal juvenil. En 1985 habíamos comenzado la construcción de un poblado para 174 familias sin casa. En su apogeo, trabajaban en la fundación 250 empleados de planta y 80 voluntarios.

Y sin embargo, la fundación llegó a ser mi experiencia más amarga hasta ese momento, todavía antes del término de la dictadura. Una experiencia de fracaso, de retroceso. Por primera vez no había consenso. El conflicto quedó sin solucionar, dividió a nuestros colaboradores y se transformó en un gigantesco remolino, en el que cayeron en igual medida amigos chilenos como alemanes.

CUANDO EL AMOR CASI LLEGÓ A SU LÍMITE

Hoy no iniciaría del mismo modo un proyecto como éste. Nunca, nunca más reuniría solamente familias que desde hace años o decenios sólo están acostumbradas a la lucha callejera por la supervivencia: que vienen de la miseria y solamente conocen la miseria. Personas que han vivido tanto en el lado de la sombra, que es imposible que cualquier forma de comunidad, de solidaridad, de vida en común, perdure por años. Había robos, peleas, alcoholismo y violencia entre ellos. Actualmente yo trataría de integrar las familias en barrios residenciales ya existentes. Pero en aquel entonces me faltaba conocer en la práctica cómo esas personas podrían vivir en comunidad. Ningún proyecto me ha costado tanta energía.

En ese tiempo construimos el poblado Villa Mercedes en la comuna de Renca, en el noroeste de Santiago.

*Santiago, Pentecostés, después del terremoto,  
marzo de 1985*

*... Pero para la mayoría de nosotros  
brotan de los remezones  
de un terremoto  
nuevas fuentes de vida...*

AGNES SMEDLEY

*Queridos amigos nuestros:*

*Todos ustedes han escuchado de los impactos de los meses anteriores: nuevamente esto ha afectado ante todo a los pobres,*

*a aquellas familias obreras que con un esfuerzo de años se habían construido una casita de adobe o de ladrillos —la mayoría de las veces sin la asistencia de un constructor—, al borde de la ciudad o en el campo. En cinco minutos yacían sus indescribibles víctimas como bombardeadas en el suelo.*

*El terremoto me ha hecho tener presente cuán pequeños somos nosotros, los seres humanos, ante ese enorme e incontrolable poder de la naturaleza. Mi preocupación fue primero tranquilizar a las madres que gritaban de terror en el vecindario, con sus hijos tomados de sus faldas. Luego me llamaron para que fuera donde los enfermos del corazón y los desmayados. Después fui triste con un padre borracho al lugar del accidente, después de que habían sacado a su bebé de debajo de una muralla de ladrillos que se había caído, mientras él había pasado el terremoto durmiendo en una cantina [...] Me ha conmovido profundamente cuán rápida y despreocupadamente los no afectados han retomado la rutina diaria apenas una semana después, mientras muchas familias todavía vivían en carpas en la calle. [...] Los precios de los materiales de construcción ascendieron al doble en 14 días. Pronto los afectados tuvieron en claro que su desgracia se consideraba un asunto privado, que cada cual tenía que solucionar por su cuenta [...].*

*Queridos amigos, la semana pasada una familia chilena nos regaló un terreno, para construir «casas propias» para 200 familias de nuestro barrio pobre que no tienen donde vivir [...].*

El terremoto aceleró los planes de nuestra amiga Mercedes Echeñique. Hacía tiempo ella quería regalarnos un terreno, para que pudiéramos construir un poblado allí. Cuando el terremoto agudizó el sufrimiento de los pobres con los que

vivíamos, Mercedes Echeñique –o tía Pin, como la llamaba la gente– duplicó sus esfuerzos para encontrar un terreno adecuado para nosotros.

Yo conocí a la tía Pin en 1975. Es decir: yo ya me había encontrado con Mercedes Echeñique de Larraín en 1972, cuando ella con su hija nos traía alimentos en medio del período de Allende. Su hija trabajó después voluntariamente durante un año junto con Maruja. Pero yo ya no me acordaba de ella, cuando en 1975 escuché de ella por dos lados. Mi obispo, Jorge Hourton, me la mencionó. Mercedes Echeñique había comenzado a trabajar en los barrios pobres junto con el obispo, pero ella no tenía ninguna posición adecuada desde la que pudiera intervenir. Al mismo tiempo recibí una carta de Alemania, de la familia de profesores Knoll, de Gotinga, que me pedía tomar contacto con Mercedes. Yo no creo en casualidades, sino en aciertos del destino, y el encuentro con ella era definitivamente una acierto del destino.

La gente de los barrios pobres era tremendamente desconfiada con respecto a ella: Mercedes Echeñique pertenecía a la antigua aristocracia chilena. La gente suponía que sus intenciones políticas eran naturalmente intenciones políticas de derecha. ¿Qué motivos podría tener una dama así para venir donde ellos? ¿Agasjarlos para ganarlos para el régimen? La tía Pin percibía la cautela de la gente, pero no dejaba que eso le impidiera atender 25 comedores en los tiempos del hambre general. Cada comedor abastecía de 60 a 100 familias. No sé cuántas toneladas de alimento llevaba ella día a día en su pequeño auto Mini GM a los barrios pobres. La tía Pin fue para mí, hasta su muerte, hermana y compañera de la vida en el servicio a los pobres. La educación y la riqueza no eran para ella un privilegio,



sino una obligación. «Nobleza obliga»: ella nunca lo decía, por cierto, pero actuaba de acuerdo con eso. Se veía como puente entre los dos mundos de Chile, el de los pobres y el de los ricos. El primer y el tercer mundo estaban tan inconcebiblemente cerca uno del otro, y el primer mundo era tan insensible frente a la miseria y a la represión de los otros.

Ya llevábamos 11 años trabajando juntas, cuando ella nos regaló el terreno de 3,6 hectáreas en Renca. Durante muchos años la tía Pin tenía la intención de no hacer fluir en alimentos y en salarios para los parados una parte de su fortuna que compartía con los pobres, sino invertirla en forma duradera para gente sin casa: darles un techo protector sobre la cabeza, que ya nadie pudiera quitarles.

A decir verdad, los otros colaboradores de la Fundación Missio no estábamos entusiasmados del todo con la idea de Mercedes. Ya había muchos otros proyectos que requerían de nuestra fuerza. ¡Y nosotros no teníamos en absoluto experiencia en el área de construcción de viviendas sociales! Pero Mercedes puso tanto empeño en la búsqueda de un terreno y estaba tan entusiasmada con su idea, que nosotros simplemente tuvimos que seguirla en esa aventura.

Ya teníamos el terreno. ¿Y ahora qué? ¿De dónde sacar dinero para la construcción? ¿Qué familias elegir y según qué criterios? Una enorme montaña de trabajo y de asuntos sin resolver se acumulaba ante nosotros:

*Pentecostés 1986*

*Queridos amigos,*

*[...] para el nuevo proyecto no había ni un centavo. Entonces sucedió milagrosamente que el gobierno federal de Alemania ofreció, a través de Reinhard von Brunn, de la GTZ,*

*ayuda para catástrofes después del terremoto: teníamos un terreno y el plan de construcción de 174 casitas de ladrillos, que en su primera fase eran de 21 metros cuadrados. Después de exhaustivas negociaciones, la GTZ autorizó 511.000 marcos para el financiamiento de la construcción de la primera fase de las 174 casitas.*

*Ahora todavía nos faltaba el dinero para instalar canalización, agua potable, electricidad y calles, lo cual costaría por lo menos lo mismo o más.*

*Entonces vino en ayuda nuestra el grupo de contacto y el círculo de amigos de Helga Ferber y de la ciudad de Warstein. Pero para no quedar estancados con nuestro proyecto, le pedimos, además, a Misereor, un crédito sin intereses de 200.000 marcos a cinco años, que nos fue concedido. De ese modo, la parte financiera se juntó como una cadena de solidaridad, no sin momentos críticos, donde todo parecía imposible, especialmente las negociaciones con las firmas constructoras, que consideraban mal financiado nuestro proyecto y no aceptable nuestra oferta de precios. [...]*

*Entre tanto se habían inscrito más de 400 familias sin casa, con el equipo que habíamos designado con ese propósito. Cada familia fue visitada en el lugar donde vivía en ese momento, donde por medio de una conversación exhaustiva y de un cuestionario detallado, queríamos obtener una imagen lo más clara posible sobre su situación. Pero antes habíamos establecido cuatro criterios para la elección de aquellas familias que debían ser beneficiadas:*

- Familias cuyo escaso ingreso probablemente no les dé jamás la oportunidad de vivir bajo un techo propio.*
- Número de hijos menores de 18 años.*
- Disposición para la organización, la colaboración en la construcción y la participación voluntaria en servicio*

*comunitario.*

*– Disposición para ahorrar, para pagar a plazo una parte de la casa.*

Hacíamos esas entrevistas muy minuciosamente y dábamos puntuaciones. «¡A mí me interesan realmente los más pobres de todos, las personas que jamás podrían conseguir un techo sobre la cabeza por cuenta propia!», nos había dicho Mercedes una y otra vez. Naturalmente queríamos respetar a toda costa su deseo. Era una labor terrible. Lo sentíamos en el alma cuando hacíamos la selección: unos, los que aceptábamos, lloraban lágrimas de felicidad, los otros lloraban de desilusión y dolor. Nosotros tratábamos de compartir esa desilusión con los rechazados y hacíamos una lista de espera, en caso de que una de las familias favorecidas se retirara. Más no podíamos hacer.

Nuestro sueño era una gran comunidad con características de pueblo. Por eso nuestro amigo y miembro de la junta de Missio, Mario Pérez de Arce, un arquitecto chileno, diseñó un proyecto al estilo de un pueblo para el terreno de Mercedes. Las casas debían estar puestas como en un pueblo, cuyos habitantes se mantuvieran unidos: estaban previstos una plaza, una capilla, una guardería infantil y talleres. La Villa Mercedes estaba en ese entonces directamente en el borde de Santiago: por detrás había grandes propiedades, una espléndida avenida de árboles, con plataneros y campos, y delante estaba ese pueblo, ese poblado.

Pero nuestro sueño fracasó rápidamente: sólo pocas personas se ayudaban mutuamente. Pronto hubo gente joven que les robaban a los vecinos, y enfrentamientos violentos entre alcohólicos. Para mí y para los colaboradores eso sig-

nificaba atender cada una de las familias en forma particular e intensa. Había muchos momentos en que yo no sabía si no me arrepentiría de esa aventura.

—No, Marcos. La casa no es regalada. Si quieren ser propietarios de la casa, tienen que juntar su parte.

Una vez más —¿cuántas veces ya eran en realidad?— yo luchaba en la reunión de la cooperativa de los pobladores que habíamos fundado, contra la posición de que las casas del poblado eran simplemente un regalo.

—Lo he dicho ya muchas veces y permanece así. Aunque la tía Pin nos haya regalado el terreno, aunque nuestros amigos alemanes nos ayuden, propietario de una casa lo es solamente quien esté dispuesto a reunir la parte del dinero que le corresponde. Ustedes saben que hemos pedido un crédito en Alemania. Incluso aunque yo quisiera, no podríamos regalarles todo. Tenemos que devolver el dinero y cada uno de ustedes tiene que pagar su cuota cada mes.

—No me diga, hermana. Ustedes hacen negocio con nosotros. Ustedes han recibido los dineros de la «solidaridad internacional» y ahora también quieren tener dinero de nosotros. Nuevamente sólo seremos explotados.

No era así: pero casi no había pobladores a quienes se les pudiera hacer entender eso.

Misereor nos había hecho un préstamo sin intereses a cinco años. *Teníamos* que devolver el dinero. Habíamos fundado los talleres para que la gente pudiera ganar algo de dinero, para que pudiera pagar a plazo sus casitas. Algunas personas efectivamente ahorraron ese dinero en los años en que realizamos la construcción, pero eran la minoría.

Cuántas veces oré en ese tiempo: «Dios, lo hemos hecho por amor y no *quiero* apartarme de ese amor. Quiero seguir queriendo a la gente, aunque ésta se comporte como

pequeños niños malos desagradecidos, que se golpean la cabeza y cada vez causan más problemas». Jamás he querido considerar a otras personas como niños, ya que eso significaría que ellos verían en mí la madre todopoderosa, la madre autoritaria, que de todos modos siempre tiene la razón. No, yo siempre he querido que la base de nuestro trabajo sea la hermandad. Yo quería que viviéramos y trabajáramos juntos, de modo que fuéramos compañeros. Quería que todos se sintieran bien, tomados en serio, y de igual a igual. Eso quiero todavía actualmente con nuestro trabajo: que nos empeñemos juntos por una buena vida. Eso significa para mí construir el Reino de Dios sobre la Tierra: éste es el Reino de los seres humanos, en el que las personas pueden apoyarse sobre sus pies, levantarse y caminar. Por sí solas.

Naturalmente sé que sobre una religiosa la gente siempre proyecta muchas cosas: ante todo, propiedad, riqueza y poder. Y naturalmente tengo más responsabilidad, tal vez más conocimientos y también más influencia. Eso no quiero, no puedo y no debo negarlo. Pero mi satisfacción es ver cómo las personas se hacen cargo por sí mismas de su vida. Eso es posible solamente si no siguen dependiendo de limosnas y apoyo, porque en ese caso caminan artificialmente con muletas. No deben seguir dependiendo de la bondad y de las buenas intenciones de los demás, sino que tienen que llegar a ser responsables por sí mismos. Ésa es la condición previa para la igualdad.

Reiteradamente vuelvo a tener claridad de que los colaboradores, el arquitecto, el constructor, el abogado, trabajan en nuestro proyecto de pueblo sin recibir remuneración, para entregarle amor a la gente, para demostrar que en realidad existe algo así como el amor. «Señor, ayúdame

a tener paciencia. Ayúdame a aguantar hasta que hayamos terminado y algo bueno crezca de esto.» Tuve que esforzarme mucho para no arrepentirme de todo y sobre todo para no amargarme. Ese proyecto era demasiado para mi fuerza interior y yo estaba en el límite de mi capacidad para amar.

Duró años hasta que la gente se sintiera como en su casa. Hasta que comenzara a tener un mejor trato mutuo, hasta que existieran los primeros grupos de alcohólicos anónimos, hasta que los pobladores se organizaran y se originaran, todavía vacilantes, los Primeros Auxilios para el vecindario.

Hoy, casi 20 años después, ya ha crecido una generación de niños que nacieron en el poblado, que no tuvo que conocer la vida sin un lugar donde vivir. Para muchos de esa generación, la Villa Mercedes se ha convertido en su hogar. Esa nueva generación comprende que el poblado es un bien que hay que proteger y conservar. Actualmente hay instituciones comunitarias, un jardín de infancia y un pequeño policlínico.

# **Buscábamos la vida misma**

PERSECUCIÓN, REPRESIÓN Y HAMBRE:  
NINGÚN FINAL A LA VISTA

*Adviento, 1986*  
*El pueblo, que actúa en la oscuridad*  
*y en las sombras de la muerte,*  
*ve una gran luz:*  
*nos ha nacido un niño...*  
*la soberanía está sobre sus hombros.*  
ISAÍAS 9, 1-6

*Queridos amigos nuestros,*

*Mientras en la población se siente más tranquilidad después de una terrible noche de protestas y solamente se oyen disparos aislados, yo reflexiono qué significa el Mensaje de la Nochebuena para nuestra gente del barrio pobre, en una época en que su vida, su futuro, ha llegado a carecer cada vez más de perspectivas: todas sus protestas pacíficas solamente han costado vidas humanas. Hoy ha habido nuevamente tres muertos y muchos heridos, también entre nosotros. Su grito por pan,*

*trabajo, justicia y libertad, al parecer se quiere reprimir definitivamente.*

*Las caras de las madres y de los padres de nuestras guarderías infantiles surgen ante mí y con ellas la procesión de sufrimiento y miseria que en los días anteriores me habían revelado. A su pregunta, por qué justamente sus inocentes hijos tienen que padecer tanto, por qué Dios permite esa terrible miseria, por qué solamente a ellos los castiga así, muchas veces no encuentro respuesta. Sólo puedo decir con seguridad que ellos no deben considerar su miseria como castigo de Dios. [...].*

El régimen de terror de la junta militar ya dura ahora más de 13 años y se hace cada vez más difícil no desanimarse. Una y otra vez tenemos que encontrar nuevos caminos para preocuparnos unos de otros, y la fuerza para continuar. Y yo también tengo que mirar de nuevo con exactitud una y otra vez.

La señora Isabel me habla incesantemente. Celebramos el aniversario de la guardería infantil *Cristo joven*. Yo sólo escucho de mala gana. Prefiero mucho más seguir la celebración. Pero de pronto aparecen simultáneamente ante mis ojos interiores dos imágenes: el niño en Belén y el crucificado. Involuntariamente miro nuevamente. Y esta vez veo la cara hinchada, cubierta de abscesos de la señora Isabel. Una pálida carita de niño se arrima cariñosamente a su cabeza:

—Madre, no quiero dinero. Sólo quiero saber: ¿Me ha abandonado Dios? —la escucho preguntar desesperadamente en ese momento.

Profundamente avergonzada la escucho ahora atentamente.



—Enzo, mi pequeño, fue mordido hace un año por una araña venenosa. Ahora tiene leucemia. Por eso ya no puede ir al jardín de infancia.

La señora Isabel relata también de su esposo, que es alcohólico y que hace algunos años la abandonó a ella y a los tres hijos.

—Desde entonces yo he ganado el dinero para mí y los niños. Ahora Enzo está tan enfermo, que yo tengo que quedarme en la casa. Ya he vendido todo nuestro menaje. Ahora me quedan solamente una cama, vajilla y un hervidor.

Había llegado el momento en que Isabel ya no podía pagar las cuentas por los tratamientos mensuales de Enzo en el hospital. Además, Marcelo, su segundo hijo, de diez años, yacía en el hospital con una hepatitis severa. Había llegado tan al límite de sus fuerzas, que trató de suicidarse. Ahora a Isabel se le ha enrojecido la cara con un color rojo oscuro, tanto se avergüenza. Lágrimas ardientes de nosotras dos caen sobre nuestras manos:

—Que Dios perdone mi cobardía, madre.

—Isabel, tú ahora necesitas fuerza. ¿Sabes?, en la Biblia dice: «Sigue luchando, aunque no haya esperanza ni fe». (Romanos 4,18).

Y yo sé que Isabel no debe estar sola en su lucha por la vida. Todos nosotros somos llamados a interceder por la vida con toda nuestra fuerza y con todo nuestro corazón.

Después de la celebración hablo con los colaboradores de la guardería infantil. Y pronto veo que ellos se preocupan por la señora Isabel, con ayuda del Consejo de Padres. Isabel ya no está sola, en la solidaridad de los demás puede experimentar el amor de Dios.

*¡He visto la represión de mi pueblo y he escuchado su grito; ahora vengo a liberarlo de su sufrimiento! Habla Dios, el Señor. (Éxodo 3,7-8).*

*Santiago, Adviento 1987*

*Queridos amigos nuestros,*

*Esa palabra de Dios es en este año el lema para la celebración del nacimiento de Jesús. Expresa toda la miseria de nuestro pueblo, pero también toda su esperanza en el Redentor, que ahora necesitamos con urgencia para que venga a liberarnos. Lo esperamos a Él sin espada, fusil o camión militar, que en el último decenio han llegado a ser para nosotros símbolos de la muerte y que permanentemente amenazan a nuestro pobre pueblo. En realidad jamás se sabe cuándo caen sobre nosotros. A veces, por poco tiempo todo parece estar tranquilo y pacífico, y luego se levantan de pronto tormentas inimaginables, como ocurrió a principios de octubre:*

*Nosotros habíamos justamente terminado la misa matutina en nuestra casa, cuando alguien entró por la puerta gritando: «¡Vienen los milicos y cercan nuestro poblado!». Yo incité a la tranquilidad y a la serenidad, desayuné y fui a la capilla, donde desde septiembre nos reunimos con la gente del barrio pobre que participa en la «misión» cada mañana a las nueve, y donde juntos aprendemos a conocer el Evangelio y reflexionamos acerca de lo que Jesús quiere decirnos hoy, porque su mensaje es la realidad en la que vivimos. Apenas habíamos comenzado con la conversación sobre el Evangelio, cuando me vinieron a buscar urgentemente para ayudar a la gente que entre tanto había sido arrestada por los militares. Mientras yo negociaba con el militar superior respecto a un arrestado que*

*pertenecía a la comunidad cristiana, pude observar que las chozas de muchas familias eran registradas. A la pregunta por el motivo de esa redada, se me respondió solamente con enco-gimientos de hombros. Alguien me susurró en secreto: «¡Madre, apúrate, tú también tienes visita en tu casa!». Los cuatro hom-bres del servicio secreto y de la policía ya se habían ido cuando yo llegué a mi casa. En una revisión de la casa de tres cuartos de hora, no habían encontrado nada y solamente habían de-jado un gran desorden.*

*Una experiencia positiva fue, en cambio, que al cabo de una hora llegó donde nosotros el cónsul alemán Dieter Haller, lo que corrió como un reguero de pólvora por el barrio pobre y alentó a la gente. El susto y la humillación, sin embargo, permanecieron durante semanas, especialmente en los niños y jóvenes.*

Nosotros vivíamos en constante amenaza, con nuevas hu-millaciones cada vez.

No preguntábamos cómo podríamos darle un sentido a la vida; nosotros buscábamos la vida misma. De esa búsque-da nos surgieron grandes tareas. Porque mientras nos pa-teaban, nos explotaban y nos perseguían, nosotros tratába-mos de respetar, cuidar, proteger y amar la vida. Compartir la vida y entregar vida. Para nosotros se trataba siempre de *más* vida, de una vida plena, como nos la había prome-tido Jesús. Tratábamos de mirar a fondo todas las cosas: la teología, las ciencias, la tecnología, la política y los sis-temas económicos. Les buscábamos su contribución a la vida, la corriente vital que siempre fluye por donde actúa el espíritu vivo de Dios. Así aprendíamos a renunciar a co-sas grandiosas, a planes audaces y a sueños halagadores, si éstos no apuntaban a entregarle a la comunidad de los se-

res humanos una mayor abundancia de vida verdadera. Al mismo tiempo sentíamos que nosotros también éramos en parte responsables por toda la creación. Eso demandaba de nosotros: vivir conscientes.

Para mí, de esa vida consciente formaba parte no solamente proteger del régimen a las personas, es decir, reaccionar ante el régimen, sino también participar yo misma en acciones contra los militares y su terror.

RESISTENCIA EN LA CLANDESTINIDAD:  
EL MOVIMIENTO SEBASTIÁN ACEVEDO

El movimiento al que me uní era un movimiento ecuménico. Al obispo eso no le gustaba mucho porque no quería que me pusiera en peligro: se trataba de un movimiento cuyos miembros eran arrestados a menudo.

—Tú eres necesaria en la fundación, Karoline, no podemos prescindir de ti.

—Te prometo que cuidaré de que no me arresten —siempre he logrado escapar. Claro que a veces ha sido por muy poco.

Le habíamos dado nombre al movimiento por Sebastián Acevedo, un obrero de la pequeña ciudad de Coronel, cerca de Concepción. De la noche a la mañana, sus dos hijos, un hijo y una hija, ambos estudiantes universitarios, habían sido secuestrados por el servicio secreto. Nadie sabía dónde estaban detenidos. Pero todos tenían en claro que se encontraban en peligro de muerte. Acevedo estaba desesperado: nadie podía ayudarlo a encontrar a sus hijos, se dirigiera a quien se dirigiera. Tampoco la Iglesia podía. Ésta trató de hacerlo infructuosamente. Acevedo hacía todo lo que estaba a su alcan-

ce por llamar la atención públicamente de la desaparición de sus hijos. Él tenía un miedo justificado: si sus hijos habían desaparecido sin dejar rastro, era porque se encontraban en el mayor de los aprietos, corriendo el riesgo de ser torturados y asesinados. Y ese destino, con cada hora en que Acevedo no encontraba a sus hijos, se hacía cada vez más posible.

En su desesperación, Sebastián Acevedo anunció finalmente que se quemaría públicamente frente a la catedral de Concepción, a una hora fijada con anterioridad. Cuando con esa amenaza siguió sin conseguir nada, la hizo efectiva: en la escalinata de la catedral, en medio de la ciudad, a plena luz del día, se roció con gasolina y se prendió fuego.

Esa noticia recorrió todo Chile. Era la acción de una sola persona, pero indujo a muchísimas personas en Chile a reflexionar: ése no estaba loco, no era un idiota. Era un padre que se sacrificó por sus hijos. Naturalmente él fue desacreditado por la prensa de derechas, la prensa de la dictadura, y lo calificaron de loco. Pero ese acto de autosacrificio también conmovió a la Iglesia de Concepción. La Iglesia en Santiago estaba mucho más comprometida; en algunas provincias era completamente diferente. Cuánto interviniera una diócesis contra Pinochet y el régimen, siempre dependía del grado de simpatía que sentía por Pinochet el obispo respectivo.

Esa misma tarde fueron dejados en libertad por el servicio secreto los dos hijos de Acevedo.

—Le damos a nuestro movimiento el nombre de Sebastián Acevedo —era Pepe Aldunate, un padre jesuita que se encargó de que Sebastián Acevedo por lo menos siguiera viviendo en el nombre de nuestro movimiento.

El padre Pepe tenía por entonces sesenta años. Era un apasionado luchador por los derechos humanos, un conocido

profesor de Teología Moral en una cátedra de la Universidad Católica, y director de la orden de los Jesuitas en Chile.

Él vivía la no violencia realmente en forma incondicional.

En una manifestación pública del movimiento, yo lo tenía tomado del brazo: él no era muy fuerte físicamente, apenas más grande que yo, y parecía más bien frágil. Y recibía siempre la mayoría de los golpes. Tal vez el servicio secreto había averiguado que él había participado en la fundación del movimiento. Ese día fue verdaderamente golpeado en mi brazo. Casi no pude hacer nada por protegerlo. Él recibió todo el odio y la brutalidad.

Nuestro propósito en ese movimiento era ayudar a sacar a la luz por lo menos un pedacito de la verdad. La prensa, manejada por el régimen dominante, lo distorsionaba todo, y la gente no tenía oportunidad de enterarse de lo que realmente ocurría.

Rodrigo de Negri y Carmen Gloria Quintana, ambos casi niños, de 18 y 19 años, no habían hecho otra cosa que protestar contra la dictadura. Los militares los capturaron al amanecer. Los rociaron con gasolina, les prendieron fuego, los transportaron medio muertos con terribles quemaduras en un auto militar y los dejaron en un camino rural abandonado. Los dos vivían todavía. Como espectros caminaron desnudos con sus terribles heridas por el campo. Un campesino los recogió asustado y los llevó al hospital.

Mientras luchaban con la muerte allí, ya se podía leer en los diarios que los jóvenes habían jugado con bombas Molotov y que ellos mismos tenían la culpa de su desgracia.

Pero había testigos oculares, había personas que conocían muy bien a los dos. ¿Cómo debía llegar la verdad a la opinión pública? Nosotros decidimos realizar una «acción».

Organizamos un gran *Viacrucis* por la Alameda, la calle principal del centro de Santiago. Participaron muchos cientos de miembros del movimiento. En las grandes cruces que llevábamos habíamos escrito: «La dictadura militar quemó a esos dos jóvenes. La prensa miente». Todos los que participaban en esa manifestación estaban dispuestos a dejarse arrestar por esa acción.

El joven de Negri se encontraba desde hacía poco tiempo en el país, él había vivido en el exilio con su madre. Murió a causa de sus quemaduras.

Carmen Gloria se encontró durante meses entre la vida y la muerte. Finalmente sobrevivió. Con terribles heridas y cicatrices y después de innumerables operaciones.

En la manifestación con motivo del funeral de Rodrigo de Negri vi que desde el tanque con cañón de agua, los militares apuntaban justamente hacia nuestro padre jesuita Pepe Aldunate. Él estaba con las manos en alto y toda la fuerza del agua chocaba contra él. Nosotros no pudimos hacer nada más que abrazarlo después, empapado como estaba. Después siguió su camino con increíble esfuerzo y valor.

El padre Pepe era sin duda, para mí personalmente —y también para otros—, un enorme incentivo. ¡Ver a alguien entregando su vida con tanta decisión!

Sólo por medio de tales acciones podíamos crear conciencia en la opinión pública de lo que en realidad ocurría. Muchas hermanas, monjes y sacerdotes participaban con sotana y hábito. A menudo no había escapatoria de los arrestos, y una serie de nuestros miembros eran apresados. Nuestra estrategia era entonces que en lo posible muchos se ofrecieran para que también los arrestaran. Nos amontonábamos en el bus de la policía: mientras más fueran arrestados, menos podía pasarle a cada uno.

A veces nuestra gente joven se arrojaba delante de los buses de la policía o de los carros que lanzaban gas lacrimógeno y entonces tenían que ser apartados. Naturalmente los arrestaban y muchas veces los bañaban con agua y gases malolientes. A menudo, cuando yo pasaba a buscar a alguien a la cárcel con el auto, después de un «tratamiento» así, la hediondez de los productos químicos permanecía durante semanas en el auto.

Nosotros solamente aceptábamos en el movimiento a miembros que tuvieran nuestra absoluta confianza. Jamás alguien debía identificarse como uno de los nuestros. A menudo solamente conocíamos los rostros; cada uno de nosotros tenía personas de contacto. Nosotros realmente estábamos organizados rigurosamente, ¡y a pesar de eso, infiltrados de vez en cuando por el servicio secreto!

Antes de llegar a un lugar de encuentro donde debía llevarse a cabo una acción, ya veíamos que a cien metros esperaba un auto policial. A veces había que cancelar inmediatamente una acción antes de que comenzara. No tenía ningún sentido meterse en la boca del lobo, sólo acciones inteligentes podían ayudar.

La mayoría de las veces solamente podíamos realizar acciones relámpago; aunque el servicio secreto no supiera, siempre teníamos que contar con que el «aparato» funcionaría rápido como un rayo. Al final de cada acción cantábamos la canción del «pájaro enjaulado» y rezábamos el *Padrenuestro*. Al hacerlo, rápidamente nos tomábamos todos de la mano, apretábamos, lanzábamos volantes hacia arriba y luego tratábamos de desaparecer lo más rápidamente posible, en la multitud o entre autos estancados. En el lugar de la acción siempre dejábamos un letrero en el que aparecían nuestros mensajes: «Aquí se tortura»,



«El diario *El Mercurio* guarda silencio sobre las torturas» o «Los militares quemaron a Carmen Gloria y Rodrigo». Por medio de volantes tratábamos de aclarar informes inventados que aparecían en los diarios e informaciones falsas de los medios de comunicación. Cuando, por ejemplo, había desaparecido un obrero y después era encontrado muerto, siempre había rápidamente un informe que explicaba que éste había sido un criminal de la peor clase. La verdad era que los militares habían secuestrado, torturado y asesinado a ese hombre inocente. Una acción, la mejor, pudimos realizarla solamente una vez y en la Alameda, a la hora de mayor tráfico, justamente frente a la iglesia de San Francisco. Toda la ciudad se encontraba en ese lugar, la vida latía por la Alameda, el gran magnífico bulevar de Santiago, de oriente a poniente y de poniente a oriente. Al segundo, amigos que no pertenecían al movimiento, sino que habían sido requeridos solamente para ese servicio, bloquearon la calle justamente aquí: en San Antonio y Santa Rosa, delante del semáforo. Nada pudo seguir avanzando. Paralizamos todo el tráfico. Nos arrodillamos en las ocho pistas de la Alameda. Ningún auto podía circular. Y como San Antonio y Santa Rosa eran calles de una sola dirección, tampoco podía retroceder nadie. De ese modo, llamamos la atención de todos los conductores de autos, les entregamos informaciones e informamos a muchísimos peatones.

Muy rara vez hemos logrado que la prensa se interesara por nosotros; la mayoría de las veces, solamente el servicio secreto fotografió las acciones, para después podernos identificar.

CANTAR

El 24 de marzo de 1980, el obispo Óscar Romero fue asesinado por los militares en El Salvador, mientras celebraba una misa. Dentro de la Iglesia de Latinoamérica y para ésta, él era muy, pero que muy importante: un faro para su pueblo y un ejemplo para muchos obispos que yo conocía. Había recibido muchas amenazas de muerte y sin embargo, no se había dejado apartar de su camino. Cuando fue nombrado obispo, era muy conservador. Óscar Romero había llegado a ser obispo en el campo entre latifundistas. Después llegó a ser arzobispo de El Salvador. Por medio de sus sacerdotes, que trabajaban en El Salvador entre los pobres y que eran perseguidos, él conoció la miseria de la gente humilde y la persecución en el país. Uno de sus amigos más cercanos fue asesinado. Esas experiencias lo hicieron cambiar y lo hicieron trabajar por una Iglesia nueva: una Iglesia que intercediera a favor de los pobres.

El asesinato de Óscar Romero nos conmovió fuertemente a todos. Después de eso fundamos en Santiago una asociación de todas las comunidades de base cristianas de los barrios pobres. Todos los miembros de esa asociación, todas las hermanas, sacerdotes y laicos, se reunieron después de su muerte y decidieron hacer un *Viacrucis* el Viernes Santo de 1980: un *Viacrucis* en silencio, en recuerdo de Óscar Romero. Los franciscanos nos autorizaron para reunirnos en su iglesia, y de ahí marchar al Cementerio General. Poco antes, unos sepultureros nos habían informado sobre las fosas comunes de la dictadura, buscadas desde hacía años. Muchas perso-

nas no sabían dónde estaba enterrada su gente, que había sido asesinada o ejecutada después del golpe militar. Un guardián del cementerio me guió hacia las tumbas de nuestros hermanos asesinados; habían sido enterrados en una parte abandonada del cementerio. A esos asesinados y a Óscar Romero queríamos recordar.

Todos traían claveles rojos. Yo debía conducir el *Viacrucis*, encontrar el camino hacia el cementerio e ir delante. Para nosotros estaba claro: en cuanto saliéramos de la iglesia, la policía y el servicio secreto fijarían de inmediato su atención sobre nosotros y de algún modo intentarían impedirnos seguir el *Viacrucis*. Habíamos invitado a varios obispos y vicarios que efectivamente vinieron. Seguimos el camino en silencio; solamente balbuceábamos la canción *El pueblo gime en un dolor, ven y sálvanos*.

Las canciones eran nuestra posibilidad de superar la muerte. Si conversábamos, siempre teníamos que tener miedo. Pero también necesitábamos una identidad, una expresión para nuestra pena, como también para nuestra esperanza. Teníamos las antiguas canciones de la iglesia y le habíamos cambiado la letra a melodías *gospel*: quien tenga oídos para escuchar, que escuche lo que ocurre entre el pueblo. Y nos divertíamos con eso, cantábamos las alegres melodías y jugábamos con las palabras. Cantábamos «demostramos gracias al Señor, demostramos gracias...» Pero cuando se canta eso, se escucha como «democracia», y naturalmente cantábamos en realidad: «¡Devuélvenos la democracia!»

Necesitábamos esa expresión común en la aflicción; de lo contrario, era sencillamente demasiado difícil no perder el valor y la esperanza.

MI BUEN PASTOR:  
EL OBISPO JORGE HOURTON

–Karoline, no puedo más.

Maruja no ha dormido en toda la noche, le tiembla todo el cuerpo, sus nervios están demasiado sensibles. Se ha tranquilizado un poco desde la persecución de la última noche, pero todavía está cerca del colapso. En la noche, un hombre del servicio secreto nos siguió la pista desde tan cerca, que ya creíamos sentir su pistola en la espalda. Yo siento que ahora ya es suficiente, ya no se puede soportar la represión. Necesitamos un tiempo de pausa, tenemos que reponernos o por lo menos tranquilizarnos en otro lugar.

Tal como lo he hecho muchas veces, cuando necesito ayuda busco refugio con el obispo Jorge Hourton.

–Jorge, ¿podemos vivir algunos días contigo? –le pido.

–Pero naturalmente.

El obispo Jorge nos recibe con los brazos abiertos. Pero esa noche tampoco puedo dormir: desde la ventana abierta veo varios autos del servicio secreto que están parados frente a la casa del obispo.

A la mañana siguiente celebramos los tres juntos la santa misa. El obispo Jorge tiene unas profundas ojeras negras.

–Perdona, con todo tu pesado trabajo, y ahora llego yo además.

El obispo Jorge coloca su brazo alrededor de mis hombros, me mira, sonrío y dice:

–Nunca había estado tan feliz de ser un pastor como en este momento.

Hace ya muchos años que él me apoya en todo lo que ocurre. Si han incendiado mi auto o arrestado a mis colaboradores, lo que fuera. Él ha intervenido en el servicio secreto, ha escondido gente, ha protegido y defendido nuestro trabajo.

Una vez por semana venía donde nosotros al barrio pobre, y celebrábamos la misa juntos. Un día después de la Eucaristía le dije:

–Hoy en la noche se han llevado a dos colaboradores. Los hijos están solos en la casa. ¿Qué podemos hacer?

–¡Pero Karoline! ¿Cómo puedes decírmelo recién ahora? Ven, vamos al cuartel.

–Quiero hablar con el comandante –la voz del obispo Jorge resonaba en el recinto de adelante del cuartel militar.

–Hable despacio, obispo, despacio –Maruja tiraba en vano de su manga. Ella tenía miedo.

–El capitán no está aquí –respondió el guardia.

–Bien, entonces quiero hablar con el comandante –el obispo no aflojaba y tampoco bajaba la voz ni un poco. Al cabo de veinte minutos todavía no ocurría nada.

–No me iré de aquí hasta que no esté el comandante –cinco minutos después llegó el comandante, y efectivamente escuchó al obispo.

–Lo siento, pero realmente no sé adónde fue llevada su gente.

El comandante no pudo ayudar, pero trató de encontrar hombres de contacto a través de otro obispo. Los padres de los niños salieron en libertad al cabo de cinco días.

Junto con ellos habían sido arrestados muchos otros. De ellos no volvió ninguno.

Para mí, el obispo Jorge era realmente mi buen pastor. Siempre podía contar con él y siempre me protegía. A veces, cuando él tenía que ir a Roma, también viajaba a Alemania

para hablar acerca de nuestro trabajo. Con los años, conoció a mi familia e incluso Pietenfeld.

También ahora somos buenos amigos. Otra vez. El conflicto por la orientación y el trabajo en la fundación que más adelante nos afectaría nos había separado varios años.

JUAN PABLO II:  
«LOS POBRES NO PUEDEN ESPERAR»

A fines de marzo de 1987 se podía sentir la tensión en todo el pueblo. El Papa Juan Pablo II había anunciado que vendría a Chile, y su visita fue esperada tanto con ansias como con temor. ¿Su visita fortalecería a los militares o podría él ayudar a los pobres a que hubiera más justicia? En otros países, en Polonia o en Filipinas, su visita de todos modos había cambiado algo...

Pero Chile tenía un dictador católico, que sabía utilizar su condición de católico y que hacía ostentación de ella: Pinochet iba siempre públicamente a la comunión y hacía que eso se transmitiera por televisión. Y el dictador tenía en ese tiempo fuertes hombres de la Iglesia detrás de él, como por ejemplo, el cardenal Angelo Sodano, que en aquel entonces era nuncio papal en Chile y que en 1991, bajo Juan Pablo II, llegó a ser cardenal secretario de Estado, es decir, en cierto modo canciller del Vaticano. El conservador Opus Dei era muy fuerte en la Universidad Católica, estaba asentado en muchos puestos de mando importantes del mismo gobierno y fuertemente representado en la economía. La Conferencia Episcopal ya no estaba tan concurrida como todavía a fines de los años setenta. Mientras la conferencia episcopal, a causa de las violaciones a los derechos humanos,

antes estaba realmente en la oposición y frecuentemente había habido conflictos entre el régimen y los obispos, la actual era mucho más favorable al régimen.

El Papa quería reunirse en Chile con gente del barrio pobre, pero el régimen le había pedido que no fuera a ningún barrio pobre. En vez de eso habría un encuentro, en el que los pobres irían donde él.

Mariano Puga, un sacerdote obrero y amigo mío, instaló el escenario para ese encuentro. Yo era responsable de la estructuración del escenario. Habíamos pensado: si el Papa no viene donde nosotros, entonces nosotros le llevaremos el barrio pobre al escenario. Por eso construí una típica choza de madera sobre el escenario, con una artesa para lavar, coloqué cuerdas y colgué pañales y ropa del barrio pobre. El sillón y el cojín del Papa los habían hecho personas del barrio pobre. Nuestras mujeres de los talleres habían hecho un gran cuadro formado de muchos pedazos de tela, donde estaba representada «La vida de Juan Pablo II». Lo colgamos en la entrada al escenario.

Necesitamos cinco horas para llegar a pie desde el barrio pobre hasta el lugar de encuentro con el Papa. Nos levantamos en plena noche. Todos nos alegrábamos en forma especial por esa visita, porque Mario y Luisa, de nuestra comunidad de base, podrían hablarle al Papa. Ambos habían tenido que entregar un manuscrito que después había sido «corregido». Ellos no habían hablado con nadie de eso y tampoco entre ellos. Pero los dos se habían propuesto hablar libremente con el Papa. Entonces, después de las primeras frases, apartaron el manuscrito, miraron al Papa y le hablaron directamente a él. Toda la visita del Papa fue transmitida por dos grandes emisoras chilenas de televisión. Y entonces ocurrió lo que el régimen había tratado de

impedir con todas las fuerzas: los pobres hablaron directo y sin censura con el Papa, y todos los chilenos pudieron escuchar.

Luisa y Mario le relataron simplemente nuestra vida cotidiana. Que había demasiado poco de comer para los niños, que era casi imposible encontrar trabajo, hablaron de la explotación, de la falta de libertad y de la represión. Hablaron de los amigos que habían desaparecido y que habían sido torturados y asesinados. Era la primera vez que se hablaba públicamente –y también sin censura– sobre la injusticia y las atrocidades del régimen.

El Papa Juan Pablo II conocía el español: entendía todo lo que decían los dos, y los escuchaba atentamente. Y ellos llegaron a su corazón. No era la primera vez que el Papa decía estas palabras, pero en ese momento histórico se convirtieron en una frase célebre. Cuando los dos hubieron terminado, él los miró y contestó: «Los pobres no pueden esperar».

Eso tuvo un efecto totalmente inesperado. Surgió la esperanza entre los pobres que se habían reunido en el lugar, pero también entre la gente que estaba frente al televisor en todo Chile. Se repetía innumerables veces «Los pobres no pueden esperar».

La visita del Papa dejó en los corazones de la gente una mayor seguridad. Y eso, a pesar de que también existía la otra parte, que a todos nos dolía ver: Juan Pablo II tuvo una larga conversación personal con Pinochet. Después se presentó en el balcón del palacio de gobierno; detrás de él apareció de repente el dictador, como si fueran los mejores amigos.

Para Mario y Luisa comenzaron tiempos terribles cuando el Papa se marchó de Chile. Luisa estuvo durante semanas bajo vigilancia y tuvo que temer por su vida, a pesar de





que nosotros en la iglesia tratábamos de ayudarla. Mario fue secuestrado por algunos días y maltratado terriblemente: simplemente se vengaron de él. Regresó golpeado, con profundas heridas y graves lesiones.

Yo conocía bien a Mario, del trabajo en conjunto de años. Su valor me conmovió:

—Madre, no te preocupes por mí. No me arrepiento de nada. Creo que mi tarea era simplemente aprovechar ese momento y decir la verdad. Si tengo que pagar un precio alto por haberlo hecho, entonces eso forma parte de mi tarea.

EL CARDENAL Y EL EMPERADOR:  
JOSEPH RATZINGER Y HEINRICH II

Qué papel tuvo la visita del Papa para el desarrollo de Chile, eso quedará siempre como objeto de especulación. Pero el hecho de que a causa de su visita se hubiera hablado públicamente de tortura, represión y miseria, por primera vez en 14 años, tuvo una gran repercusión. No había ninguna prensa libre, y el régimen en principio distorsionaba los hechos. Para la gente no era fácil saber lo que realmente ocurría en el país. Ahora la verdad había sido transmitida sin censura y en vivo a través de todo el país, por dos canales de televisión; eso llevó a muchas, muchas personas a reflexionar.

Con todo el respeto por el Papa, eso no les gustó a las fuerzas conservadoras y tampoco a las fuerzas conservadoras de la Iglesia. Ellos creían que la visita del Papa había fortalecido la oposición. Pero ellos por ningún motivo querían eso en el desenlace del plebiscito que se llevaría a cabo



en el que los chilenos deberían votar si los militares debían permanecer en el poder o si debían irse. Para crear una especie de contrapeso, los círculos conservadores de la Iglesia invitaron al cardenal Joseph Ratzinger antes del plebiscito, a mediados del año 1988.

El cardenal Ratzinger vino y expresó el deseo de conocer una comunidad base cristiana en un barrio pobre.

–Hermana Karoline, ¿está usted de acuerdo con que el cardenal venga donde ustedes a su comunidad base? –me preguntó un alto miembro de la Iglesia–. El cardenal desea hablar personalmente con chilenos del barrio pobre.

–El cardenal es bienvenido en nuestra comunidad Jesús Sol Naciente –en 1974 habíamos fundado esa comunidad y muchos laicos muy sensatos colaboraban en ella.

A las comunidades de base eclesíásticas se las asoció siempre con la llamada «Teología de la Liberación»: un movimiento dentro de la teología que se extendió rápidamente en Latinoamérica durante los años setenta y ochenta, y en cuyo centro está el compromiso del seguimiento de Cristo y la «opción por los pobres». «Opción por los pobres» no significa otra cosa que mirar el mundo desde el punto de vista de los pobres. Adoptar su perspectiva y vivir a su lado, para luchar *con* ellos por más justicia. La reunión general de los obispos latinoamericanos en Medellín, Colombia, en 1968, por primera vez había denominado la pobreza y la miseria de los pobres como «injusticia estructural» y establecido la «violencia estructural», a la que estaban sometidos los pobres. Para la superación de esas estructuras y esa violencia, la conferencia había exigido reformas como, por ejemplo, las agrarias. En 1971, el sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez escribió el libro *Teología de la liberación* y con eso le dio una base teórica al movimiento.

Óscar Romero, Leonardo Boff, Ernesto Cardenal o también el legendario arzobispo de Olinda y Recife, Hélder Pessoa Câmara («Dom Hélder»), son algunos de los grandes nombres que están a favor de ese movimiento.

Pero desde los años ochenta, la Teología de la Liberación fue combatida por el Vaticano, especialmente por Juan Pablo II y el cardenal Joseph Ratzinger. El reproche principal fue que con el Evangelio no se puede y no se debe hacer política. Además, para el Vaticano la cercanía de ésta a la ideología marxista le parecía sospechosa. En su viaje a Nicaragua en 1983, Juan Pablo II había llamado al orden públicamente a Ernesto Cardenal, el popular sacerdote, poeta y en ese entonces ministro de Cultura del régimen revolucionario de Nicaragua: Cardenal se había arrodillado para saludar al Papa y quiso besar su anillo. Pero Juan Pablo II retiró la mano y lo amonestó gesticulando con el dedo índice, ante una enorme muchedumbre y ante las cámaras de la opinión pública mundial.

Nuestra comunidad estaba feliz y se sentía honrada con la anunciada visita del cardenal Ratzinger. Los miembros de la comunidad se alegraban de poder compartir sus experiencias de fe con el cardenal y relatar cómo la Iglesia crece desde la base y cómo transmite el buen mensaje de Jesús a la demás gente del barrio pobre.

El cardenal Joseph Ratzinger vino al barrio pobre.

—Señor cardenal, queremos regalarle este cuadro mural. Nosotras las mujeres lo hicimos para el Papa, cuando vino a Chile. El cuadro relata la vida de Juan Pablo II. Ahora queremos entregárselo a usted.

El cardenal se alegró; lo condujimos a nuestra sencilla capilla, que al mismo tiempo era sala de reuniones. Al igual que Juan Pablo II, el cardenal Ratzinger también hablaba

muy bien en español. Entendía muy bien lo que se decía, escuchaba atentamente y hacía preguntas. Los miembros de la comunidad le contaban cosas espontáneamente.

—Para nosotros, cardenal, las dos cosas son importantes —era Rosario, que tuvo el valor de hablar primero—: el servicio en la Iglesia y el servicio a las personas.

—Para mí, uno surge del otro —agregó Ignacio.

El servicio en la Iglesia, en la proclamación de la buena nueva, en los sacramentos, en la oración, en la liturgia, es tan importante como el servicio a las personas en forma de solidaridad con los más pobres por medio de comedores, guarderías infantiles, policlínicos y talleres de mujeres. La gente de la comunidad relataba cómo surge uno del otro, cuán inseparablemente están unidos la oración y el comedor, la lectura de la Biblia y el compromiso social.

Al hablar así las personas de sí mismas, se manifestó muy claramente cómo también una pequeña comunidad base puede cambiar algo en la sociedad.

Las personas hablaban acerca de todo, pero no acerca de la persecución y la represión. Yo percibía su miedo e inseguridad. Ellas sabían naturalmente que la visita del cardenal también tenía un trasfondo político. Que una parte de la iglesia esperaba que Ratzinger tomara partido por Pinochet antes del plebiscito y dejara en claro que en Chile había un buen gobierno católico con un buen presidente católico.

Después de esa reunión humana tan hermosa, fuimos todos a la atestada parroquia para la celebración de la Eucaristía. El cardenal había ofrecido celebrar una misa.

Yo no sabía qué texto del Evangelio correspondía ese día. Cuando se leyó, involuntariamente contuve la respiración: ¡qué bendición! Eran las maravillosas palabras de

Lucas: «Padre, te alabo porque les has revelado a los modestos y a los insignificantes lo que les has ocultado a los sabios y poderosos». Yo estaba tan contenta: alrededor de mí vi cómo las palabras llegaban directamente a las personas y las fortalecía. ¡Estaban muy orgullosas y felices de que un «poderoso» las hubiera escuchado! Yo esperaba que el cardenal –después de ese maravilloso mensaje– las alentaría y las consolaría. Esperaba que dijera que las personas de los barrios pobres no tenían su lugar al margen de la Iglesia, como ellas mismas pensaban muchas veces. Que la continua humillación que padecían, de ser marginadas en la Iglesia, como también en la sociedad como «pobre pueblo ignorante», era injusta. «¡Ahora por fin se hablará de *ellos!*», me regocijé interiormente en mi lugar en el banco de la iglesia y no pude imaginarme sino que el cardenal Ratzinger predicaría ahora sobre los modestos y los insignificantes y de ese modo le devolvería a la gente un poco de dignidad. Eso estaba a un paso de lo que quiere decir la Teología de la Liberación cuando habla de la «opción por los pobres». Cuando habla de que tratemos de ponernos en el lugar de los pobres y nos esforcemos por comprender cómo se siente el mundo desde esa perspectiva, cómo se ve desde esa perspectiva.

Y entonces vino la prédica.

–Hoy es la festividad del santo emperador Heinrich II y de su esposa Kunigunde.

Me estremecí como si hubiera recibido un golpe: ¿por qué el cardenal hablaba sobre un emperador alemán? ¿Sobre un soberano del «Sacro Imperio Romano-Germánico»? Ninguno de los pobladores conocía al emperador europeo de la Edad Media. Naturalmente que no. Pienso que ni siquiera los sacerdotes presentes sabían quién era Heinrich II.

Pero había algo peor: la palabra *emperador*. En la mente de nuestra gente, el dictador Pinochet era el gran «emperador» en Chile. El cardenal Ratzinger hablaba muy bien en español, ¿no sabía eso? Yo veía que la gente sentada a mi alrededor se desanimaba. Ahí estaba otra vez la conexión de la Iglesia con la dictadura. Y nuevamente percibí el miedo a la Iglesia.

El cardenal habló sobre las dificultades que pueden tener los grandes estadistas: que también para ellos la vida y el camino hacia la santidad es difícil, que también a los poderosos les traen dolores de cabeza muchas decisiones. Heinrich II sufría de grandes dolores de cabeza.

Yo no entendía nada. ¿Qué pasaba con el texto del Evangelio? ¿Por qué no se refería a él? ¿Por qué hablaba delante de los pobres de las preocupaciones de los soberanos poderosos?

En ese momento me propuse escribirle al cardenal: quería comunicarle que en su prédica no había reconocido el mensaje de Jesús del Evangelio del día. ¿Cómo habría podido fortalecernos a nosotros, gente modesta, en nuestra fe, en nuestra autoestima, pese a todas las humillaciones, para vivir como hijos felices de Dios! Aunque algunos amigos me alentaron, jamás escribí la carta.

Al día siguiente la prensa nos sorprendió: habían acompañado al cardenal hasta el aeropuerto. A la pregunta de qué era lo que más le había impresionado en Chile, él contestó: «El encuentro con los pobres».

Me alegró mucho de que la gente de nuestra comunidad impresionara tanto al cardenal.

## FRACASO Y RETROCESO

Octubre de 1988. La oposición en Chile había elegido en el tiempo antes del plebiscito el arco iris como emblema de su movimiento. Y el 5 de octubre de 1988 el arco iris tenía un resplandor claro. Se difundió una nueva y tímida esperanza. El pueblo chileno había votado en el plebiscito con un 53% por «No»: el 53% de los chilenos no querían seguir siendo gobernados por Augusto Pinochet. Y mientras yo compartía la alegría de la gente por el regreso a la democracia, al mismo tiempo estaba muy preocupada. Me encontraba sentada frente a mi mesita, escuchaba las voces y la alegría de la gente en las calles— y les escribí a mis amigos alemanes una carta que hacía mucho, mucho tiempo quería escribir:

*[...] Queridos amigos, muchos de ustedes esperan noticias para saber cómo me va personalmente, qué ocurre con la Fundación Missio y por qué no han tenido noticias mías desde hace tanto tiempo. A todos ustedes, en cuya paciencia tuve que confiar, les pido comprensión y perdón, si con eso le he exigido demasiado a alguien. Como explicación sólo confieso con humildad que primero estaba muda de dolor, luego dejé a un lado varios intentos fracasados de escribir, para simplemente esperar hasta que los sucesos se aclararan un poco, sobre todo porque se trataba de problemas internos, a cuya privacidad teníamos derecho con nuestra institución.*

¿Qué había pasado después de 11 años de fructífero trabajo? ¿Después de 11 años de trabajar juntos en la Fundación Missio, y de resistir juntos los tiempos de persecución?

Ya en los meses anteriores al plebiscito había comenzado el auge político. A fines de 1987 se originó una nueva dinámica: muchas personas se organizaron rápidamente otra vez en sus antiguos partidos, y éstos a su vez se fusionaron.

Todos los años habíamos logrado —¡incluso bien!— que trabajaran juntas personas que tenían las más diferentes ideas políticas. Siempre fui de la opinión que es bueno para nosotros y para la sociedad que no tengamos todas las mismas opiniones políticas. Había sólo una condición: durante el servicio no se practicaba política partidista. Ningún médico, ningún educador, debía, durante su servicio, hacer propaganda de un partido o de una idea política y mucho menos manipular a niños o jóvenes. Terminado el servicio, cada cual podía hacer lo que quisiera. Eso estaba en vigor, y jamás fue puesto en duda. Lo que muchos no veían era que si como servicio no hubiéramos permanecido imparciales —o apolíticos, depende de como se quiera ver— no habríamos sobrevivido jamás 11 años en la dictadura. A pesar de la protección de la Iglesia, habríamos sido disueltos de inmediato; se habría tratado de tachar nuestro trabajo de «política de izquierda».

Pero con la proximidad del plebiscito, ese consenso fue puesto repentinamente en duda: había un grupo que rechazaba el plebiscito como tal porque sospechaba que iba a ser manipulado, y por eso exigía que Pinochet se retirara. Esa exigencia vino primero del Partido Comunista al que rápidamente se adhirió la «Izquierda Cristiana». Hasta ahí todavía no había ningún problema, ninguna diferencia de opinión. El conflicto comenzó en el momento en que un grupo de colaboradores quería que nosotros apoyáramos esa demanda en nuestros servicios y durante las horas de trabajo. Hasta ahí nosotros habíamos tomado decisiones, la



mayoría de las veces en forma armónica – y yo diría: también en forma bastante democrática. Lo que ahora ocurría me parecía una intromisión: algunos de los responsables de las áreas de educación y salud, como también algunos directores de los policlínicos, querían que tomáramos partido como institución. Tuvimos fuertes confrontaciones; la gran parte de los colaboradores quería permanecer en la línea que habíamos tenido hasta ese momento: servicio es servicio, y la política partidista tiene lugar después del servicio.

Rápidamente resultó que una minoría no se sometía: había educadores que circulaban por las calles en sus horas de trabajo con sus alumnos, con carteles que decían: «¡No al plebiscito!» o «El plebiscito es un engaño»; había médicos que les enseñaban a los pacientes a organizarse, en vez de tratarlos... (Los pacientes venían después hacia mí y se quejaban de que no eran tratados.)

–¡Eso es irresponsable! –les pedía yo explicaciones a los colaboradores involucrados–: ustedes nos introducen en una política que no es la nuestra, que no la apoyan todos. Ése no es el trabajo de nuestra fundación, ésa no es nuestra tarea. Ustedes pueden hacerlo fuera de sus horas de trabajo, tanto como quieran y con quien quieran. Pero no con los niños por los que somos responsables. ¡No en una institución en la que no todos tienen la misma opinión!

No obstante se repetían los sucesos, aunque habíamos hablado de eso y estaba claro que nosotros no lo permitiríamos.

Además, a través de nuestros diversos servicios se podía llegar con seguridad a 300.000 personas. Y así también había colaboradores que trataban de conseguir a través del trabajo una buena base para su política partidista: darse a conocer

y juntar votos para alguna ocasión en el futuro... Para eso, nuestro servicio, que llegaba a las más diferentes áreas alrededor de Santiago, parecía un campo laboral muy interesante y un buen trampolín. Además, los colaboradores tenían la sensación de haber entregado mucho esfuerzo todos esos años. Encontraban que utilizar ahora el trabajo de esa manera era lo mínimo que les correspondía por ese esfuerzo.

Yo podía comprender las preocupaciones de esos colaboradores, ciertamente tenían justificación: naturalmente era posible que el gobierno manipulara el plebiscito ya que el propio Pinochet pretendía prolongar su propia pseudo-legitimidad a través de la Constitución. El peligro no sólo era grande, era sumamente real. Todos nosotros estábamos preocupados. Pero ahora surgía en la institución una especie de fanatismo; un fanatismo que yo no compartía y que estaba contra nuestros acuerdos. Por otro lado yo no podía comprender que los colaboradores no quisieran mantenerse en ellos.

Yo veía ese desarrollo y no lo podía detener. Finalmente decidimos juntos que los colaboradores que quisieran ir por su propio camino debían ser despedidos. No veíamos otra salida. «Quien sigue haciendo política partidista durante las horas de trabajo, se va». Yo lo había anunciado claramente e hice realidad el anuncio. Los despidos llevaron naturalmente a un enorme conflicto dentro de la institución. Los despedidos se presentaban como «perseguidos políticos». Eso al principio fue para mí totalmente absurdo (por fin yo había protegido del régimen a suficientes perseguidos políticos); no podía en absoluto tomar en serio esas acusaciones.

Finalmente el conflicto se agravó: de repente mi querido obispo Jorge Hourton se puso del lado de los despedi-

dos. Busqué una conversación con él pero no encontramos ninguna base común. Él no comprendía mi posición:

–Yo creo que tú tienes una visión demasiado estrecha, Karoline. Por fin no es tan malo si durante las horas de servicio se llevan algunos carteles por la calle –él no veía el problema–. Eres demasiado susceptible, Karoline, o demasiado autoritaria.

Tampoco entre los colaboradores se podía encontrar una línea clara: unos eran de una opinión, los otros estaban en contra.

Nuevamente busqué apoyo en el obispo:

–No puedo dirigir una institución si no hay una línea clara. Tú eres el presidente, yo soy la administradora. Si no puedo proporcionar claridad, entonces hazlo tú.

Pero el obispo no veía la necesidad de eso. Fue una larga pugna entre los dos.

–Así no puedo trabajar. Si tú no consigues claridad, entonces me retiraré de la fundación. Así no se puede seguir.

–Karoline, no te creo –él pensaba que solamente se trataba de una amenaza mía–. Yo sé cuánto te importa cada jardín de infancia. Tú has puesto mucho empeño en cada proyecto. Tú amas a la gente. Y el dinero viene de Europa, porque las personas de allí confían en *ti*.

Hasta el final el obispo Jorge creía que yo no haría lo que había dicho.

Yo no podía ni quería hacer público el conflicto, como algunos querían en la institución. Si yo declaraba el verdadero motivo –política para el Partido Comunista durante las horas de trabajo–, entonces ponía más en peligro todavía a los ex colaboradores. Para mí era importante proteger a los ex colaboradores en ese punto, para no entregarlos al servicio secreto. Le pedí ayuda en vano a un miembro

del Comité Central del Partido Comunista en la clandestinidad. Ni siquiera podía informar a mis amigos y a mi familia de lo que realmente ocurría; no era posible describir el conflicto en una carta normal: mediante la censura general del correo, también habrían peligrado los ex colaboradores. Pero comprensiblemente se me imputó que yo había callado. El conflicto aumentaba cada vez más y era cada vez menos controlable.

El 29 de junio de 1988 me retiré de la Fundación Missio. La junta aceptó mi renuncia y manifestó su desilusión sobre mí. Pero el cardenal Juan Francisco Fresno, que por fin era el encargado del nombramiento de la junta y del administrador, vaciló. Después de mí se retiraron, por los mismos motivos, todos los demás miembros de la directiva, menos uno y el presidente. Con ayuda del vicario general, obispo Sergio Valech, pudimos, sin embargo, encontrar una solución pragmática entre el obispo Jorge Hourton y yo. Los dos no ejercimos nuestras funciones por cinco meses. Esa petición la recibió el cardenal el 5 de agosto en forma de decreto arzobispal. Se acordó hacer una excepción: el cardenal quería que Mercedes Echeñique y yo siguiéramos dirigiendo el proyecto de gente sin casa en Renca. Para el programa Villa Mercedes negociamos después un plazo de independización hasta el 31 de mayo de 1990. Después ese proyecto dejó de pertenecer a la Fundación Missio.

Que yo me hubiera ido de la fundación conmovió también a mucha gente en Alemania. ¿Cómo continuaría ahora el trabajo? Para la gente de Alemania yo era la representante aquí.

Le comuniqué al grupo de contacto que desde 1979 en primer lugar juntaba donaciones para mi trabajo, que los dineros seguirían siendo enviados a la fundación. Los

jardines infantiles y el policlínico había que seguirlos manteniendo, por cierto. Pero había también colaboradores que tomaron muy a mal mi decisión y encontraban que yo habría tenido que seguir luchando con la Iglesia.

Para mi familia eso fue tremendamente doloroso. El obispo Hourton había estado con ella varias veces. Para ellos era difícil soportar que yo tuviera un conflicto con su apreciado amigo y obispo. Y para todos era difícil imaginarse cómo continuaría el trabajo aquí.

La fundación nunca más funcionó bien: el arzobispo designó después de mí a un laico como director. En esas difíciles circunstancias, él tampoco pudo lograr una línea clara. Cuando no se pudo imponer a los colaboradores, se retiró. El obispo era todavía muy optimista, y designó a otro laico... La lucha continuó durante años y al final condujo a que la Iglesia disolviera la institución.

Tres años después, cuando hacía tiempo que yo había asimilado interiormente el capítulo y lo había dado por terminado, se originó de ese conflicto el peor tiempo de mi vida.

#### PEOR QUE EN LA DICTADURA: EL PODER DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Poco antes de que ocurriera ese verdadero drama en mi vida, llegó a mis manos un texto de Anthony de Mello. Extrañamente el texto me habló directo al corazón. Hoy sé que era una de las disposiciones de Dios:

«Una muchacha estaba embarazada. No quería revelar el nombre del padre. Cuando la golpearon, ella dijo: “El

maestro-Zen es el padre”. Todos los pobladores estaban horrorizados. Insultaban al maestro-Zen y le llevaron el niño. El maestro dijo solamente: “Muy bien, muy bien”. Buscó en el pueblo una mujer para que cuidara al niño y le pagó para eso. La gente sólo sentía desprecio por el maestro y se burlaba de él. Ya nadie quería ser su alumno.

»Al cabo de un año, la joven madre no soportó más las mentiras y reveló el nombre del verdadero padre. Todos corrieron entonces donde el maestro-Zen, se lanzaban al suelo ante él, se disculpaban y estaban desconsolados. El maestro dijo otra vez: “Muy bien, muy bien”. E hizo lo que había hecho durante todo el año: siguió meditando». (ANTHONY DE MELLO, *El canto del pájaro*. El texto no está copiado literalmente.)

Cuando leí eso, de inmediato fue como si las palabras me hablaran directamente a mí. Esas palabras de calumnia (¡y un trato *sabio* con ésta!) se marcaron con fuego en mi corazón; como si el corazón ya sospechara: ese texto lo iba a necesitar urgentemente en mi vida.

Yo ya vivía desde hace más de dos años en un nuevo barrio, en Quinta Bella, donde había trabajado con drogadictos y delincuentes, y había creado una comunidad de base. Cuando un domingo por la mañana en el año 1991 iba entrando a la iglesia, llegó directamente detrás de mí un equipo con cámaras y comenzó de inmediato a filmar. La misa comenzó en el mismo momento, de modo que no pude preguntarle al sacerdote quién estaba filmando. El camarógrafo era insistente y desagradable: cuando repartí la comunión, la cámara se acercó a las personas hasta una distancia de 30 centímetros. Todos estaban irritados y molestos.

—¿Qué hace usted aquí?

Inmediatamente después de la misa, la gente de las cámaras estaba ante mí en la calle.

—Yo hago aquí mi servicio en el poblado. ¿Pero quiénes son ustedes, qué quieren ustedes?

—Hacemos una película para RTL Explosiv y queremos conocer la situación.

Yo no sabía absolutamente nada de la RTL.

—Pues bien, estoy aquí para formar una comunidad. Tenemos diferentes servicios para la gente aquí...

—Todo eso no nos interesa a nosotros. ¿Hay pobreza aquí?

—Sí, por supuesto.

—Así lo dice usted, quién sabe si es cierto. ¿Hay aquí entonces gente en el paro?

—Sí, más del 22% de los adultos y más de un tercio de los jóvenes.

—Ah, pero eso no es nada. Existe pobreza mucho mayor.

Toda la situación era embarazosa y rara. Yo no entendía en absoluto, qué querían de mí los hombres.

Por fin pude preguntarle al sacerdote:

—¿Tú enviaste hacia mí el equipo con cámaras? ¿Qué quieren ellos, pues? —le pregunté enojada.

—¿Yo? No, yo pensaba que tú los habías autorizado —luego nos miramos todavía más molestos: ¿qué se estaba tramando aquí?

En la misma semana vinieron otra vez. Yo le había pedido a Paul Frings que también viniera, para tener un testigo.

—¡Usted tiene que contestarnos. Sabemos que nos oculta informaciones importantes, por lo tanto, contéstenos!

Entre tanto, por lo menos había averiguado que gente de la RTL trabajaba en un informe sobre la ex Fundación

Missio. Y de algún modo, evidentemente iba contra la Iglesia. La Iglesia tampoco consintió entregar en absoluto ninguna declaración.

—¿Qué hay con los medicamentos que usted ocultó y luego dejó que se echaran a perder?

—Jamás se han echado a perder medicamentos; en la dictadura frecuentemente teníamos que esperar meses para retirar medicamentos y muestras médicas de la aduana. A veces éstos estaban entonces caducados y teníamos que enterrarlos. Eso no era precisamente un encubrimiento.

—¿Y qué hay de la ambulancia de Bergisch-Gladbach, que fue financiada con dinero de donaciones y aquí se está oxidando?

—Hasta donde sé, la ambulancia está en manos del arzobispado. Pero yo les digo: ya hace años que no tengo nada que ver con la Missio.

Después me enteré de que la ambulancia de Alemania todavía no estaba en servicio. Al obispo Hourton todavía le faltaba la autorización estatal para el vehículo.

Nunca antes yo había sido tratada con tal prepotencia, con tal descaro y arrogancia por gente de la prensa. Cuando los de la televisión se marcharon, tuve algo así como una visión: ante mis ojos interiores apareció una película arreglada, maligna y engañosa, llena de calumnias. Yo «veía» primeros planos, en los cuales yo distribuía la comunión, mezclados con imágenes de medicamentos enterrados y una ambulancia fuera de servicio. Era una pesadilla.

Y era como si yo en ese momento estuviera preparada para todo lo que vendría en el próximo año: también «veía» las reacciones frente a la película. Pero sobre todo «veía» cuán terriblemente tendría que sufrir mi familia.



Y todo lo que en ese momento veía y sentía en esa visión ocurrió tal cual.

Al mirar a los tres hombres de la RTL, cuando se iban, tuve todavía otro impulso. En los últimos años yo había trabajado mucho –y con mucho éxito– con delincuentes. Algunos de «mis» jóvenes siempre me habían dicho:

–Karoline, hay gente realmente mala. Si alguna vez uno te quiere hacer realmente algo malo, solucionamos eso por ti. No vamos a permitir que te ocurra algo.

Yo sabía naturalmente a qué se referían, y entonces siempre decía:

–No se metan en eso. Yo lo arreglo después a mi manera.

Pero después, cuando vi a la gente de la televisión y sentí venir todo el desastre, deseé por primera vez poder decir: «Está bien, jóvenes, denles una lección, para que nunca más hagan una película engañosa...».

Naturalmente no lo hice. Estaba asustada de mí; llegar a tales pensamientos, tan cerca de lo malo. El desastre tomó su rumbo.

Inmediatamente después de exhibirse la película, se desencadenó una enorme tormenta. En ella se exponía que yo había malversado fondos y destruido la fundación. Donde mi familia en Alemania, donde mis amigos y también en mi casa, sonó de inmediato el teléfono. Para todos era terrible, pero lo peor era para mi hermana María: durante meses tuvo que escuchar las cosas más horribles por teléfono. Era inconcebible para mí lo brutal que puede llegar a ser la gente que supone que su dinero donado ha sido mal utilizado. Mi familia sufrió lo indecible y eso era lo más terrible para mí; en Alemania se había esmerado todos esos años de manera indescriptible por nosotros, se había preocupado por los recibos de las donaciones, del pago de

contribuciones... había desempeñado tanto trabajo, había entregado tanta dedicación. Junto con eso ella misma había seguido haciendo donaciones y jamás había dejado de pagar todo ella misma, aunque fuera una estampilla de correos. Las instituciones benéficas se presentaron, naturalmente, y exigieron información. Durante meses estuve ocupada en hacer aclaraciones.

Deliberamos con seis abogados qué había que hacer, cómo me podía defender. Todos ellos me habrían defendido gratis. Yo jamás quise defenderme: no había nada que defender. Yo no había hecho ningún desfalco. Desde hacía años yo ya no era responsable en la Fundación Missio. Yo no tenía nada que ver con todo eso. No quería defenderme contra algo que se aseguraba sin base. Pero mi familia era muy importante para mí. Quería hacer algo en contra, naturalmente quería hacerlo. Sólo que no sabía cómo. Pensaba presentar acusaciones por graves calumnias y pedir indemnización. Después de muy largas deliberaciones, llegamos a la conclusión de no demandar a la RTL.

Miles de personas llamaban a RTL por teléfono y se quejaban por esa falsa información. Por lo menos eso.

Por muchos años se me abordó en Alemania el tema de esa película, en todos los eventos, en todos los encuentros. Fueran escenarios grandes o pequeños, o reuniones privadas, yo sabía que, en algún momento, sería inevitable tocar ese tema.

En esos años me enteré del poder que pueden tener los medios de comunicación y de cuán impotente se es entonces. Esa experiencia fue para mí peor que el tiempo de la dictadura: que todo ocurriera en una democracia, y pese a eso no hubiera posibilidad de defenderse y de aclarar las cosas. Con eso yo estaba llegando al límite de lo que pue-

do soportar. Ver a mi familia tan expuesta al sufrimiento, era casi demasiado para mí. Y con todo, mi madre, mis hermanos y sus familias, como también el gran círculo de mis parientes, estaban de mi parte y me seguían apoyando generosamente.

No sé qué habría hecho sin el texto de Anthony de Mello. Yo meditaba, oraba, respiraba ese texto y me sujetaba a él como a una cuerda de salvación: «Muy bien, muy bien».



# ***Nuevamente democracia: la gente tiene ansias de vida***

## DESGASTADOS POR LA DICTADURA

Todo había comenzado de nuevo tan bien, con tanta esperanza, después del día del plebiscito de 1988, en el que el pueblo iba a decidir si Pinochet debía permanecer en el cargo o no. Ese día de octubre dominaba en todo el país un terrible clima alarmante. A la población nuevamente se le había inculcado de la manera más insistente qué pasaría si volvía el comunismo. Toda la prensa estaba todavía en manos de la dictadura y, naturalmente, ayudaba a que el plebiscito resultara a favor de Pinochet, a favor de su régimen. Eso habría significado que la dictadura militar habría continuado por lo menos hasta el año 2000.

Con mayor razón ese día era importante para nosotros.

Yo viajé con algunas personas inválidas de nuestra comunidad al local de votación. Era fantasmal: en todo el camino hacia allá había militares y tanques por todas partes. Era una sensación completamente extraña, muy mezclada: la pequeña esperanza de libertad y el gran temor de

que todo fuera manipulado otra vez, de que el pueblo perdiera las elecciones. Por la tarde de ese día nos reunimos en la comunidad base Jesús Sol Naciente para orar. Entretanto, los tanques pasaron rugiendo por donde estábamos nosotros y destruyeron el pequeño monumento que habíamos colocado por el periodista José Carrasco, que un año antes había sido acribillado en el muro del cementerio, en el límite de nuestro poblado. Una vez más sentimos nuestra total impotencia frente a la dictadura. Pasaron horas y horas. «Pinochet permanece», se decía. Después, otra vez que prevalecía el «No» hacia Pinochet. En la radio escuchábamos: «... Estados Unidos tienen informaciones de que habría un nuevo golpe militar en caso de que el pueblo no votara por Pinochet».

La salvación llegó poco antes de la medianoche: «El “No” ha vencido». Eso nos llegó a todos hasta la médula. Diferente a como era antes (y ahora nuevamente, por ejemplo, cuando Michelle Bachelet ganó la segunda vuelta electoral por la presidencia en enero de 2006), cuando el partido triunfador celebraba en la ciudad, en la noche se quedaron todos en la casa. Teníamos miedo de un nuevo combate: de hecho, nos enteramos después de que Pinochet había planeado un nuevo golpe militar. No obstante nos regocijábamos en la casa. A primeras horas de la mañana, Pinochet increpó al pueblo por radio: «Tal como Judas me ha traicionado el pueblo desagradecido».

Éramos nuevamente libres.

Y sin embargo, no era como lo habíamos soñado todos esos años. La gente era libre, pero estaba cansada. Las personas ya no eran las mismas que antes de la dictadura. Todo lo que había existido de creatividad, de autonomía, como, por ejemplo, en organizaciones de autoayuda, comedores

o jardines de infancia, parecía haber desaparecido de repente. Por el momento no se podía pensar en organizaciones vecinales. Teníamos que encontrar nuevas estructuras.

Poco a poco fuimos teniendo en claro que ciertamente la dictadura estaba derrotada. Pero el régimen militar no solamente había reemplazado la democracia con una tiranía; había impuesto también un sistema económico totalmente nuevo. Los *Chicago Boys*, un grupo de economistas que ante todo llevaba a cabo las ideas de Milton Friedmann, había hecho un trabajo completo: bajo su dirección, la economía chilena había sido reorganizada masivamente de acuerdo con criterios neoliberales. Todas las instituciones estatales habían sido privatizadas. Unas pocas familias se habían enriquecido enormemente con eso. Ahora, en democracia, no cambiaba nada: todo permanecía en sus manos. El pueblo había recuperado el poder político, pero el poder económico se mantenía principalmente en manos de partidarios de Pinochet. Lo que tampoco sabíamos todavía era que la división del pueblo en ricos y pobres se consolidaría hasta el día de hoy...

Aunque después de las desastrosas experiencias con la Fundación Missio yo realmente ya no tenía intención de fundar nuevamente una institución, dado que la ayuda vecinal y la autoayuda no funcionaban, no nos quedaría más remedio. Tuvo que surgir la Fundación Cristo Vive.

Pero primero me instalé otra vez en un nuevo barrio de Santiago. Lo podía hacer tranquilamente, porque la gente de las comunidades que había tenido hasta ahora se habían emancipado de mí. Eso me fue muy evidente en el cambio de año entre 1987 y 1988.

## NO NOS GUSTA CUANDO NOS REPRENDES

Nos habíamos propuesto mucho ese día de recogimiento. Nos habíamos reunido en la comunidad de base, para pasar revista al año 1987 y para ver lo que vendría en el año siguiente: ¿Qué habíamos logrado? ¿Qué habríamos podido hacer mejor? Nosotros queríamos seguir creciendo como comunidad: queríamos acercarnos más unos a otros y fortalecer los lazos de la comunidad. Las 18 personas que tenían responsabilidades en la comunidad habían llegado.

–Hagamos que cada uno le hable a cada uno. Que cada uno de nosotros le diga a cada uno, cuáles de sus cualidades son buenas y cuáles negativas –propuso Marita–. Quiero que también nos digamos lo que nos crea dificultades.

La proposición fue aceptada, y yo estaba muy asombrada del trato franco y libre que los miembros de la comunidad tenían entre ellos, con qué franqueza se decían también las cosas difíciles. Reinaba una cálida atmósfera de simpatía. Siempre se preguntaba: «¿Cómo te sientes ahora que escuchas esto?». Todos tenían en claro lo rápido que algo así puede tomar un mal rumbo, lo rápido que alguien puede tomar a mal algo negativo que se diga de él, y lo rápido que se puede perjudicar el trabajo. Se hizo tarde: con 18 personas se alarga un proceso así: yo estaba de turno como última.

Gabriel, que dirigía la reunión, dijo:

–Todos conocemos los lados positivos de la hermana Karoline. Y ya se lo hemos dicho muchas veces. Tenemos que terminar pronto. Por lo tanto, propongo que esta vez le digamos solamente las cosas que nos molestan.



Con esas palabras me invadió felicidad: si esas personas proponían eso así, significaba justamente que me veían en un mismo plano. Me veían como una de ellas y no como una lejana religiosa que estaba por encima de ellas... Yo estaba en suspenso, esperando lo que vendría ahora:

–Pues bien, hay una cosa de Karoline que me molesta: tienes un carácter muy fuerte –comenzó Gloria.

Yo estaba sorprendida y me preguntaba: ¿qué quiere decir ella con un «carácter fuerte»? Pero cuando también el segundo y el tercero dijeron lo mismo, pregunté en voz alta:

–¿Me pueden explicar esto, por favor? ¿Qué quieren decir con un «carácter fuerte»? Cuando en Alemania se le dice eso a alguien es algo positivo. ¿Qué es lo negativo para ustedes?

–Cuando no estás de acuerdo con una cosa, o tienes un problema con algo, entonces se muestra tu carácter fuerte.

Yo todavía no entendía.

–¿Qué significa entonces? ¿Cómo reacciono cuando no estoy de acuerdo con algo?

–Pues bien, por ejemplo, cuando Henry había sido arrestado y nosotros orábamos por él. Al día siguiente dijiste duramente: «Quien no esté de acuerdo con la oración, que no venga». Nos reprendías de verdad. Pero tú no sabías en absoluto que aquellos que habían dicho algo malo sobre Henry esa tarde no estaban en la comunidad. Eso lo dijeron afuera después de la oración, y al día siguiente ya no vinieron. Pero tú nos reprendiste a todos. Pero todos los que estábamos allí estábamos de acuerdo. Pese a eso nos reprendiste a todos. Sobre todo, lo dijiste muy duramente. Siempre haces eso cuando estás molesta.

Ahora me daba cuenta de algo que durante 20 años no había comprendido. En diferentes ocasiones la gente me había dicho: «Tú nos reprendes» o: «Tú estás molesta»,

o «Tú estás enojada con nosotros». «Pero no —contestaba siempre entonces—, ¡solamente estamos discutiendo!» A mi modo de ver, yo simplemente había dado mi opinión sin rodeos. Jamás había comprendido que se trataba de mi voz: yo tengo una voz que la gente sentía como dura y cortante, como autoritaria, cuando decía lo que pensaba. ¡Nunca había comprendido que la gente se sintiera reprendida entonces! Ahora ya llevaba 20 años en el país y todavía no había comprendido que en Chile se expresa la opinión de manera diferente a como se hace en Alemania. Y nadie había tenido la oportunidad de decirme lo mucho que eso molesta. Ni siquiera Maruja lo había hecho. Esa crítica fue muy, pero que muy útil para mí. Esa tarde sentí que realmente habíamos llegado a ser hermanos. Solamente entre hermanos, y no entre gente desigual, se habla sobre tales cosas. Y yo sabía que en cuanto las circunstancias políticas lo permitieran, en cuanto la gente ya no necesitara la protección sobre abusos que les daba mi presencia, me trasladaría.

#### DROGAS, SUCIEDAD DE PALOMAS Y DELINCUENCIA

Calle Justicia Social, ése era el nombre (y es hasta hoy) de mi nueva dirección. Una hermosa «casualidad», una dirección maravillosa para un lugar fantasmal.

El 11 de marzo de 1989 me mudé a una casa semidestruida. Directamente al frente había unas ruinas horribles, que ocupaban traficantes de drogas. En la calle, por todos lados, distribuidores y drogadictos. Me vine a Quinta Bella en Recoleta: un ex barrio obrero de Santiago que antes había

tenido su propia dignidad, pero que ahora estaba empobrecido y venido a menos. De las casas que en otros tiempos habían sido atractivas, muchas veces quedaban solamente las fachadas. Detrás vivía en piezas oscuras, casi como en hoyos, una enorme cantidad de gente...

—¿Qué busca esa monja aquí? El poblado existe desde hace más de 30 años y jamás alguien se ha interesado por nosotros.» —la gente me demostraba escepticismo y desconfianza.

Delante de mi puerta estaban sentados casi siempre jóvenes delincuentes, que la mayoría de las veces hacían estropicios. Yo entraba en contacto con ellos cuando necesitaban ayuda. Como Cristian. Sangraba abundantemente por la cabeza; sus compinches lo habían golpeado con una botella. Le curé la enorme herida. Sentía su desesperación: así, con esa tremenda venda, no podría de ninguna manera estar otra vez entre la gente. Al desvalido siempre le iba mal. Busqué un peine y traté cuidadosamente de arreglar los cabellos sobre la venda. Mientras yo lo peinaba, Cristian empezó a llorar terriblemente.

—Estoy completamente solo, no tengo a nadie.

—Pero tú vives con tu abuela.

—Sí, pero ella no es buena conmigo. Me regaña siempre porque voy por mal camino. Pero mi abuela es buena a pesar de todo. Mucho mejor que mi madre. Ella simplemente se fue.

Se sentía totalmente abandonado. Permanecimos sentados largo rato; contó que era buscado por la policía y que, además, ya había estado en la cárcel.

—Cuando se ha estado ahí una vez, entonces ya no se puede cambiar.

Yo lo miré:

—Sabes tú, Cristian, todos ustedes son todavía muy jóvenes. Todos ustedes pueden cambiar. Tienes que tener cuidado con la herida, ven cada día para que yo la pueda ver.

Cristian venía cada día, nos sentábamos y conversábamos y yo cuidaba la herida. Pronto trajo también a sus amigos.

Para mi gran alegría, poco tiempo después vino donde nosotros Gabriela, una abogada. Ella venía una vez por semana a mi casa. Aquí se sentaba en la mesa del comedor y los jóvenes, que se habían convertido en hombres delincuentes, podían venir en su horario de atención. Por primera vez obtenían una defensa apropiada. Gabriela podía negociar muchas cosas que les abrían nuevas oportunidades a los jóvenes: que alguien, por ejemplo, no tuviera que ir a la cárcel (de la que también los jueces sabían que era la mejor escuela del crimen). Si ese alguien se «entregaba», podía permanecer en el barrio.

Juntos también nos hicimos cargo de las ruinas de enfrente. Llevamos 35 camiones con basura y escombros antes de poder entrar al lugar. Aquello era la deshonra del barrio: circulaban historias de horror sobre personas que se habían podrido aquí. Habitaban traficantes de drogas y planeaban sus asaltos.

Queríamos celebrar juntos la Navidad en el sitio delante de las ruinas, y lo logramos.

También ayudó Mauricio. Él estaba siempre sentado delante de mi puerta y no se apartaba ni un centímetro; a veces me era difícil salir a la calle por el lado de él. Tenía un aspecto rudo y yo no estaba segura de que no tuviera algo contra mí. Yo lo saludaba cada vez que salía y entraba y cuando conocí su nombre, lo saludaba por él. Cuando por fin teníamos limpias las ruinas, yo quería desinfectarlas

y conseguí barriles de cal en bruto. Cuando Mauricio vio por primera vez la cal, vino de inmediato hacia mí:

—¿Puedo participar? Quiero blanquear.

Yo estaba sorprendida y en apuros, ya que ni siquiera tenía una brocha: no tenía dinero. Mauricio se consiguió una prestada en alguna parte y comenzó. Su comportamiento tenía algo de una urgencia increíble, como si *tuviera que* hacerlo. Como si el trabajo fuera una limpieza interior para él. De alguna parte pude por lo menos reunir suficiente dinero para poder darle algo para beber y una pequeña propina.

Los muchachos que ahora pintaban con mucha meticulosidad y perseverancia habían dominado el barrio, habían intimidado a la gente y habían sido despreciados por ésta. Cuando la gente vio ahora a esos muchachos trabajando, efectuando un trabajo que favorecía al barrio, los pobladores se dividieron en dos grupos.

Los de más edad, como Valeria, estaban felices:

—¡Madre, que hermoso es esto! ¡Esos inútiles no servían para nada! Solamente causaban daños y nos desprestigiaban. ¡Pero ahora mire usted! Y además, hacen algo para todos nosotros. Ellos están salvados.

Las personas mayores pasaban por ahí, se detenían, conversaban con los jóvenes y me felicitaban. Desarrollaban sentimientos como de abuelos.

Pero las personas entre 30 y 35 años estaban furiosas.

—¿Cómo puedes favorecer a esa gentuza miserable? Nosotros somos parados honorables, tenemos hijos que alimentar, y no hemos hecho nada malo. Si alguien necesita un trabajo aquí, éstos somos nosotros.

Solamente les pude decir:

—Sí, hay mucho paro. Y si ustedes quieren, podemos pensar juntos qué se puede hacer. Pero aquí solamente pue-

do invitarlos a alegrarse de que esos jóvenes tal vez estén tomando otro camino.

Cuando las ruinas estaban limpias, fue como un milagro para la gente. Detrás construimos una plaza de juegos infantiles. Después, con ayuda del grupo de contacto y de la familia Frings, compramos el lugar con las ruinas y más adelante construimos allí una iglesia: una iglesia grande de piedra, madera y vidrio, la que se amplió con la construcción de nuestro centro comunitario y una guardería para niños en edad escolar. Ahorramos peso a peso y recibimos mucha ayuda de Alemania: de Adveniat, de la diócesis de Colonia, de una comunidad evangélica de Berlín y naturalmente del grupo de contacto. Y en Pentecostés de 1991 inauguramos la iglesia.

Todavía teníamos que llegar a ser *una* comunidad. Ese fue un proceso arduo. Los diferentes grupos, los delincuentes y los que se consideraban honorables tuvieron que unirse. Otro milagro era la forma como terminábamos nuestras reuniones y misas. Desde el principio nos dábamos la mano después de cada trabajo y de cada misa, para rezar el *Padrenuestro*. Costó mucho esfuerzo darle realmente la mano a un ladrón, a un delincuente, del que la gente sabía lo que había hecho. La tensión que se generaba con eso era por otro lado difícil de soportar para los jóvenes. Cuando era muy difícil, yo me colocaba al lado o en medio, para que al principio no fuera necesario un contacto directo.

Pero la comunidad superó ese proceso: hoy está fusionada fraternalmente.

## PODER VIEJO EN RECIPIENTES NUEVOS

*Santiago con cordillera coronada con nieve  
en Adviento de 2005*

*Queridos amigos,*

*[...] El hambre ya no se refleja en los ojos de muchos de nuestros niños y jóvenes como en tiempos anteriores; hoy se reflejan las drogas... Y un hambre desesperado de vivir. A menudo estoy desconcertada y triste, porque la lucha contra las drogas parece casi sin esperanza y se parece a nuestra lucha contra la invasión de chinches en nuestra casa, que de la noche a la mañana nos han invadido y que no logramos expulsar pese a todos los esfuerzos.*

*[...] En estos días tuvimos una audiencia con el ministro de Educación, Sergio Bitar, para presentarle los problemas de los, por lo menos, 100.000 jóvenes de los barrios pobres que anualmente están en peligro de caer en las drogas y en la criminalidad. Hasta ahora nadie quiere ver eso, aunque estadísticas bastante exactas informan al respecto. El ministro escuchó atentamente y designó de inmediato una comisión para elaborar un proyecto piloto con nosotros. ¿Una nueva esperanza para nosotros?*

Las drogas siguen siendo hasta hoy, junto con una lucha efectiva contra la pobreza, tal vez nuestro mayor problema.

Por todas partes en la calle, en las veredas, detrás de las cercas en los terrenos, están los papelitos de las drogas. Se venden drogas abiertamente. Cualquiera puede ver eso, pero la policía no hace nada. Delante de mi puerta sigue habiendo jóvenes sentados a todas horas del día y de la noche. Muchas veces buscan protección de la policía. Pero

siempre entran empalagosas nubes de humo por la escalera en nuestra casita, a veces tantas, que en los cuartos de abajo hay una espesa nube de marihuana.

Hay tan pocas perspectivas para esos jóvenes: la vagancia y las drogas parecen ser las únicas.

A veces, cuando obtengo más contacto con algunos de ellos, entonces me confían algo: ¡Cómo desearían terminar con todo eso! ¡Cuánto desean una vida diferente! Cuando puedo (y ellos *realmente* están dispuestos) los ingreso a nuestro centro de rehabilitación de drogadictos Talita Kum («Muchacha, levántate»). Pero incluso si soportan la terapia, eso dista mucho de significar que realmente pueden salirse. La mafia de las drogas trabaja con todos los métodos pérfidos que utilizaba el servicio secreto en la dictadura: quien haya caído alguna vez en las redes de la mafia, por el motivo que sea, casi no puede salir. Los jefes de la mafia amenazan a las familias ¡y no son amenazas vanas! Retirarse es para algunos realmente casi imposible.

Toda la problemática de las drogas me parece como un enorme tumor canceroso que crece y crece sin impedimentos y carcome cada vez más la sociedad. Las drogas son parte de la pobreza; una pobreza que se multiplica permanentemente.

## NUESTROS NIÑOS

Dos o tres veces a la semana, Bárbara duerme con nosotros. Lo hace en una pieza diminuta, donde caben exactamente una cama y un velador. Cuando antes de ir a la cama miro una vez más cómo está, tengo que pensar en el tiem-



po en que en el mismo lugar todavía había una litera para Daniela y Marisol.

Siempre venían niños donde nosotros: algunas madres nos los traían porque no sabían cómo satisfacer una boquita hambrienta más. O los encontrábamos en la calle, en chozas cerradas, debajo de una cama sobre un cartón... Justamente en todas partes donde los habían dejado. Buscábamos para esos niños un nuevo hogar, nuevas familias, lugares en hogares para niños; algunos encontraban una familia adoptiva en Alemania. Cuando una vez no podía encontrar ninguna familia para un niño, mi hermana María lo recibió en su familia. Pero también había niños que permanecían con nosotros hasta que llegaban a ser autosuficientes: Patricia y su hermano Camilo se mudaron conmigo a Recoleta. Los habíamos enviado a un hogar, creyendo haber encontrado una buena solución, pero después constatamos bajo qué condiciones terribles, incluso crueles, vivían allí. Los trajimos de vuelta, pero ya eran casi adolescentes. Hortensia, David, Karen, Flor... para muchos niños, Maruja y yo nos hemos convertido en mamá...

Dos llegaron cuando eran pequeñas y en cierto sentido han permanecido con nosotras para siempre: Daniela y Marisol. Tratábamos de ser una familia para ellas lo mejor posible. Una vez al año viajábamos al sur, donde un sacerdote amigo ponía a nuestra disposición una pequeña casa, y hacíamos dos semanas de vacaciones. ¡Cómo disfrutaban de la naturaleza las niñas! Al cabo de los años los niños de ese pueblo llegaron a ser como hermanos para ellas. Pero las niñas, y sobre todo Daniela, querían que estuviéramos todavía más unidas.

Era un miércoles por la tarde. Maruja ya había llegado a Quinta Bella con las dos muchachas.

Daniela, que tenía como siete años, estaba sentada arriba frente a su diminuta mesa y hacía las tareas. La abogada Gabriela estaba sentada abajo y delante de la puerta se encontraban los pobladores y esperaban pacientemente hasta que les llegara el turno de hablar con Gabriela. Cuando uno acababa de abandonar la casa, Daniela bajó rápidamente la empinada escalera, abrió la puerta y les dijo a los que esperaban:

–Un momento, por favor –se adelantó a la mesa de Gabriela–: ¿Pueden también los niños ser atendidos?

Gabriela estaba más que perpleja:

–Sí, ¿qué deseas consultar?

–¿Qué tengo que hacer para que me adopten?

Gabriela la miró desconcertada:

–¿Pero quién debe adoptarte?

–¡Mi mamá!

–¿Pero quién es tu mamá?

–La hermana Karoline, por supuesto.

En ese momento Gabriela me llamó. Daniela estaba total y casi desesperadamente decidida:

–¡Quiero llamarme Carolina Mayer Hofbeck, como tú! –dijo y me miró con ojos refulgentes. Costó mucho esfuerzo aclararle a Daniela que también después de una adopción se seguiría llamando Daniela. Pero su deseo de adopción lo cumplimos. Actualmente Daniela vive con su esposo, sus suegros y sus tres pequeñas hijas cerca de nosotros. El tiempo de su adolescencia fue difícil. Le buscamos un lugar en una escuela privada y finalmente logró terminar, pese a su primer bebé.

Marisol desarrolló una capacidad increíble para ver los corazones de las personas. Ella sabe con mucha sensibilidad lo que necesita la gente. Apenas tenía diez años, cuan-

do una vez estaba sola en la casa. Llamaron a la puerta. Una mujer de edad, completamente nerviosa, dijo que quería hablar conmigo acerca de una adopción. Como Marisol ya le había ofrecido que se sentara, comenzó de inmediato a relatar:

–He recibido un niño pequeño que fue abandonado. Ahora tiene cinco años. Hace poco vinieron sus parientes. Tengo miedo de que me quiten el niño.

Marisol la miró, reflexionó y después preguntó:

–¿Le dirá al niño que es adoptado?

–Claro que sí, naturalmente.

–¿Y usted lo ama?

–Claro que sí, por eso estoy tan desesperada ante la posibilidad de perderlo.

–Entonces nadie va a poder quitarle el niño –le aseguró Marisol y la citó para una entrevista conmigo por la tarde.

Marisol fue adoptada por Maruja. Ella también tuvo un hijo tempranamente y hoy tiene una familia con dos hijos. Marisol viene de una familia en la que casi todos tienen problema de alcohol. Su madre era alcohólica y murió. La escuela fue difícil para Marisol. Pero también la terminó y aprobó un curso de ayudante de educadora de párvulos. Bárbara, su hija pequeña, tiene ahora ocho años. Cuando miro fotos antiguas, Bárbara es el vivo retrato de Marisol. Bárbara es muy inteligente, lee con ansia y quiere que le expliquen todo con exactitud. Por eso madre e hija no siempre tienen un trato mutuo fácil.

Jamás he dudado de que mi vocación es vivir junto a los pobres y con los pobres. Aquí está mi lugar. Pero cuando las niñas estaban creciendo, me preguntaba a veces si no sería mejor para su camino si viviéramos más lejos de las drogas y de la criminalidad, de los adolescentes que no le

ven ningún sentido a la escuela, que no tienen ninguna perspectiva...

Sigo el camino de muchos, muchos niños desde una menor y mayor distancia. También estoy hasta ahora en comunicación con muchos de los padres adoptivos de Alemania. Algunos de los niños no han seguido su camino en forma muy recta, sobre todo la pubertad es muchas veces un tiempo difícil.

¡Cuando pienso ahora que en el noviciado se nos inculcó que no tomáramos ningún niño pequeño en los brazos (probablemente por el temor a que pudiéramos desarrollar sentimientos maternales)! La vida ha querido otra cosa: ¡Cuántos niños he ayudado a venir al mundo! ¡Con cuántos lactantes y niños pequeños y mayores he vivido, hasta que hubieran encontrado su camino en la vida o en una familia!

# ***Nuestro camino libera***

## AL NUEVO OBISPO NO LE GUSTA LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN

La Teología de la Liberación se originó en Latinoamérica, pero dista mucho de haber convencido a todos los clérigos de este continente. Después de haber trabajado muchos años bajo las órdenes de un obispo que compartía la visión de los teólogos de la liberación, eso cambió a fines de los años ochenta.

Fue después de mi retiro de la Fundación Missio. Yo buscaba una nueva tarea. El obispo regional Antonio Moreno, que después sería arzobispo de Concepción, me propuso trasladarme a Quinta Bella, un sector del barrio Recoleta. A esa antigua población obrera no había entrado nunca la Iglesia: los trabajadores habían sido siempre muy opositores y en el tiempo de la dictadura se añadió mucha amargura; a causa del paro y del empobrecimiento se había originado mucha delincuencia. La violencia y la miseria eran aquí muy, pero que muy grandes. A causa de la violencia, nadie quería ser enviado a ese barrio.

Pero antes de que yo pudiera estar de acuerdo con ese nombramiento, quería saber del obispo, al que conocía como muy conservador y oponente de los teólogos de la liberación:

—¿Confías en mí?

—¡Naturalmente, de lo contrario no te habría nombrado!  
¿Por qué preguntas eso?

—*Tú* sabes que yo pertenezco a la Teología de la Liberación y *yo sé* que tú no compartes sus ideas. Me preocupa que no tengas confianza en mí. ¿Cómo puedo asumir una nueva tarea pastoral dentro de tu región, cómo puedo formar y dirigir una nueva comunidad sin tu confianza?

—Yo confío en ti, porque me he informado sobre ti en tu comunidad Jesús Sol Naciente: he visto una comunidad que celebra, reza, que se perfecciona en la palabra de Dios, que es activa en el amor. He visto una comunidad que no filosofa sobre teología, sino que vive realmente el Buen Mensaje de los pobres. De tener dudas, eso sería en tu forma de celebrar la liturgia.

Yo sabía a qué se refería: Antonio Moreno nos había visitado un domingo y había conocido nuestra celebración de la misa. Los representantes de la comunidad estaban sentados con nosotros detrás del altar. También ese domingo ya estaban ahí cuando el obispo entró a la iglesia. Además, ese día había dos enormes ollas de sopa delante del altar. Éstas debían ser bendecidas y a continuación llevadas en una procesión a través del barrio pobre, a un nuevo comedor. Pude ver lo extraño que era eso para el obispo: él no estaba solo en el altar. No era, como siempre, señor de la liturgia; también todos los otros habían participado en la liturgia y, además, habían llevado al lugar sagrado de la iglesia algo tan profano como ollas de sopa.

Acerca de eso, me habría gustado decirle que la celebración de la liturgia siempre es la celebración del pueblo. ¿Pero cómo podía hacer eso? ¡El obispo era el teólogo, era incluso un muy apreciado profesor universitario de Sagradas Escrituras! Yo no podía enseñarle nada sobre liturgia. Sólo pude replicarle:

—Lo que has visto donde nosotros, *eso* entiendo yo por teología pastoral.

Yo seguía sin comprender por qué él era tan crítico frente a la Teología de la Liberación. Y necesitaba su confianza y suficiente apoyo para mi modo de trabajar. Por eso tenía que enterarme más, por qué Antonio Moreno rechazaba la Teología de la Liberación de ese manera:

—¿Qué tienes contra los teólogos de la liberación?

Él respondió:

—Algunos de ellos no creen en la divinidad de Cristo.

—¿Quién de ellos?

—Yo pienso en Jon Sobrino.

Entonces pregunté bien directamente:

—¿Has leído su cristología?

Ahora el obispo estaba sumamente incómodo. Luego tomó aire:

—No, a decir verdad, no la he leído.

Por un momento me quedé sin habla: ¡Él juzgaba una orientación completa de la teología y la rechazaba sin haber leído sus obras esenciales! En mi conmoción se mezcló respeto. Había grandeza humana en el hecho de reconocer eso frente a mí.

Después trabajamos juntos, bien y con confianza.

## NO SOY ASISTENTE SOCIAL

El interés por nuestro trabajo en las comunidades de base era siempre grande.

Y alguien de la Iglesia me había enviado un profesor de teología alemán que quería conocer una comunidad de base cristiana y hablar con alguien que trabajara allí. El profesor llegó al barrio pobre. Ya en la primera conversación él quiso aclararme:

–Hermana, no existe ninguna Teología de la Liberación, no puede existir en absoluto. De haber algo, entonces habría que escribir una Teología de la Reconciliación

–¿Qué es, pues, una Teología de la Reconciliación? –quise saber de él.

–Una Teología de la Reconciliación la encuentras con Pablo. La teología tiene que ser siempre universalmente válida. La Teología de la Liberación no lo es.

–Ah. ¿Y qué significa eso: una teología universalmente válida? ¿No llegamos entonces rápidamente a «nuestra» teología, la teología de la cultura occidental, del «primer» mundo? ¿Piensa usted que *eso* es universal?

Así comenzó nuestra conversación. Yo me di cuenta de que así no llegaríamos a un entendimiento: ni a él ni a mí nos serviría de algo discutir en abstracto sobre conceptos de teología. Yo veía solamente la posibilidad de que él experimentara la Teología de la Liberación. Por eso dije:

–Lo único que le puedo ofrecer es que venga conmigo y vea cómo trabajamos aquí y qué entendemos por trabajo pastoral.

Fuimos a nuestra capilla. En este barrio pobre, que contaba con 15.000 pobladores aproximadamente, había-



mos empezado el trabajo en 1974. En la capilla él pudo ver que había un comportamiento muy comunitario: estábamos sentados alrededor del altar, y detrás de éste vio los asientos de los representantes de la comunidad. Al lado del asiento del sacerdote colgaba de la pared un organigrama: ahí él pudo ver que nosotros como parroquia pertenecíamos al arzobispado y como comunidad básica cristiana pertenecíamos a la parroquia. Nuestro Consejo Pastoral con 18 miembros estaba representado ahí y sus atribuciones para los diferentes servicios dentro de la comunidad de base se hacían evidentes: liturgia, catequesis, ayuda fraterna, finanzas, trabajo con jóvenes, servicio a los enfermos, preparación de los sacramentos, etc. El profesor estaba visiblemente impresionado. Y más aún, de que nuestra capilla pudiera servir también para otras reuniones: para reuniones de la comunidad, para los alcohólicos anónimos, para inválidos... Inmediatamente al lado de la capilla estaba el centro de salud. Cuando ya había visto eso, fui con él por el poblado para mostrarle también el jardín de infancia.

No hemos caminado ni 100 metros cuando delante de una choza encontramos sentada una mujer con una herida abierta en la pierna, en la que no sé cuántos mosquitos bailan alrededor. Con una mirada veo que la mujer está en peligro de muerte y que necesita ayuda de inmediato. Me disculpo con el profesor y hablo con los parientes: ¡Tienen que llevar de inmediato a la mujer al centro de salud! Y el profesor ve la miseria en la choza, ve a la mujer y su pierna pudriéndose.

No hemos seguido caminando ni 200 metros, y me detienen algunos hombres. Son como las nueve y media de la mañana:

–Venimos justamente de la cárcel e íbamos a hablar contigo. Esta mañana ingresaron dos hombres. Nos pidieron que avisáramos a sus familias. ¿Puedes hacerlo tú? Nosotros tenemos miedo.

Conozco a los hombres, ellos fueron arrestados por razones políticas.

–Bueno –digo–, por el momento tengo visita, pero inmediatamente después lo haré yo misma.

Seguimos caminando hacia el jardín de infancia Naciente. Antes de que doblemos en la esquina hacia el jardín de infancia, veo a Anita, una de nuestras antiguas niñas, jugando descalza en la calle.

–¡Dime, Anita! ¿Por qué no estás en la escuela?

–No tengo zapatos.

–Pero no vas a perder todo el año escolar por un par de zapatos. Bueno, es inadmisibile que no estés en la escuela.

–Mi mamá no tiene dinero. Y no me envía a la escuela sin zapatos.

Me vuelvo nuevamente hacia mi invitado y digo:

–Perdone, pero esta ocasión no la vuelvo a tener tan rápidamente, esto tengo que aclararlo ahora mismo. Hablaré brevemente con la madre.

Llegamos a la choza de la familia. Es día de lavado, y la madre está en la artesa para lavar. El padre está en paro. En la choza vive una segunda familia... y todos están en un estado deplorable.

–Anita estuvo tres años en nuestro jardín de infancia, ahora no va a la escuela. Si no va se queda analfabeta y la miseria de ustedes continuará. ¡Eso no puede ser por un par de zapatos! –le digo a la madre de Anita apelando a su conciencia.

–Pero yo no tengo dinero para zapatos.

—Ustedes estuvieron tantos años con nosotros en el jardín de infancia. Tú sabes exactamente que puedes dirigirte a nosotros. Ven hoy en la tarde, encontraremos zapatos para Anita y yo converso con la escuela, para que ella vuelva a ser aceptada, para que no pierda todo el año.

La madre promete venir por la tarde.

Cuando todo eso estaba encaminado, le mostré el jardín de infancia al profesor. En él había más de 350 niños: desde guaguas hasta niños en edad escolar. También le presenté a las educadoras de párvulos, que justamente todas eran del barrio pobre. Cuando se le acabó el tiempo, regresamos a mi casa para despedirnos:

—Veo que usted realiza un servicio excelente en diferentes áreas sociales.

¡Ah! ¡Eso no era en absoluto lo que yo vivía! ¿No había entendido en absoluto lo que yo había tratado de mostrarle toda la mañana? En forma poco amable contesté rápidamente:

—¡No soy asistente social y tampoco trabajo en programas de desarrollo! En ese caso habría entrado en otra organización.

Yo estaba tan enojada:

—Naturalmente, puedo hacer el mismo trabajo como asistente social. Pero tal como está escrito: «El espíritu del Señor me ha designado para proclamar la Buena Nueva a los pobres, para liberar a los reprimidos, para alimentar a los hambrientos». Ése es el motivo original de la Teología de la Liberación: que las personas puedan ver, escuchar y sentir la bondad, y sobre todo el humanitarismo de Dios. Pero esa bondad solamente puedo hacerla perceptible, concreta, si yo misma vivo en esa bondad. Si hago que Dios sea mi centro y vivo de él, si reconozco a Jesús

como mi maestro y dejo que me indique el camino; entonces puedo ayudar concretamente a las personas que tienen hambre, que están enfermas o que son perseguidas. Y por cierto, ayudar de tal modo que ellos mismos experimenten algo de la bondad de Dios a través de mi ayuda. Entonces las personas pueden sentir aquí que por cierto viven en la más profunda miseria y que la sociedad los considera escoria, pero que pese a todo la promesa de Dios también está destinada a ellos: también ellos son hijos de Dios, también para ellos no hay nada que Dios anhele más sino que sean felices y que les vaya bien. Si eso es asistencia social para usted, entonces créalo así. Para mí eso es Teología de la Liberación, un camino con Dios que libera a las personas. A todas las personas, también a los pobres.

Después de ese arrebato el profesor no dijo casi nada más. Solamente:

–Esto me ha impresionado mucho ahora.

Yo estaba preocupada por mi dura reacción. Pero hasta el día de hoy el profesor ha seguido siendo un amigo que apoya nuestro trabajo.

Lo que realmente significa para mí Teología de la Liberación lo comprendí también cuando finalmente se cumplió uno de mis sueños dorados.

**POR FIN EN INDIA:  
CON LA MADRE TERESA EN CALCUTA**

Desde que oí hablar de ella por primera vez, la Madre Teresa era para mí un ejemplo brillante. Yo había seguido su camino a través de los años: cómo ella llegó a ser primero profesora en una orden misionera en India, cómo había sentido

luego, en las calles de Calcuta, su vocación para una vida entre los pobres y cómo obtuvo la autorización para retirarse de la orden y pese a eso seguir viviendo como monja. Desde 1948 anduvo por las calles en Calcuta. Sólo dos años más tarde fundó su propia orden, las Misioneras del Amor al Próximo. A mí me impresionaba sobre todo su coherencia, la forma radical con que dedicaba su vida a los pobres y su amor a Jesús. Hacía tiempo que teníamos la intención, como pequeña Comunidad de Jesús, de unirnos a la orden de la Madre Teresa, como una pequeña célula.

Entonces me llegó, como un regalo del cielo, una consulta de la Kindernothilfe (Ayuda para Niños Necesitados) en 1978: si yo podría imaginarme viajar a India por la Kindernothilfe y promover allí su trabajo. Sí, bondadoso cielo, ¡no había nada que me pudiera imaginar con más gusto! Todo mi ardiente amor por India se desencadenaba nuevamente, mi profundo deseo de ir a India y a Asia volvió a revivir de inmediato. Había, sin embargo, un gran obstáculo, un gran riesgo del cual yo tenía miedo: si yo salía voluntariamente de Chile, ¿me dejaría volver a entrar el régimen militar?

Corrí el riesgo y viajé a India con escala en Alemania. En esas seis semanas mi labor consistía en participar en conferencias, cursos de perfeccionamiento y seminarios, y compartir mis experiencias en el trabajo con los pobres, los niños y las comunidades eclesíásticas, con los colaboradores y representantes de la Iglesia de ahí. A continuación debí escribir un informe. Al término del viaje quise conocer por una semana en Calcuta el trabajo de las Misioneras del Amor al Próximo de la Madre Teresa. Invitada por un pastor protestante, pude vivir en su casa, cerca del convento de la Madre Teresa.

En el vuelo de Bombay a esa última estación de mi viaje, Calcuta, me habló Onju, una joven alemana-hindú. Ella había escuchado la conversación acerca de Dios, del mundo y del trabajo de la Madre Teresa en la que mi vecino de asiento me había envuelto:

–Hermana, yo la llevo donde la Madre Teresa. Me encargaré de que usted obtenga una audiencia con ella misma. Yo fui a una escuela de la Madre Teresa y arreglaré eso para usted.

Era una de las muchas providencias de Dios: esa joven me consiguió efectivamente una audiencia personal con la Madre Teresa.

En Calcuta se me permitió participar en todas las actividades de las hermanas, aparte de sus comidas.

La primera mañana yo estaba sentada junto con las hermanas a las cinco de la madrugada con 30 grados de calor en su capilla en la oración matutina. Confieso que estaba sobresaltada: ahí estaban sentadas esas hermanas hindúes y rezaban en inglés –palabra por palabra– nuestra oración matutina. Así como yo la había rezado todos los años que estuve en el convento; una larga, larga oración de palabras sin mayor convicción. No podía imaginarme en absoluto qué les podía entregar eso a las hermanas, que además, rezaban en un idioma extranjero. Me pregunté: «¿Dónde queda entonces la cultura, la expresión de su propia espiritualidad y la riqueza de su herencia religiosa? ¿Cómo logran un diálogo con Dios?». Eché de menos todo lo que me era importante para mi fe. Sin duda, yo había proyectado *mis* necesidades, mis propias ideas, sobre la orden de la Madre Teresa. Ahí estaba sentada ahora con mis proyecciones y esperaba la partida a Caligate.

Junto con las hermanas viajé en un camión al famoso templo de la diosa Kali, que el municipio de Calcuta le había cedido a la Madre Teresa para su trabajo con los moribundos. Desde todas partes de la ciudad, las personas que habían sido recogidas moribundas en la calle eran llevadas en camión allí. Lo que vi era una miseria inimaginable y un cuadro de horror.

Las hermanas y las ayudantes cuidaban a los enfermos y moribundos. A mí no me necesitaban mucho. Se me asignaron cuatro pacientes. Al mismo tiempo, yo observaba todo lo que ocurría en el enorme recinto del templo. Estaba asombrada por la magnífica destreza de algunas hermanas para inyectar medicamentos, para colocar sondas y goteo intravenoso, pero a menudo echaba de menos más atención o gestos cariñosos en ellas y creía —así me parecía constatar— una cierta dureza en el trato con la gente. Pero también era consciente de que estaba en otro mundo que conocía demasiado poco.

A mediodía, en el camino de regreso, como también en el viaje de ida, siempre había en el camión una risita, a veces una carcajada de las hermanas, cada vez que en una rápida detención antes de un cruce, casi todas nosotras caíamos una encima de la otra. Yo encontraba eso divertido, pero una de las hermanas que dirigían comenzaba muy rápidamente la oración con el rosario. Prácticamente no había ninguna posibilidad de un intercambio personal para las hermanas.

Por la tarde fui a los hogares para niños. Años antes había leído un artículo de una joven voluntaria acerca de la Madre Teresa y su trabajo en un hogar de niños. Jamás había olvidado la imagen y la sensación de seguridad que se originó en mí al leer: la joven relataba que las hermanas se preocupan de los niños que necesitan una atención

especial. Éstos pueden incluso sentarse a sus pies durante la oración vespertina, para después ser llevados cariñosamente a la cama. Con esa imagen romántica llegué a Calcuta, a una hora de un calor abrasador, a un lugar demasiado caliente. Los niños dormían, estaban sentados o gritaban en sus catrecitos. Las niñeras hindúes no se alegraron de mi aparición. Estaban cansadas, algunas se habían tendido a dormir junto a las camas de los niños. Tenía que ser difícil para las mujeres ocuparse de los niños. Yo pensaba en nuestras guarderías infantiles en Chile. ¡Cuánto había que hacer aquí todavía, para entregarles a los niños el amor, el cuidado y la educación que necesitaban!

Onju había cumplido su palabra: junto con ella tuve esa semana la oportunidad de reunirme personalmente con la Madre Teresa. Ella venía de regreso de un viaje a Bombay; el sindicato islámico le había pedido que abriera allí un nuevo hogar. Estaba muy cansada en nuestra conversación, y sin embargo, despierta y atenta. Yo percibía su gran corazón lleno de amor con el que me escuchaba. Le conté de nuestro trabajo en Chile y de nuestras ideas de conectarnos con ella. Ella escuchaba atentamente y hasta hoy me suena en el oído su «*so good, so good*».

Los días en Calcuta me indicaron que nosotros, con nuestra pequeña Comunidad de Jesús, no cuadramos con la orden de la Madre Teresa. La Teología de la Liberación nos ha guiado a las raíces de la miseria y de la injusticia. A nosotros nos interesa cambiar la injusticia de las estructuras políticas y económicas.

La misión y el trabajo de las Misioneras de Amor al Prójimo son diferentes, y sin embargo, de un valor incalculable. Los más pobres de nuestro mundo necesitan su ayuda en sus necesidades materiales existenciales. El mun-



do necesita la prueba de amor de las hermanas de la Madre Teresa. ¡Los caminos de Dios son insondables y existen muchas maneras de vivir su amor!

### HASTA DONDE ALCANCE MI PEQUEÑO SER

En realidad, es muy sencillo: en esencia, con la Teología de la Liberación queremos crear en las comunidades de base cristianas estructuras que les posibiliten a las personas ir por el camino que Jesús nos ha señalado. En esas comunidades las personas pueden crecer y desarrollarse juntas. ¿Qué significa esto concretamente? Para mí significa mirar a Jesús y aprender de él. Jesús no creó una nueva religión y no quería fundar una nueva religión. Jesús quería señalarle a la gente un nuevo acceso, un nuevo camino hacia Dios. Un camino de conversión personal y en comunidad. Un camino que no permite injusticias, hambre ni represión.

La Teología de la Liberación se ha atrevido a algo inaudito. Se ha atrevido a hacer la pregunta: ¿qué les ha traído en realidad el cristianismo a los pueblos de Latinoamérica? Y la respuesta, aún más inaudita, es: los cristianos les han traído represión y explotación a esos pueblos. La Teología de la Liberación ha puesto el dedo en la llaga de un cristianismo capitalista que está unido con los poderosos. Contra eso, la Teología de la Liberación ha hecho un análisis de la sociedad: ¿de dónde vienen la injusticia y la represión que hay en el mundo? ¿Qué estructuras permiten esa represión? Una conclusión: nosotros como Iglesia podemos permitir, fomentar y apoyar la represión de personas, aún peor: incluso la misma Iglesia puede reprimir. En el análisis de la Teología de la Liberación, esa represión por parte de la

Iglesia comienza cuando la Iglesia se instala o se deja instalar al lado de la jerarquía terrenal, como estructura de poder que está a la misma altura que ella. Viéndolo de ese modo, el cristianismo perdió su fuerza explosiva, su fuerza liberadora, cuando el emperador Constantino lo convirtió en religión estatal, acabando así con la persecución de cristianos.

Con Jesús no hay ninguna justificación para la represión estructural. Tampoco para ninguna estructura en contacto con jerarquías terrenales. Sus discípulos fundaron pequeñas comunidades: en ellas eran representantes de la comunidad aquellos que estaban llenos del espíritu de Dios y que expresaban de la mejor forma, vivían de la mejor forma y podían seguir llevando de la mejor forma el ejemplo de Jesús.

Ese modelo tratamos de vivir en nuestras comunidades de base: pequeñas comunidades, tan pequeñas que todos se conocen y pueden intercambiar opiniones sobre su vida política, social, cultural y personal. Una y otra vez mirar juntos: ¿Qué significa seguimiento de Cristo en cuestiones bien concretas? «¿Cómo educo a mis hijos con amor?» «¿Cómo me entiendo con el vecino malo?» pertenecen a ese modelo tanto como luchar por sueldos justos, asistir a la madre enferma o defenderse contra una brutal violencia de Estado. Nada de lo que forma parte de la vida está excluido, todo es importante. Si uno comprende así el seguimiento de Jesús, entonces cambia su comportamiento en todo sentido: personal, social y político. Ese otro comportamiento se convierte en libertad y justicia. Lo uno no se puede separar jamás de lo otro. Las comunidades de base son las células, el campo de práctica para ese trabajo de liberación: ahí las personas se pueden alentar, corregir y apoyar mutuamente. Las comunidades tienen

que ser suficientemente grandes para que ese apoyo mutuo sea posible, y suficientemente pequeñas para que todos se conozcan personalmente.

Yo trato de vivir y de enseñar un punto muy central en ese camino: se trata de seguir a Jesús. Consiste en orientarse por él. Pero no se trata de llegar a ser una copia de Jesús. Actualmente ya no me interesa en absoluto lo que cuando era niña y adolescente me enseñaron y entendía bajo el concepto de «*imitatio*»: imitación de Jesús. En ese tiempo pensaba que tenía que olvidar mi singularidad e imitarle en todo a él, convertirme en una copia de él. Hoy trato de enseñarle a la gente a mirar a Jesús y a comprender que *cada uno* de nosotros también puede llevar a la realidad el sueño de Dios en su corazón. Jesús era único como persona. En su tiempo él transmitía en su forma, en su singular personalidad, lo que conocía de Dios, lo que él mismo experimentaba en su más íntima conexión con Dios. Él siempre decía: «Yo y el Padre somos uno». Si él nos convierte en sus discípulos y discípulas, entonces sé como Karoline: Dios me creó tal como soy. Mi realización es vivir en esa unidad con Dios, como Karoline, que aprende de Jesús. Pero yo vivo con mis particularidades, con mi vocación y mi misión, en mi situación histórica, en este lugar, en esta sociedad, en este momento histórico: quiero llegar a ser cristiana, «otro Cristo», como decía Pablo.

En mi «tal como soy» trato de vivir y de transmitir a los demás lo que cabe de la abundancia de Dios en mi pequeño ser.

Hasta donde alcance mi pequeño ser.



# ***La amistad llega a todas las capas sociales y a través del océano***

UNA NUEVA FUNDACIÓN:  
LA FUNDACIÓN CRISTO VIVE

Desde mi traslado a Quinta Bella en 1989, he tenido dos grandes campos laborales. Uno era la formación de una comunidad en ese barrio obrero, ya descrita.

El otro no estaba en mis intenciones, y en realidad tampoco lo quería. Después de las experiencias con la Fundación Missio me propuse trabajar solamente en estructuras claras de autoayuda. Ése era el plan; la vida quiso otra cosa. Una vez que terminó la dictadura, muchas personas estaban tan agotadas por la constante desconfianza mutua, por los temores y por las represiones, que al principio ni siquiera se podía pensar en autoayuda. Al mismo tiempo, muchos amigos y colaboradores voluntarios me insistían en darle nuevamente un techo a nuestro trabajo. Y finalmente comprendí que esa forma era más útil en ese tiempo.

Y así, a mediados de 1990, creamos una nueva fundación, la Fundación Cristo Vive. Actualmente trabajan en ella más de 350 empleados de planta y colaboradores voluntarios. En

cinco guarderías infantiles se atiende a más de 690 niños. En dos escuelas de formación profesional, alrededor de 810 personas jóvenes sin recursos obtienen anualmente instrucción en un oficio manual o en otra actividad. En el centro de rehabilitación para drogadictos hay 60 pacientes en tratamiento. Alrededor de 30 jóvenes discapacitados, mental y físicamente, vienen al hogar diurno Dios con Nosotros. Incluso mi mayor sueño dorado se ha cumplido: en dos centros de salud, más de 24.000 pacientes inscritos reciben gratis una atención médica integral ambulatoria que satisface los criterios más modernos. La gente de los barrios pobres recibe efectivamente la misma medicina que las personas de los barrios ricos; ¿quién lo hubiera pensado hace 35 años?

Eso es posible solamente porque, por un lado, el Estado chileno, después de largas y duras negociaciones, ha prometido financiar el 90% de los costes. Y nosotros seguimos luchando, hasta que se haga cargo del 100%. No obstante, las promesas no se cumplen con regularidad. Eso nos lleva reiteradamente al borde de la ruina. Por otro lado, todo el tiempo hemos experimentado la solidaridad de nuestros amigos de Europa, que además de ayudarnos con los gastos de construcción, nos han ayudado también con los corrientes. Siempre me he considerado constructora de puentes: entre el pueblo y los políticos, entre las diferentes iglesias, razas, países, continentes, entre el norte y el sur.

Pero sobre todo, entre pobres y ricos.

#### AMISTADES: REDES QUE SOSTIENEN

Mi vida está llena de encuentros. Al principio tenía la idea de vivir con los pobres. En cierto sentido «hundirme en su

vida». Desde ahí quería construir mi vida junto con ellos y encontrar el punto de partida para su integración en la sociedad. Pero con el transcurso de los años constaté que la integración solamente se lograba si había contacto, encuentros con otras capas sociales, incluso con otras culturas.

Pronto tuve contactos en la clase alta chilena, en el mundo de los ricos y «guapos». Eso comenzó con el encuentro con Mercedes Echeñique, que era llamada Tía Pin. Ella había colaborado incansablemente en los comedores y más adelante había regalado el terreno en Renca, para la población para gente sin casa.

En la casa de la Tía Pin entraban y salían todos los que tenían rango y apellido en la alta sociedad chilena. Tía Pin y su esposo, Sergio Larraín, tenían contacto con los más grandes artistas del país: de éstos formaban parte Pablo Neruda el gran poeta chileno y premio Nobel de Literatura; el pianista chileno Claudio Arrau, y el pintor surrealista Roberto Matta. En la casa de Tía Pin me encontré con Domingo Santa María, uno de los fundadores de un gran banco chileno, y con Mario Pérez de Arce, el famoso ganador del Premio Nacional de Arquitectura. La Tía Pin me relacionaba con todas las personas que ella frecuentaba, para motivarlas también a ellas a acercarse a los pobres. Cuando ella me presentaba a alguien, jamás era mi intención provocar lástima o incluso sentimientos de culpa. Más bien trataba de ser una mensajera de los pobres: disolver prejuicios (el mayor obstáculo es tal vez, hasta ahora, el miedo de que los pobres quieren quitarle todo a los ricos) y crear confianza. Yo trataba de invitar a conocer la vida de los pobres y a descubrir lo hermoso en ella: la hermandad, la solidaridad. Yo relataba lo feliz que me hacía mi vida con los pobres. A quien quisiera colaborar, yo podía hacer-

le una amplia oferta de especialidades: médicos, psicólogos, profesores, artesanos, abogados son bienvenidos para regalarnos una hora a la semana o al mes, para operar a una persona o para defender a alguien jurídicamente. O para poner a disposición recursos para nuestro trabajo: material de construcción o medicamentos, naturalmente también alimentos. De esos encuentros a veces se llegaba a ser amigo o conocido, a veces se permanecía con un respeto mutuo.

Las personas que colaboraban tenían a menudo ideas beneficiosas. Un arquitecto había construido una de las primeras casas comerciales con un estilo nuevo en Providencia, el barrio de los grandes centros comerciales de Santiago: una especie de casa de caracol en la que no era necesario subir escaleras. Durante más de 15 años puso allí una tienda a disposición de nuestras mujeres, de modo que ellas podían ofrecer sus mercancías directamente en el barrio de los ricos.

Con el tiempo, de ahí se originaron maravillosas experiencias de convivencia; de éstas, a su vez, muchas veces amistades entre los pobres y personas de otras capas sociales. Yo vi que venían empresarios para pedir consejo cuando tenían un problema con un determinado trabajador: ahí podían meterse en la mentalidad de los pobres. Pero también vi cómo crecía nuestra gente, para decirles su opinión, para expresar su crítica o incluso para manifestarles sus sentimientos a tales amigos. Justamente sus sentimientos a menudo no los mostraban, a causa de su idea muy propia de poder. No dejo que los otros sepan lo que pienso, lo que soy; ésa es su barrera de posición social.

En la actualidad vienen a menudo al barrio pobre amigos de los barrios de ricos como Paola y Arturo Domínguez, Maruja Boizard y Anita María Richard a nuestra misa do-



minical. Ahí se puede percibir que crece una verdadera hermandad. Una bendición que hasta hoy es todo menos obvia: ¡siguen existiendo taxistas que se niegan a traer pasajeros donde nosotros! Aparte de esas relaciones con la clase alta chilena, había también conexiones con alemanes que vivían en Chile: ahí estaban los contactos con los muchos profesores comprometidos en Chile, a través de Hilde Haberkorn.

Además, me une una amistad especial con Inge y Paul Frings. Paul Frings trataba siempre de atraer la atención de empleados de las Naciones Unidas sobre nuestro trabajo, y tenía contacto con círculos diplomáticos y naturalmente con la embajada alemana. Seguir a san Francisco y el compromiso con los pobres era su deseo máspreciado. En eso él estaba muy influenciado por su tío, el cardenal de Colonia Josef Frings, que fundó las grandes instituciones benéficas Adveniat y Misereor. Paul Frings tenía contactos con las instituciones benéficas y con el arzobispado de Colonia. La familia Frings estuvo siempre de mi lado y de ese modo se construyó un puente hacia Alemania, también cuando mi trabajo y mi persona fueron puestos en duda por mucha gente en los difíciles tiempos de la dictadura. Menos éxito tuvo la familia Frings con su petición a empresarios alemanes en Chile; era difícil disolver prejuicios. Tanto más me hacían propaganda con amigos alemanes y muchas veces me hice amiga de sus amigos.

Así, o de un modo parecido, de las amistades se originaban redes de trabajo. Otro ejemplo: por intermedio del padre Übelmesser, procurador de la misión de los jesuitas en Núremberg, se originaron muchos contactos con jesuitas, con su sucesor Peter Balleis, con Edith Petersen, la hermana que actualmente colabora conmigo, pero también con

el padre Bernhard, fundador del comité Médicos para el Tercer Mundo.

También se ha reactivado mi gran círculo de amigas del tiempo del internado. Un día me localizaron en Chile. Ahí brotó seguramente una siembra de los de Steyl: una siembra de idealismo, la siembra para pensar en otros y en el gran mundo. Annemarie Hofer, por ejemplo, que yo conocía del internado, me invitó a Gotinga en 1973, para que yo explicara mi trabajo. De ahí se formó un grupo de amistad con 20 estudiantes de Gotinga que en 1974 comenzaron una acción de autoimposición: algunos nos enviaban durante todo el tiempo de sus estudios el 10% del crédito federal que recibían para costear los estudios, y después a veces hasta la mitad de su sueldo. Todavía me acuerdo que en mi cabaña de madera recibí en invierno de 1974 una carta de una estudiante llamada Johanna Winkelmann. Bien arropada en todo lo que tenía, me senté con una vela y leí: «Querida Karoline, después de tu estancia con nosotros, decidí compartir mi riqueza con Chile: te envío cada mes 35 marcos». Tuve que leerlo dos veces hasta que comprendí: por «riqueza» se refería a sus 350 marcos de crédito federal, ¡¡y de éstos nos entregaba 35!! Con muchos de ese grupo tengo contacto hasta hoy. Ellos mismos han fundado pequeños grupos en Berlín, Brakel, Gotinga, Aquisgrán o donde sea: la siembra continúa.

De ese modo, a través de los años se tejieron muchas redes con los lazos de amistad que había entre nosotros. Pero que tantas personas se hayan conectado a través de muchos años en forma tan permanente con nuestro trabajo se debe —creo yo— a que todos nosotros compartimos el mismo sueño que me trajo desde Oberbayern a los barrios bajos de Santiago. Ese sueño es el amor. Transmitir el amor

que está en el corazón. Yo creo que cada persona lleva ese sueño dentro de sí. Cuando varias personas encuentran un lugar donde pueden vivir su amor, entonces lo hacen de inmediato y de forma permanente. En nuestros proyectos muchas personas pueden encontrar un lugar para su amor. De ese modo vienen y muchas veces se quedan para siempre.

Sin el compromiso de voluntarios chilenos y europeos, sería impensable que la Fundación Cristo Vive fuera como es actualmente.

#### COMPARTIR Y ENRIQUECERSE

Una forma de vivir la solidaridad es emplear su fuerza de trabajo para los demás. Cada año hacen eso más de 30 voluntarios, gente joven de Alemania. Vienen, entregan un año de su vida y colaboran en todas partes donde se los necesita. Eso comenzó en 1979 con Rachel Koller, la hija de un pastor que se atrevió a dar el salto a través del océano hasta el barrio pobre.

¡Y los voluntarios se necesitan! Hay que tener en cuenta que, solamente en los jardines infantiles, el Estado chileno paga por cada 30 niños una ayudante de parvulario, y por cada 60, solamente una (!) educadora. Eso es demasiado poco para nuestros traumatizados niños, por eso es una bendición la atención de los jóvenes alemanes, hombres y mujeres.

Solidaridad es para nosotros la forma política del amor. Con la solidaridad podemos aliviar la pena, ayudar a personas que están en la miseria, cambiar una vida o incluso salvarla. Pero verdadera solidaridad significa justamente que yo también me enriquezco con ese servicio, que encuentro

sentido, que crezco. Uno que ha experimentado eso en carne propia es Jorge Fernández.

Jorge Fernández llegó donde nosotros a la edad de 35 años. Cuando nos conocimos, él era administrador de una gran empresa familiar en Santiago. Comenzó a interesarse por nuestro servicio y después de relativamente pocos meses decidió dejar la administración de su firma y colaborar por completo con nosotros. Aportaba a nuestro trabajo toda su experiencia de 10 años de trabajo sobre la Hacienda Fiscal, su formación profesional como abogado, todos sus conocimientos sobre dirección de empresas. Tenía un auto y así podía acompañarme durante meses en mi trabajo en los barrios pobres, pero también en las afueras. Me ayudaba sobre todo a escribir los proyectos y protocolos para las sesiones de la junta directiva de la pequeña Fundación Cristo Vive, recién fundada. Pronto dejé a su cargo la dirección de la construcción de la escuela vocacional, un maravilloso alivio para mí. Durante 11 años Jorge Fernández ocupó la administración de la Fundación Cristo Vive, hasta que enfermó gravemente. Hoy me apoya como fiel acompañante. Una de sus iniciativas fue nuestro centro de rehabilitación de drogadicto Talita Kum. Jorge Fernández se alegra por cada drogadicto que consigue alejarse de las drogas, como si fuera su propio hijo.

En los últimos años el ingeniero comercial Fernando Massad ha asumido su puesto. Fernando trabajaba como gerente de un consorcio internacional y recibía un buen sueldo. Pero no encontraba en ello ningún sentido para su vida.

## CHILE TODAVÍA OLVIDA A SUS POBRES

*De la encuesta de CASEN 2003 sabemos de 800.000 personas en la miseria y de 2.100.000 pobres. Ésa es una herida abierta y sangrante para todos nosotros, porque ser pobre no solamente significa no tener suficiente para comer o estar privado de medios económicos: ser pobre significa también la falta de autoestima, esperanza y confianza en sí mismo. Significa estar excluido, condenado a trabajos sucios o escasamente valorados y tal vez incluso sentirse castigado por Dios.*

Esas palabras las dije en una conferencia en otoño del 2005, ante la actual presidenta de Chile, Michelle Bachelet.

Desde que Salvador Allende estuvo en nuestras guarderías infantiles, a principios de los años setenta, todos los presidentes democráticos de Chile han visitado nuestro trabajo.

De ese modo, el primer presidente después de la dictadura militar, Patricio Aylwin Azócar, dijo en la inauguración de nuestra escuela de formación profesional Cristo Vive:

*¡Estoy realmente muy impresionado! [...] Hermana Karoline, sus palabras fueron para mí muy sabias y han puesto los dedos en realidades de las cuales todos tenemos una relativa conciencia, pero que nuestro país como tal todavía no las enfrenta en su magnitud y con todas sus consecuencias. Mas allá del problema de los cuatro o cinco millones de pobres, de la discriminación de una amplia capa de la población de nuestra patria y de las consecuencias que se desprenden de eso, los jóvenes se sienten desorientados, con pocas perspectivas y no ven ningún futuro. La escuela enseña lo estrictamente necesario, pero no prepara para la vida.*

Muy cierto lo que dijo Aylwin. ¿Pero qué tipo de enseñanzas ha extraído de eso el Estado chileno en los 16 años desde el término de la dictadura? No es que desde entonces no haya habido ningún progreso. ¡Pero cuando una quinta parte de los chilenos vive en la pobreza (personalmente creo que incluso del 30% al 35% de los chilenos no tienen una base suficiente para la vida), simplemente sigue siendo un escándalo! Un escándalo: porque no se hace nada en un país en el que actualmente hay una riqueza tan grande. Tenemos una economía floreciente e inmensas riquezas y recursos naturales. Si me dirijo una y otra vez a los presidentes, a los ministros, a los que toman las decisiones en Chile, lo hago porque estoy profundamente convencida de *una* cosa. En la conferencia ante Michelle Bachelet lo expresé así:

*Los mejores especialistas del país —y tal vez incluso de otros países de nuestro mundo globalizado— son necesarios para encontrar, con la mayor eficiencia, soluciones para la superación de la pobreza y la miseria. Para que la pobreza no se transmita por herencia, es necesario invertir generosa y resueltamente en los pobres, no en la forma mezquina como se ha hecho hasta ahora.*

Cuando dije eso, Michelle Bachelet era todavía candidata a la presidencia. Ahora que es presidenta de este país, mi esperanza es grande de que realmente algo podría echarse a andar.

Hasta ahora los chilenos han querido superar la pobreza en la forma más fácil posible y sin grandes sacrificios. Para mí, superar la pobreza significa que toda la sociedad esté dispuesta a reconocer la situación en la que viven nuestros conciudadanos. Cuando se diagnostica una enfermedad

en la sociedad, hay que analizar con toda exactitud cuáles son las causas. ¡Y actuar de acuerdo con eso!

Una y otra vez el Estado nos hace promesas. Y una y otra vez no podemos confiar en esas promesas. El Estado paga de todos modos solamente el 70% de los costos de nuestras instituciones y ni éstos tampoco en forma confiable.

Ésa es –sobre todo para nuestros colaboradores– una situación muy agobiante. Jamás sabemos si podremos pagar los sueldos, todo siempre cuelga de un hilo. No sé por qué eso es así, pero me parece que Chile todavía quiere olvidar a sus pobres.

Porque Chile todavía no quiere ver a sus pobres, necesitamos la solidaridad de la gente de Europa para nuestro trabajo con los niños, los padres, los enfermos, los drogadictos y los inválidos. Por suerte recibí la lección más importante sobre el tema del dinero y las donaciones la primera vez que necesitaba urgentemente dinero, de cualquier modo, costara lo que costara.

#### NECESITO 400 MARCOS

Esa experiencia me ha acompañado toda mi vida: en 1971, al comienzo de mi trabajo en los barrios pobres, una familia evangélica me pidió que la visitara. En la humilde choza la madre de la familia se desahogó conmigo:

–Hermana, estamos totalmente desconcertados. Tenemos siete hijos, mi esposo está enfermo hace meses, y desde hace algún tiempo ya no podemos pagar las cuotas. Ahora nuestra casita deber ser rematada forzosamente. Simplemente ya no puedo más. ¿Adónde debemos irnos? ¿Qué pasará con los niños cuando vivamos en la calle?

Toda la familia había llegado al límite de sus fuerzas. El catolicismo era por aquel entonces una especie de religión estatal. Los pocos cristianos evangélicos vivían muy aislados. Entre ellos era muy despreciable recurrir a una hermana católica. Para mí la urgencia de la situación y la dificultad de la familia estaban más que claras. Al ver que no había absolutamente ninguna solución, eso me dio fuerzas para pedir dinero en mi convento. Solamente en calidad de préstamo: la familia me había prometido devolver todo. Sólo necesitó un poco de tiempo: el padre de familia ya casi había mejorado y antes de su enfermedad había ganado suficiente dinero para alimentar a su familia.

Fui donde la procuradora.

—Hermana Paulina, una vez que se empieza a prestar dinero, se hace cada vez más difícil decirles «no» a otros. Al final la gente hará una fila donde usted.

La hermana tenía muchos años de experiencia, eso yo lo sabía.

—Comprendo lo que dice, pero este caso es verdaderamente diferente.

—Usted tiene todavía tan poca experiencia. Eso se piensa siempre al comienzo. Es simplemente irresponsable dar una señal así. Usted todavía no puede juzgar eso.

—Puede ser, pero necesito el dinero. Sin falta. Comprendo todo lo que dice. Pero necesito el dinero para esa familia.

La procuradora permaneció firme, y yo percibí que no tenía ninguna oportunidad. ¿Qué debía hacer? *Tenía* que conseguir el dinero.

—Sé que lo que dice es cierto. Pero necesito esos 400 marcos. Y pienso en mi madre. ¡Si ella lo supiera! Me enviaría el dinero a vuelta de correo. Jamás podría comprender que no ayudemos a una familia en apuros con siete hijos.



Lo que dije era impropio, yo sabía eso. Pero la hermana estaba tan afectada, que fue al armario y me dio todos los escudos que yo necesitaba para la familia. Yo estaba muy feliz y se lo agradecí de todo corazón.

Cuando me fui de la oficina, la procuradora me siguió, probablemente para hablar con la superiora provincial, cuya habitación estaba al lado. En ese momento, cuando yo entraba al corredor, salió la superiora de su habitación, me miró y dijo:

—¡Ah, hermana Paulina! Aquí tengo una hermosa carta gruesa de su madre. ¿Sabe?, se la entrego de inmediato.

Regresó a su cuarto, trajo la carta y me la entregó todavía cerrada; en ese tiempo todavía teníamos censura de cartas en la orden. Yo estaba tan agitada, que rajé la carta de inmediato delante de las dos hermanas, lo que habitualmente no se hace en ningún caso. Desde el sobre me cayeron, envueltos en papel de calco, cuatro billetes de cien marcos. Sin poder hablar le entregué de inmediato el dinero a la procuradora.

Y yo sabía de una vez por todas que nunca tendría que preocuparme por el dinero. Lucharía por obtenerlo, ciertamente, cuando se tratara de ayudar a alguien. Pondría todo de mi parte y lucharía. Pero preocuparme, eso era absolutamente innecesario.

La procuradora no quiso recibir el dinero que era para la familia. No obstante, ésta lo devolvió todo. Ése era el primer dinero del que yo disponía para poder ayudar a personas en apuros.

Extrañamente olvidé esa historia inmediatamente después. Siempre tuve por cierto que no necesitaba preocuparme por dinero. Pero lo que había activado esa conciencia lo había olvidado. Hasta cuando en 1978, en Manchung, la

localidad donde vive mi hermana María, mostraba diapositivas de mi trabajo en el círculo de madres de la parroquia.

—¿Cómo reúne usted los medios para su trabajo? —preguntó una mujer.

En ese momento me acordé del episodio de la carta de mi madre y se lo relaté. Al hacerlo no era consciente en absoluto de que mi madre estaba sentada justamente al lado mío y escuchaba con los ojos bien abiertos.

—Sí, todavía me acuerdo —exclamó cuando yo había terminado; en ese tiempo estaba prohibido enviarles dinero directamente a ustedes. Pero de pronto experimenté una punzada en el corazón y tuve que enviarte ese dinero. Aunque en realidad estaba prohibido.

Para mi madre y para mí ésa fue una experiencia maravillosa, y para las 60 o 70 mujeres fue una hermosa sorpresa no planeada.

Más adelante experimenté muchas situaciones similares, grandes y chicas. Éstas son un fortalecimiento interior incomparable. Entonces se puede decir: sí, puedo confiar. Todo tiene siempre un sentido. También nuestra situación momentánea en la fundación, en la que reiteradamente nos falta dinero. Naturalmente ahora no conozco el sentido, pero sé que nuestra tarea es perseverar. Soportar esa situación y superarla. Nuestro administrador, Fernando Massad, dice a menudo:

—Esto es insoportable, Karoline, no lo puedo aguantar.

A final de mes, Fernando se siente muy mal a veces.

—No tengo tu fe. Tengo que confiar en tu fe.

Siempre trato de aclararle que él no está solo:

—Sé lo difícil que es, Fernando. Se trata de que ahora permanezcamos todos unidos, que perseveremos. Pero también se trata de que vivamos bien este difícil momento. Esta situación no debe quitarnos demasiadas fuerzas.

Tales situaciones jamás las produciría artificialmente. Pero cuando se presentan, son una buena escuela de vida. Es una oportunidad muy buena para aprender algo muy profundo de la fe: no estamos solos en esta tarea de ayudar a las personas. Cuando aprendemos a confiar, al mismo tiempo nos enteramos de que lo que hacemos ocurre realmente, porque es necesario para las personas. Soportar una situación así hasta el final profundiza nuestra confianza. Se sabe entonces que todo va a cambiar, que tiene un sentido, aunque ahora no lo veamos. No estamos solos en nuestro empeño, Dios no nos abandona jamás.

LOS HERMANOS POBRES  
DE CHILE EN LATINOAMÉRICA:  
CRISTO VIVE EN BOLIVIA Y PERÚ

Alguna vez quiero irme para allá por completo. Alguna vez, cuando llegue el momento, deseo vivir por completo en Bolivia, el asilo para pobres de Latinoamérica. Ya desde hace muchos años siento el llamado a trasladarme dentro de Latinoamérica, allí donde la pobreza y la miseria son todavía mayores.

Aquí en Chile mucha gente mira con desprecio la gran pobreza que hay en Bolivia o en Perú. «Ellos mismos tienen la culpa. Si nosotros logramos esto en Chile, entonces también tiene que ser posible en Bolivia, si se esfuerzan realmente. No hay tanta pobreza cuando se trata de hacer algo en contra.» Cuando escucho tales declaraciones puede ocurrir que me enoje o que me ponga triste de verdad: «Es cierto, aquí en Chile han pasado muchas cosas, pero todavía tienen que pasar muchas más. Que en Bolivia la pobreza sea

mayor, realmente no es ninguna razón para sentirse como algo mejor. Por el contrario, la solidaridad que ustedes han experimentado como chilenos, les corresponde igualmente a los bolivianos. *Todos* nosotros somos hermanos». Yo trato lo mejor posible de hablar contra esa posición arrogante y despectiva, pero está muy difundida.

A mediados de los noventa sucedió que amigas mías de muchos años estaban a punto de jubilarse y reflexionaban una vez más sobre el hecho de enfrentarse a una tarea completamente nueva en la vida. Con la doctora Annemarie Hofer ya habíamos estado juntas en el internado de Steyl. Se había ido del convento durante el noviciado, pero habíamos mantenido siempre el contacto. A principios de los setenta me mandó llamar a Gotinga, donde informé acerca de nuestro trabajo ante estudiantes universitarios.

Y también con Edith Petersen, actualmente hermana Edith Petersen, me une una larga historia y amistad. Todas juntas buscamos entonces modos de trabajar en conjunto. La respuesta a esa búsqueda es ahora nuestro servicio en Bolivia.

En el otoño de 2004 parto con Annemarie Hofer a primeras horas de la mañana hacia la montaña. Queremos inaugurar en La Cumbre el nuevo centro comunitario. Annemarie, con sus 70 años en aquel entonces, está sentada al volante. Y mientras viajamos a 4.000 metros de altura, echo una mirada retrospectiva a su tiempo en Bolivia:

—Annemarie, ¿no es increíble todo lo que ha surgido, lo que has puesto en marcha en nueve años? Está el centro de salud de Bella Vista, donde la gente recibe atención médica. Un total de 100 niños de las más alejadas aldeas de las montañas viven en el hogar para estudiantes Luise y así pueden acudir a la escuela. Está la casa Arca de Noé,

el centro de formación profesional. Cada año 10 mujeres pueden estudiar ahí para ser profesoras, contables, enfermeras o educadoras. Tú has organizado atención médica para aldeas de las montañas, de la que forma parte el centro de salud La Cumbre. Y ahora se agrega, además, la casa comunitaria para reuniones de los campesinos y para futuros monitores de la salud.

Annemarie guarda silencio. Y luego dice de pronto:

—A los suyos el Señor les da mientras duermen. Yo no sabía en absoluto que era de los suyos...

Salud y educación: ésa es el área que Annemarie ha formado en Bolivia y de la que se ha hecho cargo.

La hermana Edith fundó el área del trabajo con presos, inválidos y habitantes de la jungla. Desde 1996 se ha reunido alrededor de ella un equipo de trabajo tan poderoso que pueden ser atendidos cerca de 650 presos en diferentes cárceles, y a menudo también sus familias. Atención personal, comida, ropa, atención médica, mantas... todo lo necesario para mitigar las condiciones miserables en que se encuentran las personas que están encarceladas, condiciones que para nosotros son inimaginables. Casi nadie de la gendarmería puede resistir el ingenioso amor y la exuberante fantasía de Edith. De ese modo, rápidamente hubo en ambas instituciones no solamente alegres misas dominicales, sino también acontecimientos culturales y teatro con participación de los reclusos.

Actualmente hay ayuda médica, psicológica, odontológica y jurídica para cientos de presos. Y cuando éstos son puestos en libertad, el trabajo continúa: los colaboradores buscan, con los que han sido liberados, nuevos caminos para su vida, trabajo e integración.

Junto con autoridades estatales, los colaboradores luchan por mejoras estructurales de la situación de los presos.

Pero la hermana Edith también ha creado estructuras en las cuales los habitantes de la jungla pueden hacer un curso de adiestramiento, y también colabora en una organización para inválidos.

Del tercer pilar de trabajo de Cristo Vive en Bolivia es responsable la hermana Nancy. Es una hermana nativa procedente de la clase baja y conoce exactamente la situación de la gente. En sus manos está el trabajo comunitario y la atención de los niños. Ahí está el jardín de infancia Mosoj Muju («Nueva Semilla»), un centro cultural, y el recién construido centro de formación profesional Sayarinaypaj en Bella Vista. Mujeres y hombres sin recursos de diferentes aldeas son apoyados en la educación.

Yo sé que muchas personas que me apoyan, en Alemania y en otras partes, piensan que nosotras deberíamos limitarnos en el trabajo y concentrarnos más.

¿Pero se puede detener el amor?

En Chile, las dos peruanas Ana María Galiano y Cristina Cancha, dos enfermeras universitarias jóvenes, conocieron nuestro trabajo. En sus horas libres trabajaban en nuestro centro de salud, sin recibir sueldo alguno. Pronto encontraron en nuestra comunidad de base un hogar humano y espiritual. Un día cobraron ánimo y me pidieron una entrevista:

—Karoline, tú sabes qué a gusto estamos aquí y qué maravilloso encontramos el trabajo —Ana María hablaba por las dos—. Pero donde nosotros es muy grande la miseria. Sentimos que tenemos que hacer este trabajo en nuestro país, que tenemos que ayudar a nuestra gente. Y para eso te necesitamos. ¿Nos ayudarás? ¿Vas junto con nosotras a Perú?

Yo estaba sentada allí y se me pasaban muchas cosas por la mente: Perú. ¿Cómo podríamos lograr también eso? El

trabajo en Bolivia tenía que encaminarse para que fuera bueno, sólido y duradero. Allí me necesitaban para ayudar en la estructuración del trabajo, pero en Chile también. Casi cada año viajaba a Alemania. Me habría gustado decir: «Queridas, no debemos evaluar erróneamente nuestras fuerzas; cuando empezamos un nuevo trabajo, tenemos que poder realizar y dominar el trabajo antiguo y el nuevo». Pero cuando las miré a los ojos y vi las ansias por ayudar a sus compatriotas, cuando sentí su amor, sus corazones ardientes, entonces dije:

–Bien, veamos juntas qué es posible.

Para ver con los propios ojos la premura y así evaluar mejor cómo se podría organizar la ayuda, fuimos con Maruja a la patria de Ana María y Cristina, en agosto de 2003.

*Cuzco, Perú, 6 de septiembre de 2003*

*Queridos amigos,*

*Es un sueño – y es realidad: hoy nació la Fundación Cristo Vive Perú. ¿Pueden ustedes imaginarse que después de largos días llenos de trabajo hasta tarde en la noche y después de largas e intensas conversaciones con los futuros colaboradores, fue autorizado el estatuto y firmada el acta de constitución en la oficina de la notaria Antonieta Ocampo D., en el centro de la ciudad de los incas, ese sábado a las 20.45 horas?*

*Junto con Maruja y nuestras amigas peruanas, Ana María Galiano y Cristina Cancha, llegamos el sábado, una semana antes, para ver e inspeccionar cómo podríamos servir a los pobres de ese mundo. En el aeropuerto esperaban sus padres y hermanos con flores, acompañados de un grupo de «nuevos amigos» que nos llevaron «a casa»: Av. Antisuyo K-5, Urbanización Los Incas, actualmente sede de la Fundación Cristo Vive Perú.*

*En los días anteriores nos reunimos con una cantidad considerable de personas de todas las clases sociales, y nos propusimos «no sólo aceptar nuestras diferencias, sino también encontrar lo bueno en éstas».*

*La mayoría de ellas están dispuestas a participar en nuestra nueva aventura: «La opción por los pobres». No nos costó mucho esfuerzo formar la directiva: somos cinco fundadores y nombramos otros cinco miembros directivos, una «administradora», una consejera y una «madrina». ¿Quién podría ser ésta última? Pienso que ustedes ya lo han adivinado: ¡naturalmente, Mariuja! Por el momento el trabajo se hace ad honorem, voluntariamente.*

*De acuerdo con el derecho peruano, tiene que existir capital y un terreno o edificio para crear una fundación. Cuando nosotros —felices de haber logrado algo grande— tratamos de presentar el estatuto que habíamos completado el 4 de septiembre, nos frenaron, comunicándonos que no había ninguna posibilidad de evadir la ley.*

*El «capital» (650 dólares), que habíamos reunido con gran esfuerzo, no bastaba. Mientras estábamos en la casa por la noche hablando sobre nuestra situación, ocurrió el milagro. El dueño de casa, don Policarpo, nos ofreció, en forma conjunta con su esposa y sus cuatro hijos, un terreno en un valle cercano al Cuzco. Al día siguiente don Policarpo inscribió oficialmente la donación ante un notario, y nosotros pudimos continuar con nuestra legalización de la fundación, apoyados por algunos empleados de la oficina. Éstos comenzaron a entusiasmarse por el servicio de la nueva fundación y prometieron su colaboración voluntaria para el futuro.*

*Ahora están todas las puertas abiertas para ustedes, para conocer y apoyar más...*



*La amistad llega a todas las capas sociales y a través del océano*

*Las necesidades son numerosas. El campo de acción será grande. Pero para comenzar el trabajo hemos pensado distribuir la parte principal del servicio en tres áreas:*

*—Una casa para mujeres sin recursos que sufren de violencia, abandono o abuso.*

*—Asesoramiento para campesinos encarcelados que no reciben una defensa adecuada.*

*—Ayuda, por medio de pequeños créditos, a artesanos que luchan por su supervivencia.*

*Nos sorprendió mucho encontrar enseguida colaboradores voluntarios para las tres áreas.*

*¡Miren! ¡La aventura comienza!*

*Su amiga, Karoline*

Desde ese día Cristo Vive en Perú ha crecido constantemente. Cuando en agosto de 2005 viajé en bus desde Bolivia al Cuzco, mi alegría fue grande por lo que encontré allí. La cantidad de mujeres que venía donde nosotros para pedir consejo y ayuda, en ese año ya había crecido a 70, de modo que las salas de la parroquia Triunfo ya no eran suficientes y tuvimos que buscar salas para arrendar. Las encontramos en el centro de la ciudad en un patio trasero bien ubicado.

Para el futuro esperamos encontrar un lugar propio para ese lugar de atención de mujeres, que también podría ser sede oficial de la fundación.

Uno de los equipos trabaja con la comunidad popular Yunkaypata. Ahí se presta ayuda para la restauración de las casas familiares mal construidas o que están en malas condiciones y para el saneamiento de las malolientes aguas residuales. Hay también una modesta oferta de sencillos calentadores solares y duchas solares. Tal vez logremos también

pronto asesorar a la gente en el cultivo de sus campos, para que obtengan mejores cosechas.

También crece el tercer proyecto con los Campesinos de los Huertos: ellos luchan por el riego de sus campos y por agua potable.

UNA SEMILLA DEL REINO DE DIOS:  
CRISTO VIVE EN EUROPA

Un día vino hacia mí la fundación internacional Humanum, fundada después del Concilio Vaticano II por científicos sociales y empresarios cristianos. La fundación patrocina a personas, instituciones y proyectos que trabajan en el sentido de la doctrina social católica y, además, otorga el Premio Cardenal Bea. La familia empresarial Annalies y Erwin Müller, que con frecuencia nos habían apoyado con todas sus fuerzas y que eran miembros de la fundación, me comunicaron:

–Hermana Karoline, queremos otorgarle el Premio Cardenal Bea.

Naturalmente, eso me alegró, pero no encontraba correcto que «yo» fuera honrada. Yo sola no puedo poner en marcha absolutamente nada. Por eso dije:

–El ofrecimiento me honra, pero solamente lo aceptaré si nos condecoran a todos nosotros, si puedo traer colaboradores de Chile e invitar a mis amigos y bienhechores.

Los organizadores aceptaron de inmediato. Después, cuando recibieron mis listas, no estaban precisamente complacidos, pero pese a eso dieron su aprobación (mal podrían hacer otra cosa ahora). Entonces viajamos cinco a Alemania en mayo de 2001, y nos reunimos todos en

la casa matriz en Colonia: 500 amigas y amigos estaban allí; era una fiesta de reencuentro y resultaba para mí muy maravilloso ver reunidas en un mismo lugar a todas esas personas de ambos lados del océano.

Cuando Jorge Fernández, uno de mis más estrechos colaboradores y administrador durante años de Cristo Vive en Chile, miró al público desde el estrado, estaba profundamente conmovido. Vio y sintió por primera vez con toda claridad que la Fundación Cristo Vive no solamente existe en Chile y en Bolivia. Por cierto, en Europa no se llama así —y tampoco hay una institución oficial—, ¡pero él vio que Cristo Vive también vive en Europa!

En esa ocasión, Jorge Fernández propuso que todos nosotros formáramos una red. Como quiso la casualidad o la providencia, Karl Heinz Stanzick y Bärbel y Fritjof Mätzold, del círculo de amigos de Hannover, habían pensado, ya antes de Colonia, en un encuentro anual de todos los protectores para un intercambio de opiniones y para fortalecer la red. La proposición de Jorge Fernández cayó en un terreno ya preparado. En 2002, en un encuentro con cerca de 90 participantes en Duderstadt, decidimos fundar una sociedad en Europa: Cristo Vive e. V. Poco tiempo después, el 28 de septiembre, la sociedad fue realmente inscrita y en la actualidad ya cuenta con más de 500 miembros. Lo que me alegra especialmente es que en Colonia participó mucha gente joven y Cristo Vive Europa también se desarrolla cada vez más como un lugar de contacto para los jóvenes voluntarios que han pasado un año con nosotros y que regresan a Europa. Los miembros jóvenes se integran bien en la sociedad Cristo Vive e. V., e intervienen, por ejemplo, en la elección de los nuevos voluntarios que quieren venir donde nosotros. Otra vez tengo un sueño,

y quién sabe si tal vez también se haga realidad: sueño con un Cristo Vive Europa Joven, un Cristo Vive Europa de la gente joven.

Por toda Europa se está originando una red que se ha puesto como meta la cooperación con Latinoamérica «a la altura de los ojos». Para mí, Cristo Vive Europa e. V. es una semilla del Reino de Dios entre nosotros, que sembramos juntos y que lleva en sí la fuerza explosiva de la vida, el amor.

#### SOY CHILENA

El 2 de octubre de 2001 suena el teléfono en mi casa en Quinta Bella. Es el presidente del Senado chileno, Andrés Zaldívar, en persona. Me sorprende:

—¡Perdone si la molesto, pero quería tener el gran placer de decírselo yo mismo! Hermana Karoline, celebro comunicarle algo: nuestro Parlamento ha promulgado por unanimidad una ley que le concede a usted la nacionalidad chilena. La nacionalidad alemana puede mantenerla.

No podía creerlo y me alegré mucho, mucho: ¡de que para los chilenos fuera importante, tan importante, que existiera una resolución unánime del Parlamento! Y también de que la nacionalidad no estuviera ligada a ningún tipo de condición. En los tiempos de Salvador Allende ya se me había hecho una oferta al respecto, pero entonces estaba condicionada a que yo ingresara al partido y eso no entraba en absoluto en mis planes. Pero ahora, así, hoy, es para mí solamente una gran alegría.

Y de ese modo tuvimos juntos una gran celebración con casi 1 000 amigos: los colaboradores de 33 años de traba-

*La amistad llega a todas las capas sociales y a través del océano*

jo, parlamentarios, teólogos de la Liberación, el embajador alemán, y tuve la maravillosa oportunidad de anunciarles a todos juntos una sorpresa:

*Ahora nuestro trabajo aquí en Chile ya tiene más de 30 años. Todos juntos hemos crecido. Hemos crecido lo suficiente como para que Cristo Vive pueda instalarse también en otros lugares: como ustedes saben, ya estamos desde hace algunos años en Bolivia, ahora los invito a venir con nosotros a Perú y a continuar allí nuestro trabajo.*

Junto con el presidente del Senado, con todos los colaboradores y muchos amigos de todo el mundo, invitamos entonces a una gran misa ecuménica de agradecimiento. Ahora soy chilena de pura cepa... ¡si alguien me hubiera dicho eso cuando todavía era una muchacha pequeña y en la católica Baviera soñaba con una misión en India!



## ***El sentido de mi vida es vivir el amor***

En el fondo no puedo en absoluto vivir de otro modo que como lo hago. El único sentido de mi vida, lo único que en mí misma tiene sentido es vivir el amor. El amor tiene en alguna parte de mí una profunda base original. A esa base original yo la llamo Dios, la fuente de donde viene el amor.

Ese amor en mí es enormemente ingenioso. Yo sé que siempre sólo puedo aportar una pequeña contribución. El ser humano, cada persona, necesita mucho más que lo que puedo entregar con un pequeño aliento, con una pequeña porción de amor. Yo soy simplemente uno de esos aportes que ayudan a las personas a que su vida se haga un poco más digna o que obtengan lo más necesario, lo más necesario para la vida: comida, bebida, educación... justamente lo que en este momento necesitan. Mi vocación interior es transmitir el amor y el amor viene de Dios.

La siguiente experiencia fue totalmente intensa para mí. Puedo ayudar a personas en muchas cosas, pero lo que más

las ayuda al fin y al cabo es cuando se sumergen conmigo al fondo de *mi* motivación, cuando sienten conmigo esa fuerza que es el amor. Entonces las personas pueden engancharse, y de ahí se desarrollan a menudo cosas que no harían si no hubieran sentido el amor.

Lo maravilloso en el amor es en realidad: cuando yo amo, no necesito preocuparme en absoluto de si me aman. Muchas personas están en búsqueda del amor, en búsqueda de ser amadas. Eso no hace feliz. La felicidad se presenta con toda facilidad cuando amamos.

¡Hoy me río de eso, pero cuánto he hecho por amor a Jesús! Cuántos de nosotros, en mi generación, hemos sido educados así, iniciados de ese modo en la relación con Jesús o con Dios: debíamos hacer sacrificios por amor a Jesús o por amor a Dios, hacerle algo bueno a otra persona, perdonar a otra persona, ¡todo siempre por amor a Jesús! Durante años viví esto así. Hoy me divierte pensar que por medio de determinados sacrificios, por medio de determinados gestos y renunciaciones quería darle una satisfacción a Jesús. Así me lo enseñaron y así lo admití. Ahora esa idea ha desaparecido por completo de mi vida. Nunca más podría hoy decirle a alguien en nuestra comunidad que debe hacer algo por amor a Dios. Eso no está incluido en mi mensaje, no en el Buen Mensaje. Actualmente mi relación con Dios consiste en confianza infinita. Mi vida está en él, Dios es todo mi amor, no necesito «hacer» méritos. No necesito hacer nada para que él me ame. Nadie necesita hacer algo para que Dios lo ame. Este Dios ya nos ama a todos incondicionalmente. A veces quisiera decir: olviden todo lo que les han enseñado acerca de Dios: la obligación de obedecer, la obligación de hacer el bien. ¡Nadie necesita esforzarse para que Dios lo ame!



Otra cosa encuentro importante, incluso elemental, para cada persona. Encuentro importante que cada uno aprenda: ¿Cómo puedo yo entrar en contacto con Dios? ¿Cómo puedo encontrarlo? ¿Cómo puedo entrar en mí? ¿Dónde está él en mí? ¿Dónde está ese Dios? ¿Dónde está su cielo? Cuando entonces se trata en concreto de mi actuar, de cómo vivo y cómo entro en contacto con los demás y también conmigo misma, entonces mi vida está naturalmente llena de cosas que es necesario hacer.

Yo sé, por ejemplo, que necesito una determinada disciplina. Pero no por amor a Dios, la necesito para mí, para mi estructura de vida. Yo renuncio a cosas que me hace bien dejarlas. Y si alguna vez no renuncio, no necesito preocuparme, y digo en libertad: ahora no renuncio, ahora deseo disfrutar. En Dios me encuentro en toda mi libertad. Una libertad con la que me familiarizo poco a poco. Una libertad que no es obligada, que no está dirigida desde afuera. Ese Dios no viene de afuera, ese Dios está en lo más profundo de mi ser: de ahí viene también la libertad. Yo no podría renunciar a algo estoicamente, porque tengo que hacerlo, sino que para la renuncia necesito un sentido que tenga que ver concretamente conmigo. Para mí ese sentido tiene que ver con vida, y vida es amor. Sin amor no podría imaginarme en absoluto ese sentido, ni para mí ni para lo que deseo para la humanidad como valor más profundo, como sentido supremo. Cuando Jesús habla del Reino de Dios y cuando yo digo muchas veces contribuyamos a la construcción del Reino de Dios, eso significa para mí: colaboremos en este mundo, para que se creen estructuras en las cuales todas las personas lleguen a estar lo más felices y satisfechas posible, para que todas las personas puedan vivir en paz. Estructuras en las cuales no se

destruya vida, sino que se mantenga y se cuide. El amor no permite destrucción.

Una y otra vez he descubierto, a través de miles de personas, gestos y formas, una y otra vez he aprendido de otros cómo puedo vivir más amor, cómo me acerco más. Cómo puedo trabajar más en mí, por medio de conversaciones espirituales, por medio de contribuciones de otros, por medio de meditación, por impulsos de personas, amigos y conocidos concretos, desde todos los lados, por medio de la ciencia. Innumerables encuentros con muchas personas han impulsado algo en mí para seguir viviendo en ese movimiento del amor, para vivir cada vez más amor.

Siempre estoy en búsqueda: busco el amor como el sol, para poder cargar energía y transmitirla. Para ser parte de la única gran energía: Dios.

## **Epílogo**

Sebastián, siete años, está con su familia y otras personas de Alemania de visita en Santiago. Está conociendo la escuela de formación profesional y yo le explico que pudimos construir la casa porque muchas personas de Europa apoyaron nuestro trabajo. Después del recorrido por la escuela, un colaborador del centro de salud pasa por mi oficina y me trae cuatro cajones grandes de colores con piezas de Lego para los jardines infantiles. Una se la dejo a Sebastián, para que juegue mientras permanece con nosotros.

Después de la visita a la escuela, Sebastián se sube conmigo a nuestro Bus VW blanco.

—¿Éste es tu auto?

—No, éste lo recibí de regalo de parte del padre Peter Riedel, para mi trabajo. Yo solamente lo manejo.

—¡Cuántas cosas recibes como regalo! ¡Casas! ¡Legos! ¡Autos!

–Ése –interviene un acompañante– es el secreto de Karoline para recibir tantas cosas como regalo.

–¿Y cuál es tu secreto, Karoline?

Sebastián no afloja.

–¿El secreto? –me concentro en el tráfico de Santiago y busco una respuesta–: el secreto siempre es el amor.



